



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

WIDENER



HN PF1L G

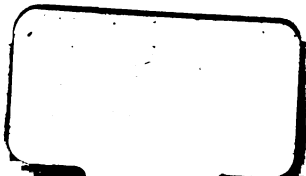
Span 5739.64

HARVARD COLLEGE  
LIBRARY



FROM THE FUND OF  
CHARLES MINOT

CLASS OF 1828











5439  
5-1-64

CÁRLOS FRONTAURA

---

ROMANCES  
POPULARES

---

MADRID

ADMINISTRACION DE EL CARRADEL

RODRIG. L. BARR

---

1887





# ROMANCES POPULARES.



CÁRLOS FRONTAURA

---

ROMANCES

POPULARES

---

MADRID

ADMINISTRACION DE EL CASCABEL

HILERAS, 4, BAJO

1887

Spain 5739.64



Minot fund

---

Es propiedad del autor.

---

---

Imprenta del autor, á cargo de Ramon Bernardino, Hileras, A.

---

# ROMANCES POPULARES.

## I.

### Amar al prójimo.

Quiso Dios omnipotente,  
misericordioso y sabio,  
que los hombres en la tierra  
viviéramos como hermanos;  
que siempre hallara en el prójimo  
consuelo el hombre y amparo,  
y hubiera paz y concordia  
eterna entre los humanos.  
Ejemplos de amor inmenso  
legó Dios al mundo ingrato,  
y al hombre dió la conciencia,  
que es castigo del malvado,

y satisfaccion del bueno  
que vive al prójimo amando.  
Hoy, al ver cómo los hombres  
cumplen el precepto santo,  
parece que locos, ciegos,  
de su Dios se han olvidado;  
parece que la soberbia,  
la vanidad, el descaro,  
todas las pasiones malas,  
todos los instintos malos  
el corazon de los hombres  
han ido á traicion ganando.  
Hombres hay que han resistido  
y no son del mal esclavos,  
y virtudes que no ceden  
del vicio al traidor halago;  
mas ¡ay! que aquellos son pocos,  
y estas ocúltanse tanto,  
que hay incrédulos que piensan  
que es la virtud nombre vano,  
y hallándola en su camino,  
llegan á creer acaso  
¡que es la virtud una máscara  
hipócrita del engaño!  
¡Infeliz quien eso piensa,  
quien no comprende menguado  
la virtud que sufre y calla  
sin soberbia, sin aplauso,  
sin galardón en el mundo,

y, solo en Dios esperando,  
vive modesta, ignorada,  
de su fé y de su trabajo!

. . . . .  
Mas no he de ponerme sério,  
ni quiero cantar llorando,  
que ya, desde que se finge  
tambien, como todo, el llanto,  
de las lágrimas el mundo  
hace poco ó ningun caso....

Cantar quiero como canta  
quien espresa con su canto  
el placer y la alegría...  
con afan, con entusiasmo,  
al compás de una bandurria,  
cantando á grito pelado;  
no como canta en su nido  
el pajarillo, esperando  
á la madre que no vuelve,  
que presa en la rod acaso  
se despide de su hijuelo  
y se despide cantando;  
no como la madre hambrienta  
canta meciendo en los brazos  
al hijo que está muriendo  
cuando ella canta llorando!...

. . . . .  
Cómo nos queremos todos  
los que en el mundo habitamos,



con qué afecto, con qué gusto  
nos damos todos las manos  
¡cómo al débil protegemos  
y al caído consolamos!  
¡qué tierno amor, qué armonía,  
qué dulce reposo grato,  
qué desinterés tan puro  
reina ya entre los humanos,  
y qué afán de ver al prójimo  
rico, alegre, gordo y sano!..  
Por un empleo, eso sí,  
tal vez nos despellejamos,  
que somos para un empleo  
lo menos noventa y cuatro,  
y todos estamos siempre  
á los nuestros esperando,  
y cuando los nuestros llegan  
y no nos arriman algo,  
los nuestros no son los nuestros,  
y ¡Guerra! ¡Guerra! cantamos.  
*Guerra al infiel ministril*  
que el turrón nos ha negado..  
Un empleo, un buen empleo  
es nuestro *desideratum*,  
que empleado es como está  
un hombre bien empleado,  
y no metido en su casa  
calentándose los cacons,  
haciendo planos, dibujos,

ó comedia, ó estudiando,  
ó resolviendo problemas,  
ó con la aguja en la mano,  
ó manejando el escoplo,  
ó el clarinete tocando.  
El día que no haya empleos  
seremos todos hermanos...  
lo malo será que entonces  
estaremos todos calvos,  
es decir, que será el día  
en que el mundo haya tronado.  
Los periódicos, que hay pocos  
son ejemplo bien exacto  
del amor y la armonía  
de nuestros contemporáneos.  
De la pública opinión  
ellos son autorizados  
y se llaman justamente  
cuarto poder del Estado...  
y pudieran á fé mia  
hacer mucho bien, mas heillo  
que por no seguir de Dios  
el sábio precepto santo,  
no hacen todo el bien que hicieran  
siendo desinteresados.  
—«Es V. una embustera.  
—V. me está ya cargando.  
—V. dijo que he tenido  
que ver con uno del Rastro.

—¿Con uno solo?...—La envidia  
se la come á V. á pedazos.

—¿A que la santiguo á V?...

—¡A mí! ¿Se está V. burlando?

—¿A V. no le han dado nunca  
azotes con un zapato?...

—¿Y á ese moño tan hermoso  
nadie le ha echado la mano?...

—V. lo que tiene es pico.

—Si V. quisiera cortármelo.....

Muy parecidas razones  
habrá el lector escuchado  
cuando riñen dos mujeres  
de las de rumbo y de garbo.

Pues en sustancia, esas mismas  
en términos menos claros,  
se dicen ciertos periódicos,  
sin duda para ilustrarnos.

. . . . .  
Hay en el mundo unos hombres  
muy tiesos, muy estirados,  
unos torpes, otros listos,  
otros tontos, otros sábios,  
que se llaman hombres públicos  
y lo son por de contado....

A los que en el mundo somos  
solo simples ciudadanos,  
ellos nos hacen felices,  
se afanan por ilustrarnos,

y ejemplos de amor al prójimo  
nos están sin tregua dando,  
que entre ellos hay un cariño  
como entre perros y gatos.

—«Tú estás muy alto; pues yo  
aun quiero subir mas alto.

—Quítate tú de ese sitio,  
que yo lo estoy esperando.

—¿Eres mi amigo?... ¡Pues dame!  
¿Que nó?... Pues te doy un palo.»

Este es, lector, el sistema  
muy brevemente explicado,  
con que se quieren los hombres  
que por sus méritos altos  
pretenden ser hombres públicos,  
y lo son por de contado.

. . . . .  
Juan tiene mujer bonita,  
es un hombre bueno y santo,  
que no presta con usura,  
que á nadie pide prestado,  
que no se mete con nadie,  
que se recoge temprano,  
que no bebe, que no juega,  
que no se va á picos pardos,  
que con la mujer que tiene  
está orgulloso y ufano,  
que hace un favor á cualquiera,  
que paga al corriente el cuarto

y cuantas contribuciones,  
le vá á pedir el Estado,  
que piasa, no habiendo tiras,  
que no hay un gobierno malo,  
que vá siempre con la esposa  
á paseo y al teatro,  
y nunca silba, ni aplaude,  
y paga al sastre al contado,  
y dá la mano muy ácrio  
al zapatero de abajo,  
y tener un chico gordo  
es lo que está deseando.  
Pues á este santo varón  
inofensivo y honrado  
no le deja en paz el prójimo  
ni en invierno ni en verano.  
Uno persigue á su esposa,  
otro se le come un lado,  
otro le quita el dinero,  
y aun suele darle un trancazo,  
otro quiere separarle  
de su casa y del trabajo,  
otro, porque no es política,  
vá diciendo que es un bárbaro,  
porque no almuerza extramuros,  
ni brinda con entusiasmo,  
ni se le importa un comino  
de Tircios ni de Troyanos,  
y todos son á quitarle

el reposo regalado.  
Mujer bella, sola y pobre,  
si sale á buscar amparo,  
verá y sabrá lo que es bueno,  
digo, sabrá lo que es malo,  
ya verá qué generosos  
son los hombres, sus hermanos,  
y cuántas veces encuentra  
detrás de la cruz el diablo.  
A la madre bendecida  
y al honrado padre anciano,  
á quienes Dios hijas buenas  
para su consuelo ha dado,  
declara guerra mortal  
el sinnúmero de vagos  
que pasean por el mundo  
la bandera del escándalo.  
Se castiga, y es bien hecho,  
al que roba en despoblado;  
pero al que roba las honras,  
al que á la infamia y al llanto  
condena á los pobres seres  
que nunca le hicieron daño,  
¿quién castiga?... ¿quién le niega  
en la sociedad la mano?...  
¡Dios es el que le castiga;  
nosotros le disculpamos!...  
De estos ejemplos de amor  
al prójimo y al hermano

encontramos en el mundo  
cada día, á cada paso,  
que en el mundo son los buenos  
muchos menos que los malos,  
y aquí se acaba el romance,  
que ya se vá haciendo largo.



---

## II.

### El viejo verde.

Frente á frente de una luna,  
de una luna de Venecia,  
en contemplacion absorto  
de su gallarda presencia,  
está D. Ramon Novales,  
hombre de viso y visera,  
valiente entre los valientes,  
mas guapo que el guapo Estéban,  
y echado para adelante,  
y aficionado á las hembras,  
que los sesenta ha cumplido  
seis años hará por ferias,  
y aun cuando á voces le dice  
que los tiene su conciencia,



por no tenerlos daría  
si no la vida, la hacienda....  
Tiene D. Ramon de jóven,  
si no la maña, la fuerza,  
y el natural entusiasmo  
por amorosas empresas,  
y en el teatro le gusta  
concluir con las boleras,  
y tambien le agrada mucho  
en sociedades selectas,  
á la luz de muchas luces  
y en medio de muchas bellas,  
bailar un wals de dos tiempos,  
y danzar una habanera ;  
y con todos estós gustos,  
y con todas estas prendas,  
aun hay quien dice que es tonto,  
que es tonto de la cabeza.

Frente á frente de un espejo  
y delante de una mesa  
de cosméticos, pomadas,  
cajas y frascos cubierta,  
está D. Ramon pintándose  
las mejillas y las cejas,  
la punta de las narices,  
las patillas que blanquean,  
y los labios y los ojos,  
y en fin, hasta las orejas....  
Y no dice una palabra

mientras dura la targa,  
y no vé, ni oye, ni entiende,  
ni se conoce, ni piensa.  
Cuando acaba de pintarse  
se sonríe, se contempla,  
se adiciona, se corrige,  
y se anota, y se completa,  
se pone la dentadura,  
y se cubre la cabeza  
con pelo de algún creante  
ó acaso de algún poeta,  
que estos son los que sin pelo  
mas fácilmente se quedan,  
se pone el corsé y se entalla,  
se encuaderna las cadenas,  
se mete el frá con trabajo,  
las tirillas se enderezan,  
vuelve á mirarse al espejo,  
y viendo que ya está en prensa,  
con el sombrero á lo jaque  
y la mirada tremenda,  
sale de casa muy terne,  
y al punto vé las ostrellas,  
aunque esté el rey de los astros  
en mitad de su castro,  
porque le aprietan los guantes,  
porque las botas le aprietan,  
y le aprieta el corseillo,  
y le ahoga la soberbia;

mas él por ir apretado  
ni se affige ni se enmienda,  
y con tal de: ser buen mozo  
y taparse los sesenta,  
no hay martirio que no sufra  
ni apretura que no quiera,  
ni dinero que le baste  
ni ropa que bien le venga....  
Al ver venir una jóven  
bonita, graciosa y fresca,  
ánimánsele los ojos,  
se le agachán las orejas,  
el bigote se acaricia,  
el sombrero se ladea,  
saca del bolsillo el lente,  
á la jóven se lo flecha,  
y al pasar esta, un piropo  
y una mirada le suelta,  
la mirada de mochuelo  
y el piropo de cochera.  
Y la sigue paso á paso,  
y recreándose en verla,  
haciendo vá mentalmente  
—que es amigo de la ciencia,—  
un curso de anatomía,  
y observaciones discretas,  
sobre la sal y los años,  
y la flor de la canela.  
Se le pierde entre la gente

la resalada doncella,  
y yo presumo, lectores,  
que es mejor que se le pierda,  
y D. Ramon á visitas  
se dirige hecho una *etcétera*.  
No le gusta ir á ver hombres,  
que le gusta ir á ver hembras,  
sobre todo siendo mozas,  
sobre todo siendo bellas,  
ó siendo viejas con hijas,  
ó viuditas zalameras;  
pero las que no le gustan  
son las viejas muy compuestas,  
porque siendo él viejo y verda  
le enfadan las verdes viejas.  
Es animada en extremo  
su conversacion con ellas,  
y se le hace agua la boca,  
lloran sus ojos jalea,  
y suspira y se enterneco,  
y ofrece, amenaza y ruega,  
y se acerca y se insinúa,  
y cuando se le desdaña,  
cuando no puede sufrirse  
su atrevida impertinencia,  
no es raro que el mozo acabe  
soltando una desvergüenza.  
Despues de hacer sus visitas  
con distintas consecuencias,

vá á contar á sus amigos  
sus conquistas, sus proezas....  
cuenta mentiras sin cuento,  
y escandalosas anécdotas,  
misterios inverosímiles  
y aventuras de novela:  
De los desdenes que sufre  
con saña cruel se venga,  
y de él no hay honra segura,  
ni respeta la inocencia,  
ni respeta los derechos,  
ni las virtudes respeta.

Allí donde hay mas mujeres,  
allí es donde se pasa,  
para que todos pregunten  
al verle:—«¿Cuál será de estas?»  
y tiene intenciones tales,  
y tan mezquinas ideas,  
que allí donde vive alguna  
mujer hermosa y discreta,  
á la puerta de la casa,  
para que todos la vean,  
manda poner, si la tiene,  
de noche su carretela....  
mientras él en otra parte  
come, bebe, intriga ó juega:  
Visitar en el teatro  
á las actrices primeras,  
y á las cantantes famosas,

y á las sílfides esbeltas,  
y en el Circo de caballos  
á las amazonas bellas,  
para su necio amor propio  
satisfaccion es inmensa,  
y se figura el pobrete  
que están por él todas muertas,  
y que no hay hombre en el mundo  
que tanta fortuna tenga....

Y en tanto que él se divierte,  
y se hace el mozo, y babea,  
y se gasta su fortuna,  
si no se gasta la agena,  
acaso su triste esposa  
espera y se desespera,  
y acaso maldice el dia  
que hizo su desgracia eterna,  
haciendo su dueño al hombre  
que la olvida y la desprecia,  
y acaso sus pobres hijos  
educándose en su escuela,  
de torpes vicios un dia  
dar lección al padre puedan.

Y este viejo, en el que todo  
lo malo y necio se encuentra,  
que oculta sus canas y hace  
mérito de su impudencia,  
orgulloso con los hombres  
y con las hembras babeiaca

no conoce que la muerte  
paso á paso se le acerca,  
no comprende qué sagrada,  
qué respetable y qué bella  
es la vejez virtuosa,  
dulce, tranquila y modesta,  
que á la juventud dirige  
de la virtud por la senda,  
que la anima con su ejemplo,  
la enseña con su esperiencia,  
con su consejo la guia,  
y nombre y honra la deja.

De un jóven estraviado  
puede esperarse que vuelva  
al bien á la voz de un padre  
que muere por él de pena,  
ó que el amor bendecido  
le redima y le convierta  
y acabe bueno y honrado  
quien vicioso y torpe era;  
pero un viejo que es vicioso,  
que de la vejez reniega,  
aunque se ponga en ridiculo,  
y desdenado se vea,  
aunque sufra humillaciones,  
que irritan mas su soberbia,  
aunque ni el amor le halaga,  
ni la amistad le consuela,  
aunque sabe que sus vicios

del mundo todo le alejan,  
con sus vicios vive y muere,  
que es el vicio su existencia;  
y es tarde, muy tarde acaso  
cuando arrepentirse intenta,  
porque cuando se arrepiente  
no puede tener ya enmienda.





1911  
The first year of the  
new year is a  
year of hope and  
faith. It is a  
year of  
growth and  
progress. It is  
a year of  
achievement and  
triumph.

III.

San Isidro.

I.

San Isidro, San Isidro,  
santo de mi devoción,  
pues que te celebran todos,  
debo celebrarte yo.  
No quiero cantar tus glorias,  
no por falta de pulmon,  
sino porque ya las canta  
Lope de Vega mejor.  
Harto la fama las dice,  
y del Pireneo & Chinchón:  
no habrá quien de tí no sepa  
casi tanto como yo ...  
Todos saben, «santo mío,  
que fuiste un santo varón,

y que estuviste en el mundo  
amando y sirviendo á Dios,  
que no halló jamás entrada  
en tu pecho la ambicion,  
que con ser el mas humilde  
y mas pobre labrador,  
mas que en los ricos el prójimo  
en tu pobreza encontró,  
que para el prójimo siempre  
tuvo tu buen corazon  
dulce y eficaz consuelo,  
buen ejemplo y santo amor.  
Por tus virtudes cristianas,  
por tu humilde condicion,  
por los milagros sin cuento  
que hiciste en nombre de Dios,  
este pueblo hidalgo y noble  
te eligió por su patron,  
y para eterna memoria,  
y de su santo en honor,  
donde al golpe de tu azada  
agua bendita brotó,  
que beben los madrileños  
con religioso fervor,  
digno de tí por lo humilde,  
un templo te levantó.

. . . . .  
Y todos los años, todos  
en tal dia como hoy,

acude el pueblo á la ermita  
de su santo labrador,  
no silencioso y devoto,  
ni en solemne procesion,  
sino lleno de alegría  
rebosando buen humor,  
ansiado salir al aire,  
á echar una cana ó dos,  
y de la vida olvidando  
el incesante dolor,  
la cruel incertidumbre,  
la continua agitacion,  
y las eternas miserias  
que dispútanse el honor  
de atormentar á los hombres  
para su condenacion.  
No hay *ómnibus*, ni berlina,  
carretela, ni landó,  
ni calesa, ni tartana,  
ni ridículo *simon*,  
ni pesada diligencia,  
de esas que permite Dios  
para acercar á la córte  
los pueblos de alrededor,  
como los Carabancheles,  
Getafe, El Pardo, Alcorcon,  
y el gran Leganés histórico  
á que tanto nombre dió  
el gobierno moderado

de triste recordacion,  
no hay *elemento* en la villa,  
no hay caballo corredor,  
ni caballo que no corra,  
ni caballo matalon,  
ni macho, mula, ni jaca,  
que en tal dia como hoy,  
no vaya echando demonios  
al sitio de la funcion.  
De sucio polvo, entre nubes  
volando van á la voz  
de mayores alegres,  
y que tienen el pulmon  
mas grande que el de un caballo,  
y mas hermoso que el sol.  
Y óyense votos y voces  
en aquella confusion,  
y canciones, risotadas,  
y alguna blasfemia atroz,  
y allí un caballó se cae,  
y otro atropella á un señor,  
que por coger el sombrero,  
una liebre coge ó dos,  
y una mujer que vá en coche  
chilla que dá compasion,  
y dice que se marea  
con el vaiven y el calor,  
y otra le suelta un cachete,  
pero un cachete feroz,

á un inglés que la ha pisado  
tres veces con intencion,  
y vuelca allá una tartana  
y se abre del golpe en dos,  
y salen de entre las ruinas  
una dama y un señor,  
una niña con su novio,  
un niño, un perro pacho,  
y una cesta que rebosa  
manjares de buen sabor,  
y esclama al punto la dama:  
«¡Lo estaba diciendo yo!...»  
y él, llevándose la mano  
á la parte posterior,  
al gobierno echa la culpa,  
que no tiene prevision  
para evitar tales vuelcos  
en dias como el de hoy;  
y el niño se desgaña  
porque se toca un chichon,  
y la niña, que ya es moza,  
pierde el tino y el color  
porque piensa que la jaula  
del miriñaque se vio,  
y hecho una etcétera el pollo,  
porque se ha roto un alon,  
dice á la niña que el vuelco  
no ha sido cosa mayor;  
y como aquella tartana

él fué quien la procuró,  
miranle el padre y la madre  
con severa indignación,  
y se acercan cuatro perros  
de la merienda al olor,  
y uno toma una chuleta,  
y otro un trozo de jamon,  
y otro un poco de cordero,  
y otro un pollo con arroz,  
y salen con todo á escape,  
y el perro de casa en pos,  
y corridos; y molidos,  
y sin gana de función,  
y sin comida, y sin perro,  
y sin gusto, y sin amor,  
vuelven todos á la corte  
en mala disposición.

. . . . .  
Y camino de la casa  
del bendito labrador  
siguen la bulla, el jaleo,  
la broma y la animación:

- ¡Coronela!... ¡Capitana!...  
—¡Anda! ¡anda!... ¡Caballo!... ¡Só!  
—¡Maldita sea tu sangre!...  
—¡A dos reales, que me voy!...  
—¡Venga usted acá, señora!...  
¿La lleva usted á pie, señor?  
—¡Arre, mula!... ¡Repulsa!...

¡No te diera un torozon!...  
—¡Eh, parroquiano!... ¡a dos reales  
hasta la Puerta del Sol!...  
—¡A doce cuartos?... ¡Te veo!  
¡Se vá á perder el *gachó!*...»—  
Y por las ánimas pide  
un ciego sentado al sol,  
y otro sentado á la sombra  
se encomienda á San Ramón,  
y el himno de Riego célebre  
tocan con mucho primer  
en el arpa, dos vasallos  
de don Luis Napoleón,  
y antes de llegar al sitio,  
se oye el extraño rumor  
de la inmensa muchedumbre  
y el regocijado son  
del esquilon de la ermita  
del bendito labrador,  
y se vé la alegre fiesta,  
y se ensancha el corazón,  
al contemplar la alegría  
con que el buen pueblo español,  
fiel siempre á sus tradiciones  
y á sus varones de pró,  
celebra á quien de la villa  
es venerado patron.



II.

Muy pequeña para tantos  
es la anchurosa pradera,  
y no hay barranco ni altura  
donde no llegue la fiesta.  
Comen unos á la sombra,  
y sobre la fresca yerba,  
cantan otros al compás  
de la histórica vihuela,  
y al mismo compás hay otros  
que bailan que se las pelan.  
Otros, como unos benditos,  
se tienden á pierna suelta,  
y sin respeto al pudor,  
y sin pizca de vergüenza,  
duermen allí con las turcas,  
sus mas fieles compañeras.  
Allí todo se confunde,  
allí nada se respeta,  
allí, lectores, no hay clases,  
no hay mas que jaleo y grosca.  
Allí establecen figones  
cien fondistas de conciencia,

que estiman la salud propia  
con perjuicio de la ajena,  
que á quien de comer les pide  
se lo comen por contera,  
porqué un ojo de la cara  
por cada plato le llevan.  
Quien come de sus manjares  
deja el hambre satisfecha,  
y se estará alguno luego  
un mes en cama y á dieta.  
Allí se venden licores,  
¡qué licores!... agua fresca,  
con aguardiente y pintura,  
porque parezca y no sea...  
rosquillas de Fuenlabrada,  
torrados como manteca,  
que son garbanzos tostados  
y mas duros que las piedras,  
y la leche de las Navas,  
—no de Tolosa,—sin mezcla,  
y el vino de todas partes  
que se consume en la fiesta,  
procedente de las fuentes  
mejores,—digo, bodegas,—  
vino que está mas compuesto  
que una coquetona vieja,  
que no se sabe á qué sabe,  
y no sabe á cosa buena.  
Se venden silbatos, pitos

y campanillas tremendas,  
que dan serenata al santo,  
que bien merece otra orquesta,  
se venden otras mil cosas,  
y hasta se venden, y es mengua,  
toscos retratos del santo,  
que tales cosas tolera.  
Como la gente de bota,  
anda por allí tan suelta,  
cada palo vale un duro,  
cada taco dos pesetas,  
y es un milagro que el santo  
á su repertorio agrega,  
si en la cárcel este día,  
el personal no se aumenta.  
A quien se descuida un poco,  
sin un ophayo le dejan,  
y á quien se descuida mucho,  
le suelen quitar las muelas.  
Las madres abren cien ojos,  
—y aun es fácil que no vean—  
para que de la apretura  
salgan las niñas ilusas;  
los maridos que colgada  
del brazo la esposa llevan,  
entre aquella muchedumbre  
van escamados de veras,  
porque van muchos buscados  
en pos de la hacienda ajena.

aunque no puede creerse  
que una esposa es una hacienda;  
oyen las niñas requiebros  
usados en las tabernas,  
y la linda porque es linda,  
y la fea porque es fea,  
la esposa por el marido  
y la madre por lo vieja,  
todas sufren la metralla  
de burlas, risas y señas,  
pisotones y codazos,  
bromas, requiebros y muecas.

. . . . .  
Y es el labrador bendito .  
á quien el pueblo celebra,  
sin comerlo ni beberlo,  
presidente de la fiesta.  
Y si bienhechora lluvia  
á los devotos dispersa,  
aun quedan allí devotos  
que á su patron apedrean.



THE  
LIFE OF  
SAMUEL JOHNSON  
BY  
JAMES BOSWELL  
IN TWO VOLUMES.  
THE SECOND VOLUME.  
LONDON: PRINTED BY A. MILLAR, IN THE STRAND, 1791.

---

#### IV.

#### La envidia.

El esclavo miserable,  
sin patria y sin libertad,  
el espósito sin nombre,  
que vive en constante afán,  
el que mendiga, llorando,  
el pan de la caridad,  
el que vé muertos sus hijos  
y destruido su hogar,  
y el reo que de la muerte  
espera el trance fatal;  
mucho menos desgraciados  
se pueden considerar  
que el hombre que poseído  
de la vil envidia está.

No hay castigo mas horrible,  
ni mas ruda enfermedad,  
ni mas triste desconsuelo  
que esa pasion infernal.  
Por la senda de la vida  
triste el envidioso vá,  
llena el alma de veneno  
y siempre dispuesto al mal.  
Irrítanle la alegría  
y la paz de los demás,  
y de lo noble y lo grande  
es enemigo mortal;  
con la mirada quisiera  
la muerte al prójimo dar,  
y en la desgracia del prójimo  
halla placer sin igual.  
Sabe que el bien que otro goza  
suyo no ha de ser jamás,  
y con que el otro lo pierda  
por satisfecho se dá,  
y no hay ladron ni asesino  
que se le pueda igualar  
en torpes viles pasiones  
y bárbara crueldad;  
y en incesante desvelo  
y en devorador afan,  
ni un momento el envidioso  
goza de tranquilidad,  
ni su trabajo es fecundo,

ni halla placer en su hogar,  
ni es su corazón sensible  
al amor y la amistad.

Martirio como el que sufre,  
¿quién lo puede imaginar?

Por la pasión miserable  
á que condenado está,  
descuida su hacienda propia

y su existencia quizás,  
y por el placer infame

de hacer al prójimo mal,  
ante ningún sacrificio

retrocederá jamás.

El que de santas virtudes

provechoso ejemplo dá,

el que está por su talento

mas alto que los demás,

el que tiene una fortuna

porque la supo ganar,

lo mismo que el que la tiene

por una casualidad,

el que tiene mujer bella

y virtuosa además,

el que, porque Dios lo quiere,

goza de salud cabal,

y quiere,—y le alabo el gusto,

mejor reír que llorar,

el que obtiene un buen destino,

el que es buen mozo y galán,



el que para hacer conquistas  
tiene una gracia especial,  
todos los que son capaces  
de lo que es él incapaz,  
todos los que tienen algo  
que él no ha podido lograr,  
siempre del vil envidioso  
aborrecidos serán.

. . . . .  
El envidioso, en su lógica,  
que es lógica singular,  
considera que le agravia  
y que es temible rival  
aquel en quien reconoce  
cierta superioridad,  
y como la torpe envidia  
aconseja siempre mal,  
el desco de venganza  
le atormenta sin cesar,  
mas no llega al que enemigo  
le finge su ceguedad  
frente á frente y descubierto,  
como adversario leal,  
que es la envidia muy traidora  
y cobarde por demás,  
y nunca esgrime otras armas  
que la calumnia procaz....  
Del envidioso las honras  
nunca seguras están,

ni hay reputacion que pueda  
sus injurias evitar,  
ni virtud que él no proclame  
hipócrita falsedad,  
ni la inocencia respeta,  
ni el sagrado del hogar,  
ni el reposo de las tumbas  
le respeta su impiedad.  
No hay mentira que no encuentre  
en él defensor audaz,  
ni injuria que no repita  
para que se estienda mas,  
ni ocasion que no aproveche  
ansioso de arrebatat  
la paz y el honor al prójimo  
para gozarse en su mal.

. . . . .  
Si hallais en vuestro camino  
un hombre que atado vá  
á la pesada cadena  
de esa pasion infernal,  
no os inspire el envidioso  
ódio y mala voluntad,  
ved que es un hermano enfermo  
que nadie puede salvar,  
un desdichado que sufre  
un martirio sin igual,  
á quien todos los placeres  
vedados por siempre están,

y que ignora cuánta dicha  
pueden los hombres gozar  
con los placeres dulcísimos  
de la santa caridad.

— 0000 —

---

V.

**El Torero.**

I.

En la calle de Sevilla,  
que es una calle famosa,  
en la que el Ayuntamiento  
no necesita de escobas,  
porque con la rica seda  
y los volantes de blonda,  
y el hule con que los falsos....  
de los vestidos se forran,  
la barren todos los días,  
la barren á todas horas  
las hembras que por el suelo  
van arrastrando la cola;  
está en la esquina plantado,  
ufano de su persona,

un mozo de buen trapío  
con su chaquetilla corta,  
su pantalon que acredita  
al sastre que le dió forma,  
y el gusto de quien lo lleva,  
y la forma de sus formas,  
su chaleco bien cortado,  
su faja blanca y hermosa,  
que en crespon de la India riego  
se la bordó una señora,  
su reló con su cadena  
y en el bolsillo unas onzas,  
por si ocurre un compromiso  
quedar bien á cualquier hora.  
Este es Juanillo, el torero,  
nacido una noche en Ronda,  
de una madre mas salada  
que la inmensa mar furiosa,  
que cantando la rondeña  
cogia la tierna alondra,  
que de su voz al halago  
se le venia á la boca,  
y bailando unas boleras  
hacia brotar las rosas  
en el terreno mas árido  
ó en la mas pelada roca,  
y de un padre mas temido  
en Ronda que la langosta,  
gran consumidor de cañas,

y no de cañas de escoba,  
y *cantaor* por lo fino  
y aficionado á las mozas  
mas que al dinero el avaro,  
mas que el mundo á la lisonja,  
mas que la paloma al nido  
donde sus hijos los moran,  
y aficionado á los toros  
mas que á todo y mas que á todas,  
y mas que á su esposa misma  
y que á su propia persona;  
que una corrida de toros  
era para él mas preciosa,  
mas que todo lo del mundo,  
mas que la fortuna propia,  
mas que la fortuna agena,  
mas que su petto de Córdoba,  
mas que todo el contrabando,  
que cual madre cariñosa  
proteje fiel y constante  
la Serranía de Ronda.

. . . . .  
Estaba mamando el chico,  
y su padre, que esté en gloria,  
ya le llevaba á los toros  
y le arrimaba una soba  
si la fiesta al tierno infante  
le producía modorra,  
en vez de aquel entusiasmo

y aquella alegría loca,  
que él sentía viendo al toro  
cruzar la plaza anchurosa,  
persiguiendo á sus verdugos,  
dando rugidos de cólera,  
y clavando el asta fiera  
y ya por la sangre roja,  
en los míseros caballos  
á falta de las personas.  
Y todos los accidentes  
de la lidia, como todas  
las cualidades notables  
que al toro que es *bueno* adornan,  
y las que adornan al *malo*,  
que no son buenas ni pocas,  
todas las suertes bonitas  
del toreo fino propias,  
todo lo que el buen torero  
debe saber de memoria,  
lo supo Juanillo apenas  
tuvo dientes en la boca,  
merced al celo estremado  
y á la experiencia taurómaca  
del buen autor de sus dias,  
que, aunque pudiera con gloria  
haber ejercido el arte  
sin riesgo de su persona,  
nunca habia toreado  
por no asustar á la esposa,

á la madre de Juanillo,  
que estaba de amores loca  
por su marido, y en cinta  
con una frecuencia insólita.  
Verdad es que no ejerció  
ni esa profesion ni otra,  
tan solo por la indolencia  
de aquellos vergeles propia,  
aunque, según afirmaba,  
pudo,—tal era su estofa,  
y tales de su familia  
la limpia brillante historia  
y los hechos memorables  
y las acciones heróicas,—  
ser lo que hubiera querido,  
y oro tener por arrobos,  
y cortijos y ganados,  
y un buque en la mar indómita,  
y ser señor absoluto  
diez leguas á la redonda,  
y por sus méritos altos  
merecer quizás la honra  
de acabar el mejor día  
en maestrante de Ronda.



II.

Era Juanillo un *chaval*  
cuando su padre, el indio,  
por salir á la defensa  
de un toro, sin ser su primo,  
ni su padre, ni su hermano,  
ni tan siquiera su amigo,  
y sostener que era un toro  
de muchísimo *sentío*,  
cuando era un torillo avanto,  
bailarin, cobarde, huido,  
con un compadre muy terne  
armó la de Dios es Cristo,  
y el compadre, un *cabayero*,  
visitador de presidios,  
con un alfiler le abrió  
en el pecho un ventanillo,  
por donde se fué la vida  
del hombre hermoso del siglo,  
que así llamaba la esposa  
al autor del buen Juanillo,  
llorando á lágrima viva  
sobre su cadáver frio.

La misma afición que el padre  
tuvo á los toros el hijo,  
mas la ocultó cuidadoso  
y hasta combatirla quiso,  
respetando de la madre  
el odio constante antiguo  
á los toros,—que por uno  
se quedó sin su marido,—  
mas como todo se olvida  
al fin en el mundo pícaro,  
y las viudas de buen talle  
y de regular palmito  
son las mas olvidadizas  
que en este mundo han nacido,  
y mas que ser fiel á un muerto  
agrada ser fiel á un vivo,  
y con el nombre de bodas  
ó bodorrios, mejor dicho,  
en el mundo sucursales  
abre del infierno mismo  
el mismísimo demonio,  
nuestro común enemigo,  
sucedió que onserada  
de un belonero muy pillo,  
que fué de Lucena á Ronda  
por ferias con un borrico  
(que en viendo el pobre un gitano  
lloraba como un chiquillo),  
dió la mano al belonero

y dió padrastro á su hijo.  
Aborreció cordialmente  
á su padrastro Juanillo,  
y no acabó por pintarle  
un jabeque en el ombligo,  
porque su madre,—y á muchas  
les suele pasar lo mismo,—  
á aquel hombre, que era un bárbaro,  
llegó á querer con delirio,  
y eso que mas de una vez  
le puso aquel cuerpo indino  
con mas cardenales juntos  
que en un cóncelave se han visto.

.....  
Cierta muchacha de Ronda,  
que en belleza era un prodigio,  
una noche, en el otoño,  
asomada á un postiguito,  
pelaba no sé si el pavo  
ó la pava, á punto fijo,  
con un mozo de buen aire,  
y entre suspiro y suspiro  
hablaban de esta manera  
aquellos dos tortolitos:

—Juanillo ¡que no te vayas!  
¡que no te vayas, Juanillo!  
—Me voy porque me lo como  
lo mismo que un huevo frito  
si no me marchó....

—¿Y por qué no te lo comes, chiquillo?...

—Porque mi madre le quiere, ¡pues! por eso, y al maldito eso le vale.... pues ¿piensas que si no estaba ya vivo?...

—¡Vaya! ¡que tu madre es tonta!...

—¡Lola, es mi madre!...

—Bien, chico; no te enfades, que no quiero faltarla.

—Ya se lo he dicho, yo la he dicho que ese mozo es peor que un tabardille, pero mi madre le quiere, y yo... me voy.... y es lo fijo... y así... no puedo ver nada, ni me quemó... ni estoy frito... ni me pongo á que algun día me veas en un presidio...

—Y yo me quedo aquí sola con mi tío, que es un tío...

—¿Te quieres venir?

—¿A dónde?...  
—¿A dónde?... ¡Tóma, conmigo!...

Vente conmigo, morcna, verás el mundo enterito, verás Cádiz y Sevilla... el cielo... ¡Conque al avio!...

—¿Y de qué nos mantendremos?..

—De comida, lucerito...

y si no de amor, que cuesta  
menos...

—Aquí yo me frío  
con este viejo petate...

¿Y qué vas á ser, Juanillo?...

—¿Qué voy á ser?... Voy á ser  
torero...

—¿Torero has dicho?...

—Y hasta allí... Verás, morena,  
ya verás á tu marido  
mas reluciente que un astro,  
y con mas gracia y mas brio  
que el señor Francisco Montes  
ponerse enfrente del vicho...

—¡Ay! ¡qué miedo!

—No lo tengas,  
que aun el toro no ha nacido  
que ha de coger á tu *chacho*,  
morena, tesoro mio.

. . . . .

Dos dias despues Lolilla  
se afufaba con Juanillo,  
dejando con una cuarta  
de narices á su tio.

III

Diez años lleva Juanillo  
triunfando de plaza en plaza  
de los toritos mas bravos  
y de las mozas mas bravas.  
Apenas pone en la arena  
la firme y segura planta,  
parece como que el sol  
del cielo á la tierra baja,  
y con sus rayos de fuego  
los corazones abrasa  
de las mozas mas juncales  
que se crian en España,  
que en toros y hembras de brío  
es tierra privilegiada.  
Y se oyen por todas partes  
apóstrofes entusiastas  
con que á Juanillo saludan  
sus muchas apasionadas.  
—«¡Ya ha salido el rey del mundo!  
—»¡Salero! ¡viva la gracia!  
—»¡Vaya un cuerpo rebonito!  
—»¡Qué cinturita! ¡ni á máquina!  
—»¡Con ese cuerpo, en el mundo,

»tiene que haber mil desgracias!»—  
Y en tanto, Juan, paseando  
por la plaza la mirada,  
saluda á los conocidos,  
y hace una seña á la Paca,  
y un guiño á la Mariquita,  
y un gesto á la *Sabastiana*,  
y coge un cigarro habano  
que le echa el marqués del Agua,  
y en viendo venir al toro  
corre, le llama y le para,  
le capea por lo fino,  
le dá cien vueltas, le engaña,  
y se descubre de pronto,  
y cuando está ya en las astas  
del animal, y resuena  
de horror un grito en la plaza,  
sale Juanillo muy sério,  
muy embozado en la capa,  
y el toro se queda atónito  
sin saber lo que le pasa.  
Sigue el toro rebramando,  
y, buscando una venganza,  
con un caballo tropieza  
y en el caballo se ensaña;  
resiste el corcel el ímpetu  
y de manos se levanta,  
y el picador mide el suelo  
y ciego el toro le engancha,

pero llega allí Juanillo,  
y de allí á la fiera saca,  
sin saber cómo ni cuándo,  
sin decirle una palabra,  
sin duda por la influencia  
moral que ejerce el que manda.  
Suenan luego los clarines  
y Juanillo se prepara  
á despachar á la fiera,  
si puede de una estocada,  
y si no de dos ó doce,  
ó de las que le hagan falta,  
y despues *que brinda el toro*  
*por usía y la compañía,*  
por la gente de Madrid  
y por quien le dá la gana,  
váse derecho á la fiera  
con la muleta y la espada,  
y con muy grave peligro  
de perder toda la gracia  
que Dios le dió, con la vida,  
del animal en las astás....  
y cuando, rugiendo el toro,  
vencido cae á sus plantas,  
grito de inmensa alegría  
en la plaza se levanta,  
si la estocada fué buena  
y al toro le supo *mala*.

. . . . .



Y mientras él, defendiendo  
está su vida en la plaza,  
de hinojos ante la imágen  
de la madre de Dios santa,  
rogando está por Juanillo  
Lolilla, aquella muchacha  
á quien él rondaba en Ronda,  
y que le dió vida y alma,  
y huyó con él una noche,  
incauta y enamorada:  
que por mas que muchas veces  
le hace partidas serranas  
Juanillo, sin su Juanillo  
la pobre ya no se halla,  
y aunque se muere de pena,  
y aunque de celos se abrasa,  
y aunque ya le ha sorprendido  
de palique con la Paca,  
y en el bolsillo un pañuelo  
que le dió la *Sabastiana*,  
y unos pelos que le dió  
en un papel la Pascuala,  
y aunque sabe que hay por él  
hasta marquesas *chaladas*,  
y él tantas vé tantas quiere,  
y aunque fueran otras tantas,  
a vida le faltaria  
si Juanillo le faltara  
Acaso Juanillo á Lola

suele zurrar la badana,  
acaso meses enteros  
sin verla ni hablarla pasa,  
pero luego la contenta  
con una dulce palabra,  
y con *mercarle* unas ligas  
y con *secarle* las lágrimas.

---

Y aquí se acaba el romance;  
perdonad sus muchas faltas.

---



---

## VI.

### La Usura.

Tiene el hombre un enemigo  
que le persigue y le empuja,  
que le agarra, y gota á gota  
la sangre toda le chupa,  
que le deshonra y le humilla,  
y le postra y le sepulta....

Este infernal enemigo  
tiene por nombre la USURA.  
No hay armas mas ofensivas  
en el mundo que las suyas,  
ni inventar pudo el infierno  
red mas estrecha y segura  
para llevarse las almas  
á sus mazmorras profundas;

del verdugo y de la víctima  
se lleva las almas juntas,  
que si el uno se condena  
por su maldad y su astucia,  
la otra, por desesperada  
al ver su ingrata fortuna,  
por renegar de los hombres  
y ponerlo todo en duda,  
y darse al mismo demonio  
que de sus males se burla,  
tambien se condena para  
completar sus desventuras.  
Tan refinada maldad  
es la maldad de la usura,  
que no hay pasion en el mundo  
que pueda igualarla nunca,  
y no hay ladron ni asesino  
de viles entrañas duras  
que busque con tanto ahinco,  
cómo el usurero busca,  
el bien ageno y la sangre  
con que alimenta la suya.  
La bolsa ó la vida pide  
el ladron con faz adusta,  
á tiempo que te amenaza  
con darte un palo en la nuca;  
pero el ladron usurero,  
que en algun apuro buscas,  
con su carita de pascua,

y sus palabras de azúcar,  
y el favor encareciéndote,  
y su amor y su ternura,  
y el desinterés pasmoso  
con que te presta su ayuda,  
te facilita el dinero,  
y al alargarte la suma,  
de tu bolsa y de tu vida  
apoderarse procura.

. . . . .  
¡Pobre del pobre que es pobre  
y no tiene quien le acuda  
mas que alguno de esos entes,  
que el mismo diablo confunda!  
Pronto se verá cogido  
en las redes de la usura,  
y á poco que se descuide,  
verá con horrible angustia  
que el pan de sus tiernos hijos,  
y su paz y su ventura,  
y el fruto de su trabajo,  
y sus sueños de fortuna,  
y todo consuelo, y toda  
esperanza alegre y pura,  
y su salud, y su honor,  
que era su riqueza única,  
son los réditos enormes  
con los que la suerte injusta  
le hace pagar el amargo

pan que le arrojó la usura.  
¡Pobre del buen labrador  
que vé abrasadas sus frutas  
y su casa destruida,  
y sus tierras sin verdura,  
y siente sobre su techo  
bramar la tormenta ruda!...  
Mejor le está resignarse  
á la voluntad augusta  
del Ser todopoderoso  
que no le olvidará nunca,  
que acudir á un usurero,  
que sus tierras una á una,  
y su casa, y sus ganados,  
por una mezquina suma,  
le arrebate poco á poco  
con alma taimada y dura.  
¡Pobre mozo, el que fiado  
en su nombre y su fortuna,  
se dá á lucir en el mundo  
y por lucir gasta y triunfal  
Si llama una vez y ciento  
á las puertas de la usura,  
hallará el metal precioso  
que sus vicios le consuman;  
pero ha de llegar un día,  
que, con asombro sin duda,  
verá que no valen nada  
su nombre ni su fortuna,

que esta no le pertenece,  
y que la insaciable gula  
de sus vicios es tan solo  
lo que no ha de perder nunca.  
¡Pobre del triste cesante  
á quien dejaron á oscuras,  
en un *arreglo* que hicieron  
para *arreglar* á otro cura!  
Si fuera de su destino  
no sabe hacer cosa alguna,  
si no se atreve siquiera  
á componer aleluyas,  
si una sociedad de crédito,  
por no atreverse no funda,  
y tiene mujer y niños,  
y pide auxilio á la usura,  
quedará para *in eternum*,  
aunque en otro arreglo suba,  
lo mismo que el toro á quien  
le aplican la media luna,  
que no podrá levantarse  
y no le valdrá la Bula.

. . . . .  
Pero por no entristecer  
al lector con tal lectura,  
por hoy no quiero poner  
mas milagros de la usura.





---

## VII.

### El Lujo.

De cuantas necesidades  
el hombre tiene en el mundo,  
hoy por hoy, la mas urgente  
es la que se llama el *lujo*.  
Todos queremos lucirnos,  
y acreditar nuestro gusto,  
y que todos queden, viéndonos,  
admirados y confusos.  
Quien tiene dos gasta cuatro,  
gasta dos quien tiene uno,  
y quien nada tiene, gasta  
lo ageno, que lo hace suyo.  
Está en Madrid empleado  
con poco sueldo don Justo,

~~gracias á que de su esposa~~  
el gefe es primo segundo,  
y cuando sale de casa  
la esposa á lucir el busto,  
todos esclaman al verla:  
«¡Qué lujo! señor, ¡qué lujo!»  
Cada vestido que gasta  
cuesta lo menos cien duros,  
y con la tela que tienen  
todos sus vestidos juntos,  
hacerse un toldo pudiera  
de caprichosos dibujos,  
para ponerlo en la plaza  
de toros el mes de julio.  
Tiene crédito en las tiendas,  
lo toma todo por junto,  
que en nada quiere meterse  
el bendito de don Justo.  
No hay funcion á que no vayan,  
los dos toman baños rasos,  
y un té dan el mejor día  
en pró del primo segundo.  
También el ministro tiene  
un primo cuarto muy cuco,  
y un día le dá el empleo  
del otro primo, y al punto  
el nuevo gefe presenta  
un primo de un primo suyo,  
que á don Justo desaloja,

que esto en España es lo justo,  
y don Justo sin empleo  
claro empieza á ver lo oscuro,  
que es el *déficit* enorme  
que le ha producido el *lujo*,  
y en el libro de las Deudas,  
que es el libro del gran mundo,  
inscrito queda su nombre,  
y ya nunca está seguro  
de usureros y curiales,  
de penas, citas y sustos.  
Tuvo Mariquita padres  
como cualquiera los tuvo;  
—excepto los periodistas,  
que no tenemos ninguno,  
como con mucho salero  
dijo ha poco un mozo crudo,  
académico, ex-ministro,  
y señor de muchos humos,—  
de la necia vanidad  
creció la niña al arrullo,  
y con las comodidades  
y los caprichos sin número,  
y la dañosa indolencia,  
y la soberbia del lujo,  
formóse la pobre al cabo  
un carácter tan adusto,  
tan egoísta y despótico,  
que á no ser por su peculio,

no hubiera hallado un marido  
ni aquí ni en San Petersburgo;  
pero gracias á que el padre  
soltó sendos pesos duros,  
halló marido, y muy guapo,  
y muy gracioso, y muy tuno,  
que la dejó en poco tiempo  
madre, sola y sin recursos.  
Todo lo perdió la triste,  
menos el amor al lujo,  
y hoy del mundo ya no espera  
mas que el pan amargo, y duro,  
y el lecho de un hospital  
para sus momentos últimos.  
Casó don Pedro con una  
señora de clase y rumbo,  
cuya familia descende  
del mismísimo Ataulfo,  
y en cuyas armas se ven  
en campo azul cuatro buhos,  
una mano de mortero,  
dos calderas, un embudo,  
un alcornoque, un cedazo,  
un par de orejas de rucio,  
y en un escudo este mote:  
«Mas noble que yo ninguno.»  
Don Pedro estaba vestido  
como lo prescribe el uso,  
y lo manda la decencia

desde que Eva tuvo el gusto  
de comerse la manzana  
que le dió un reptil inmundo,  
y tenía algunos cuartos  
en empresas de *Seguros*,  
con la cual ya se creía  
—¡pobre don Pedro!—seguro,  
y cobraba del gobierno  
algun dinero, no mucho....  
Y hoy que llevará casado  
un par de años á lo sumo,  
dicen todos, y él lo dice,  
que está el infeliz desnudo,  
y que no tiene mas cuartos  
ni en *Seguros*, ni inseguros  
que los cuartos que el relé  
dá cada quince minutos.

No es, sin embargo, don Pedro  
hombre que se echa en el surco,  
y aunque él echarse quisiera,  
su esposa,—la de los buhos  
y la mano de mortero,—  
tiene mucho amor al lujo,  
y pide al esposo, airada,  
que satisfaga sus gustos,  
y llora, y se pone triste,  
y le dan ataques bruscos  
de nervios, dando al marido  
cada dos horas un susto,

y de repetir no cesa  
cuántas ocasiones tuvo  
de hacer mejor casamiento,  
pondera el amor profundo  
que la profesaba, un príncipe,  
no sé si polaco ó ruso,  
la escandalosa fortuna  
de un señor del otro mundo,  
—de la Habana,—que tenía  
veinticuatro ingenios suyos,  
y que la hubiera dotado  
en diez millones de duros,  
la pasión atroz, volcánica,  
de un poeta melencólico,  
que, aunque entonces no tenía  
ni para comprar un puro,  
luego ha llegado á ministro  
con asombro de los puros,  
y se duele amargamente  
de haber tenido el mal gusto  
de ir á elegir al más pobre,  
más pacato y más oscuro,  
y tales cosas le dice,  
que, como él la quiere mucho,  
y ha tomado de la esposa  
también la afición al lujo,  
anda bebiendo los vientos  
por salir de sus apuros,  
encomendado al glorioso

y benéfico San Bruno,  
que ciento por uno dá  
á quien es devoto suyo,  
y se ocupa el pobrecito  
en escribir estatutos,  
bases y combinaciones  
de una *Caja de seguros*  
que ha pensado establecer  
en beneficio del público,  
y en la cual cada imponente  
tomará el ciento por uno,  
y con soltar unos cuartos  
tendrán porvenir seguro  
su mujer, hijos y nietos,  
hasta que se acabe el mundo.  
Y aun cuando á primera vista  
parece el proyecto absurdo,  
el buen don Pedro, que debe  
ser ó muy sábio ó muy tuno,  
establece al fin su empresa,  
y pone grandes anuncios,  
y vuelve la esposa bella  
á asombrarnos con su lujo,  
y á no ser por un milagro  
del seráfico San Bruno,  
andando el tiempo, don Pedro  
nos dará á todos un susto,  
porque dando un trueno gordo  
nos dejará sordo-mudos.



Vive el pobre de que el rico  
viva con fausto y con lujo,  
y el lujo de los magnates  
es conveniente y es justo;  
pero que quiera lucirse  
quien no tiene bien alguno,  
mas que un simple destinillo  
ó los precisos recursos  
para comprar ropas hechas  
y comer garbanzos duros,  
pienso, lectores amigos,  
que es ridiculo y absurdo;  
pero no os burleis del prójimo  
que dá en el vicio del lujo;  
si no podeis, corrigiéndole,  
salvarle de un mal seguro,  
compadecedle y rogad  
por él con amor profundo,  
que acaso veréisle un dia  
triste, sin pan y desnudo,  
ó sin honra y sin pudor  
desdeñado por el mundo.  
Si es el lujo para el hombre  
causa de males sin número,  
para la mujer no hay nada  
tan dañoso como el lujo.  
Es la pasion mas traidora  
que inventar el diablo pudo,  
y la mujer que no sabe

resistir su horrible influjo,  
á grandes males se espone  
y á no lograr bien alguno.  
Hija buena no será,  
si dá en ese vicio estúpido,  
ni cumplirá como esposa  
la mision que Dios le impuso,  
y no será buena madre  
la que su bien y su orgullo  
cifre en ser esclava siempre  
de las miserias del lujo.





---

## VIII.

¡Jaranal

Todos los años, apenas  
aprieta un poco el calor,  
se dice en la villa y córte  
que vá á haber revolucion....  
que don Fulano conspira,  
que ayer han cogido á dos,  
que el plan era endemoniado,  
y que ha cantado un traidor,  
saliendo después á escape  
con direccion á Joló,  
per sustraerse á las iras  
de toda la reunion,  
que pensaba asparle vivo  
solo per lo que cantó....

Los noticieros no cesan  
de hacer que corra la voz  
de alarma, y cada mañana,  
con una mentira ó dos,  
que con aire de misterio  
y siniestra entonacion  
cuentan en cafés y tiendas,  
llean de susto y pavor  
á los que los oyen, y estos  
alarman la poblacion,  
que al cuarto de hora ya sabe  
quiénes forman el complót,  
y la gente con que cuentan,  
y el sitio de la funcion;  
cada cual aumenta un poco  
á las noticias que oyó,  
y uno dice:—«¡Ya hay patrullas!»—  
Y otro añade:—«Y un cañon  
en la esquina del Suizo,  
y otro en la Puerta del Sol.»—  
Y otro esclama:—«Pues la guardia  
del Principal se dobló,»—  
como si la guardia fuera  
la cortina de un balcon,  
y una devota asegura  
con el descaro mayor,  
que van á volver los frailes,  
y que acaba de ver dos,  
y que volverá su primo

fray Serapio, que murió,  
y en esto se oye á lo lejos  
el redoble de un tambor,  
y uno dice:—«¡A generala!...  
¡A casa, que ya se armó!...»  
—«Nó, señor,—dice otro prójimo  
coa evidente intencion  
de que las gentes le crean  
tremendo conspirador,—  
hasta salir de los toros  
no alzará nadie la voz....»  
—«¿Y qué voz será?...» pregunta  
con bien visible emocion,  
uno á quien han colocado  
en la semana anterior.  
—«¿Cuál ha de ser?» dice el otro,  
«¡Viva la Constitucion!»—  
Y el que tiene que perder  
corre á su casa veloz,  
y registra sus papeles  
con laudable prevision,  
y quema el bello retrato  
de un ilustrado orador,  
que arma con cada discurso  
una polvareda atroz,  
y llama aparte á la esposa,  
mitad de su corazon,  
y le dice muy bajito:  
—«Dime, ¿tenemos arroz,

y lentejas, y garbanzos,  
velas, aceite y jabon?...  
Pues haz provision al punto  
que dicen que vá á haber hoy....  
vamos, chica, no te asustes,  
que vá á haber revolucion.»—  
Y la esposa, que está en cinta,  
y ya de cuenta salió,  
lanza un grito, que al chiquillo  
le hace dar un revolcon,  
y los vecinos se enteran,  
bajan á ver qué ocurrió,  
y en cuanto saben de boca  
del marido la ocasion,  
crece el tumulto, el espanto  
llega á su grado mayor,  
y un marido en bata y gorro  
y en alas de su pasion,  
sale á buscar á la dulce  
esposa que Dios le dió,  
que ha salido hace un momento  
á comprarle salchichon,  
y una madre se desmaya  
porque su niño mayor  
á aprender á ser cajista  
ha entrado en *La Discusion*,  
y otra mujer por su esposo,  
que es el portero mayor  
de un ministerio, y por eso

está en un peligro atroz,  
reza, llorando, á los santos  
de su mayor devocion,  
y un sargento retirado,  
que tiene huéspedes, dos  
pistolas coge muy sério  
y se pone en el balcon,  
dispuesto á pegar un tiro,  
si á mano viniera, al sol.

. . . . .  
Y en tanto, cunde la alarma  
por toda la poblacion,  
y hasta los papeles públicos  
—y esto es lo que estraño yo,—  
se hacen eco de rumores  
sin motivo ni razon,  
y al comercio perjudican  
y á la industria, y el temor  
esparcen con sus alarmas  
con bien poca prevision.

. . . . .  
Y aquí se acaba el romance....  
Queden ustedes con Dios.







---

## IX.

### Viaje de placer.

#### I.

Don Ginés, un empleado  
auxiliar de no sé qué,  
director adjunto de una  
sociedad, tiene mujer  
que tiene dentro del cuerpo  
—y no es un mal cuerpo á fé,—  
unos granos escondidos  
que en invierno no se ven,  
y en cuanto llega el verano  
se le salen á la piel.  
El primer granito asoma  
en Junio del dos al seis,  
y en el mismísimo día  
vé al ministro don Ginés,

**y rondido le suplica  
que la licencia le dé  
para ir á tomar las aguas  
que curan á su mujer.  
El ministro le contesta:  
«Eso y mas que quiera usted.»  
Y con tan fausta noticia  
vuelve á casa á disponer  
todo lo que es mas preciso  
para que su esposa y él.  
vayan á ver si los granos  
se meten dentro otra vez,  
y aquí empieza Cristo, digo,  
don Ginés á padecer.  
Necesita la señora  
dos sombreritos é tres,  
tres sombrillas, diez vestidos,  
que menos no pueden ser,  
además de los que tiene,  
que son unos treinta y seis,  
cuatro pares de botitas,  
un abrigo de *moaré*  
para el calor, que no abrigue,  
y otro que abrigue muy bien  
para los dias de frio.  
que se lo quiera poner,  
y para esto y otras cosas  
necesita la cruel  
nada menos que dos mundos,**

y el viejo que tiene, tres.  
Don Ginés lo compra todo,  
y un gorrito para él,  
y una noche entre ocho y nueve  
toman, ó los toma, el tren,  
después de pagar el pobre  
ocho duritos ó diez  
por el exceso del peso,  
del peso de su mujer.

La esposa á temblar empieza  
por lo muy posible que es  
que suceda una avería,  
como suele suceder,  
la tranquilizan su esposo  
y otro matrimonio fiel.  
que en el mismo coche vá  
á tomar aguas también,  
y antes de la media legua,  
la mujer de don Ginés  
y la del otro sugeto  
saben cuanto hay que saben:  
de los achaques que tienen,  
de lo que les prueba bien,  
de los gustos y manías,  
de los dos esposos que  
en tanto arreglan á España,  
y hablan del poco valer  
de todos los empleados,  
que, por su desfachatez,

mas sueldo que tienen ellos  
han logrado que les den.  
Don Ginés, que es un filósofo,  
se duerme poco despues,  
y le despierta su esposa  
cada vez que para el tren,  
ya porque bajar desea,  
ya porque quiere saber  
á qué estacion han llegado,  
si hay estrellas, qué hora es,  
cosas que sin preguntarlas  
á nadie, las puede ver.  
En una estacion, al coche  
sube muy sério un inglés,  
que en una manta que lleva  
se envuelve bastante bien,  
y saca luego otra manta  
y envuelve en ella los piés,  
y luego saca una gorra  
hecha de no sé qué piel,  
y se la pone, y diciendo  
en su lengua no sé qué,  
estira los piés y cruza  
los brazos con mucho *aquel*,  
y empieza á roncar de un modo  
que hace mas ruido que el tren  
Con esto se desespera  
la esposa de don Ginés,  
quiere que este le despierte,

y que una leccion le dé,  
y al inglés el buen esposo  
le dice: «No duerma usted,»  
con lo que sigue roncando  
con mas fuerza cada vez.  
Al término del camino  
arriban al fin, despues  
de mil sustos y congojas,  
don Ginés y su mujer,  
ella con mucha jaqueca,  
con dolor de muelas él,  
ella dada á los demonios  
porque perdió un alfiler,  
y él dado á todos los diablos  
porque le pica y se vé  
con las manos ocupadas  
y sin poderlas mover.  
Un ómnibus los conduce  
á lo que se llama *hotel*,  
donde pueden por diez duros  
habitar, y hasta comer.  
A las tres de la mañana  
ya está don Ginés en pié,  
porque salir muy temprano  
le conviene á su mujer....  
Comienza la pobrecita  
á las cuatro su *toilette*,  
y no es mucho si concluye  
despues que han dado las seis,

y como dos tortolitos  
entrambos salen á ver  
la playa y la mar indómita  
y la gente que los vé.  
Ella cuida de vestirse  
con notable sencillez  
que contraste con el traje  
que ha de ponerse despues;  
admiran ambos esposos  
de la natura el poder,  
las elevadas montañas,  
las olas del mar, que ven  
estrellarse rebramando  
de las montañas al pié,  
lo gordas que están las vacas  
que al campo van á paecer,  
y ella critica el mal gusto  
de la esposa de Cortés,  
la importancia que se dá  
la mujer de Alonso, que  
hizo el dinero en el río  
y *guisando de comer*,  
el abandono en que tiene  
á sus hijas don José,  
administrador de rentas,  
que las deja ir con Soler,  
—no á las rentas, á las hijas,  
siendo así que Soler es  
un solteron que en el mundo.

tiene un concepto cruel,  
y se vuelven á la fonda,  
donde afeitan á Ginés,  
mientras para el baño vuelve  
á vestirse su mujer,  
y dos horas no han pasado  
cuando se los vé otra vez  
tomar del mar el camino,  
para zambullirse en él.  
Don Ginés se vá con ellos,  
y con ellas doña Inés,  
que así se llama su esposa,  
para que lo sepa usted,  
y en el seno de las mareas  
aquel matrimonio fiel  
dejar los malos procura  
que tanto le dán que hacer.  
Don Ginés no nada nada,  
pero ella nada muy bien,  
y se lanza mar adentro  
con notable intrepidez.  
Don Ginés quiere gritar :  
—«Que un pez te puede coger,»—  
y se le pega la lengua  
porque de miedo no vé,  
y no quiere mover mas  
que las manos y los piés;  
y en tanto un pez con calzones,  
que no debe ser mal pez,



se dirige á toda vela  
camino de su mujer,  
que se vuelve hácia la playa  
á toda vela tambien.  
Salen del mar con los trajes  
adheridos á la piel,  
ella con tres granos menos,  
y él sin cesar de toser,  
y se vuelven á la fonda,  
quiero decir, al *hotel*,  
y doña Inés á vestirse  
vuelve por tercera vez;  
bajan á almorzar; la mesa  
muy concurrida se vé,  
y las señoras se miran,  
que tienen mucho que ver,  
y un jovencito que almuerza  
al lado de doña Inés,  
le murmura por lo bajo:  
—«¡Pero qué linda es usted!»—  
en tanto que su marido  
conversa con don José  
de lo de las islas *Chinches*;  
ó *Chinchas*.—lo mismo es.—  
Después de almorzar, por si  
alguno los viene á ver,  
vuelve á vestirse, y van cuatro;  
la mujer de don Ginés;  
mientras él, porque ha leído

que un *arreglo* debe haber,  
se pone á escribir al gefe  
para que tome interés  
en que *arreglen* á quien quieran  
y no le *arreglen* á él.  
No llega visita alguna,  
llega la hora de comer,  
y doña Inés á vestirse  
vuelve, y es la quinta vez.  
Bajan á comer; las damas  
de nuevo empiezan á hacer  
el exámen de vestidos,  
y ellos vuelven á hablar del  
mundo y de sus monarquías,  
y el jóven á doña Inés  
le murmura por lo bajo:  
—«¡Pero qué guapa es usted!»—  
Terminada la comida,  
para digerirla bien,  
es preciso ir á paseo,  
y á vestirse hay que volver.  
Este es el supremo instante,  
el supremo instante es  
de vencer en elegancia,  
en riqueza y gusto, y de  
obedecer de la moda  
con todo rigor la ley....  
Despues del paseo, cuando  
se han mirado todos bien,

para asistir al concierto  
hay que vestirse otra vez....  
para no hacer *en el mundo*  
un ridículo papel.

En el teatro, en paseo,  
en la iglesia, en el café,  
en la playa, en todo sitio  
en donde la vé y le ven,  
aquel mozo, que en la fonda  
suele á su lado comer,  
persigue tonto y osado  
con su amor á doña Inés...

y en cuanto al pobre marido  
volver la cabeza vé,  
ya está murmurando el pollo:

—«¡Pero qué linda es usted!»

Pero, oyéndole, una noche  
le contesta don Ginés  
con cuatro buenas palabras  
y con la punta del pié;  
el pollo le desafía,  
que es muy bravo el pollo aquel,  
y le envía los padrinos,  
que son del mismo jaez,  
que hablan mucho de la honra  
de su amigo, y del deber  
en que don Ginés se encuentra  
de ir á batirse con él,  
como si todo marido

estuviese á la merced  
de cualquier chisgaravís  
que hace el oso á su mujer...  
Don Ginés no los despide  
cual debiera, á puntapiés,  
toma el desafío á broma,  
haciéndoles entender  
que ellos y su digno amigo  
son unos necios los tres...  
La noticia de aquel lance  
muy pronto llega á correr,  
se comenta, se exagera,  
y se arma, en fin, un belén,  
—como en los baños la gente  
tiene tan poco que hacer,—  
del que salen malparados  
don Ginés y doña Inés.  
Y no falta algún amigo  
que con intención cruel  
escribe á Madrid la historia,  
y para daría interés  
inventa, y dice que ha visto  
lo que nadie pudo ver,  
y es mucho si en un periódico  
no vé el público después  
la historia con sus detalles,  
adicionada también  
con curiosos comentarios,  
y con señas, por las que

se pueda á los personajes  
fácilmente conocer.

Y así, ya están en berlina  
don Ginés y doña Inés.

Doña Inés se pone mala  
con el sofoco, —que á fé  
hay para estallar de rábia  
con el trabajo de ser  
juguete de cuatro necios  
sin temor de Dios ni ley,  
de esos que si fueran mudos  
fuera para el mundo un bien.—

Don Ginés está que brama  
porque siente no poder  
seis ó siete pollos crudos  
comérselos de una vez...  
y de acuerdo con la esposa  
decide á Madrid volver,  
aunque tiene de licencia  
todavía mas de un mes,  
paga la cuenta, que es floja,  
á la dueña del *hotel*,  
sale á comprar otro *mundo*  
para que pueda poner  
su esposa mil y mil cosas  
que se ha comprado.... y al tren,  
con el esceso del peso,  
del peso de su mujer....  
Durante las nueve leguas

primeras, el tren vá bien,  
y mi don Ginés se duerme,  
y se duerme doña Inés,  
pero en el mismo momento  
de entrar en la legua diez,  
dan un salto en el wagon  
doña Inés y don Ginés,  
y se rompen los cristales,  
y entre humo y polvo se vé  
volar un coche en pedazos  
y unos señores con él....  
Para el tren.... No ha sido nada,  
que mas ha podido ser....  
Solo han resultado muertos  
dos, y mal heridos tres,  
los demás todos contusos....  
conque.... se ha librado bien.  
Hay que esperar un momento  
de cinco horitas ó seis  
que venga una nueva máquina  
que se ha mandado traer....  
y es de noche, y hace frio,  
y llueve, y truena tambien.  
Y todos, menos los muertos,  
se quejan.... y ¿qué han de hacer?  
Llega la máquina y vuelven,  
sin otro lance que aquel,  
á Madrid los pasajeros  
que se han podido mover,

y doña Inés en diez días  
no puede tenerse en pié,  
y en oficio que han traído  
para el señor don Ginés,  
se le declara cesante  
con el consiguiente *haber*,  
que es el principio del *debe*,  
que es un principio *crupi* ...

. . . . .  
Y aquí se acaba el romance,  
que ustedes lo pasen bien.

---

X.

Madrid.

I.

POR LA MAÑANA.

Quando el farolillo apagan  
esos monarcas gallegos  
é asturianos, que de noche  
de la capital son dueños,  
y á los que *serenos* llama  
el ilustre Ayuntamiento,  
aunque sean mas gallinas  
que las de los gallineros,  
quando los hombres viciados  
que cambian el sueño en juego,  
y pierden sueño y salud  
sobre perder el dinero,



vuelven á casa mchinos,  
si es que no vuelven en cueros,  
que hay quien al prójimo quita  
todo menos el pellejo,—  
y á nadie faltan amigos  
que le dejen sin él luego,—  
cuando abren al fiel cristiano  
de Dios augusto los templos,  
y sale el sol,—si es que sale  
y no se queda durmiendo,  
que á veces, porque está acaso  
por la noche de bureo,  
se parece en el descuido  
y la pereza al gobierno,—  
salen con sus campanillas  
por esas calles corriendo  
las burras, que llevan leche  
á los vecinos enfermos....  
colocan en las esquinas  
sus puestos los buñoleros,  
y se abren los almacenes  
de aguardiente y otros géneros,  
porque es el rico aguardiente  
lo que se toma primero  
en Madrid por las criadas,  
que no falta algun sugeto  
que se lo pague, si acaso  
no las convida el tendero,  
por los que barren las calles,

por los valientes serenos,  
y por otros individuos  
del bello sexo ó del feo,  
que con tomar una copa  
de aguardiente y un buñuelo,  
aliento dan al espíritu  
y dulce calor al cuerpo....  
No hay criada sin su novio  
para que le lleve el cesto;  
y de lo que compre y sise  
le saque la cuenta luego,  
sin perjuicio de tener  
otro de otro regimiento  
para ir con él á recados,  
por los chicos al colegio,  
y á comprar durante el día  
sedas, el pan, los fideos....  
y otro, paisano ó soldado,  
—que probar de todo es bueno,—  
que es vecino, y con quien puede  
*hablar por el patio* luego,  
y otro, que es cabo segundo  
y acaso cabo primero,  
que á Chamberí los domingos  
la acompaña de paseo,  
y otro que de ministrante  
se revalida este invierno,  
que en Capellanes muy terne  
la obliga á mover el cuerpo,

y á café con su tostada,  
espléndido por extremo,  
la convida en el *bufete*,  
para aprovechar el tiempo  
en ponderar las angustias  
del amor en que está ardiendo...  
y acaso tiene por novio  
además, con gran misterio,  
al señorito de casa,  
que está estudiando derecho,  
y ha prometido casarse,  
—que nada arriesga con eso,—  
á despecho de sus tios  
y de su hermano y su abuelo....  
En la tienda la criada  
cuenta con mucho gracejo  
las manías de sus amos,  
y que tiene mejor genio  
el señor que la señora,  
que es el diablo en alma y cuerpo,  
que por él está en la casa,  
aunque el salario no es bueno,  
y la señora los sábados  
quiere que le friegue el suelo,  
y para ver dónde hay polvo  
siempre está con el plomero,  
y pasando por las sillas  
y por las mesas el dedo,—  
que no parece señora.

sino mujer de un barbero,—  
y si hay apuros en casa,  
ó el señor anda muy sério  
con la señora, y almuerzan  
cada cual en su aposento,  
y ella gime y él se irrita,  
y se vá solo á paseo,  
lo cuenta con comentarios  
y desfigura los hechos,  
y á los amos en berlina  
los pone, sin ser cochero....  
De la tienda á la plazuela  
váse con el novio luego,  
y compra lo que le han dicho,  
aunque compra siempre menos,  
y el peso completar suele  
en la carne, por ejemplo,  
con que el carnicero, que es  
conocido, por supuesto,  
le dé la carne que pide  
y *de gratis* algún hueso,  
y por dos cuartos le dá  
su amigo el escarotero  
la escarola que por cuatro  
dá á los demás, y el provecho  
es para la maritornes,  
que si no fuera por eso,  
y por lo que *economiza*  
para ella el dinero ajeno,

con el salario pelado  
no echaria jamás pelo.

El idioma castellano  
mas claro y menos correcto,  
que es al revés del que emplean  
los señores académicos,  
en las plazuelas se aprende,  
que allí todos son maestros,  
y allí tiene cada cosa  
su nombre gráfico, enérgico,  
y despues de cada frase  
viene un voto, un juramento,  
una blasfemia, una gracia  
dicha á veces con salero  
por alguna buena moza  
de buena lengua y buen cuerpo,  
que se la lleva el demonio  
cuando empieza el *regateo*,  
y cuando vé compradores  
que la desprecian el género....  
El vendedor de la villa  
es un ser uraño y fiero,  
que una desvergüenza dice  
como quien dice un requiebro,  
y si le coge de humor,  
que siempre lo tiene bueno,  
le tira la *media libra*  
al mismísimo lucero  
del alba, y así demuestra

que es hombre de pelo en pecho,  
y que en todas las cuestiones,  
tiene razones de *pase*....  
La criadita que tiene  
buen palmito y mejor pelo,  
todo lo que quiere compra,  
aunque no lleve dinero,  
porque son los vendedores  
con el bello sexo bello  
hasta el estremo galantes  
y tiernos hasta el estremo,  
y solo escucha ternezas  
y oye solo chicoleos,  
y el carnicero,—un buen mozo  
que en cuanto se cierra el pucato,  
se pone levita, y sale  
hecho todo un caballero,  
y parece un director  
de Estancadas, por ejemplo,—  
su suerte, si ella quisiera,  
hace tiempo hubiera hecho,  
porque ya le tiene dicho  
que por ella está muriendo;  
pero ella es mujer honrada,  
y casado el carnicero,  
y al cabo, ella tiene un cabo,  
de no sé qué regimiento,  
que le ha dado muchas pruebas  
de estimacion y de afecto,

y unas ligas, y un retrato,  
una peñeta, un espejo,  
y además, y esto es lo grande,  
palabra de casamiento....

Van á la compra señoras,  
de esas que han venido á menos,  
y tienen en casa huéspedes,  
y van tirando con ellos,  
aunque les dan grandes chascos  
y desengaños tremendos;  
y estas honradas señoras  
son blanco de los denuestos  
soeces del vendedor,  
porque le tocan el género,  
y lo prueban, y lo huelen;  
y le rebajan el precio,  
y no encuentran bueno nada,  
y no encuentran nada fresco,  
y despues de estar dos horas  
viendo, dudando y oliendo,  
suelen decir que les echen  
dos onzas de esto ó de aquello,  
y «pésemelo usted bien,  
que usted tiene muy mal peso.»  
Van á la compra tambien  
los maridos comineros,  
mientras quedan las esposas  
en la camitá durmiendo,  
esperando el chocolate,

que lo saben hacer ellos,  
y con la cesta debajo  
de la capa, vuelven luego,  
y enseñan á la mujer  
la rica carne sin hueso,  
que la escogieron de pierna,  
á pesar del carnicero,  
que á quien de carnes no entiende  
le dá carne de pescuezo,  
y encarecen el tocino,  
y hacen un discurso ameno  
sobre si el fresco es mejor,  
ó si es mejor el añejo,  
y del fondo de la cesta  
sacan con mucho misterio  
un hueso de gran tamaño  
para echarlo en el puchero,  
que al carnicero han podido  
sacárselo,—que el gran perro  
ni á los parroquianos quiere  
darles de balde los huesos;—  
y despues que enseñan todo  
lo contenido en el cesto,  
hacen la distribucion  
de la cena y del almuerzo,  
y de la comida, y quedan  
tranquiles y satisfechos,  
y se afeitan, y se visten,  
y van, si tienen empleo,



á la oficina, encargando  
gran cuidado y gran esmero  
respecto de la comida,  
y economía y arreglo,  
y discrecion en el uso  
del carbon, que está subiendo,  
del aceite que no baja  
por culpa de los gobiernos,  
y de otros muchos artículos  
que un ojo cuestan lo menos.  
Salgamos de la plazuela,  
salgamos si es que podemos,  
de entre aquella turba multa  
de criadas y gallegos,  
y ambulantes vendedores,  
y alguaciles y pilluelos,  
y señoras de trapillo,  
y maragatos y perros....  
y si no nos resbalamos,  
ni en la inmundicia caemos;  
ni nos manchan la levita,  
ni nos quitan el dinero,  
demos á los cielos gracias,  
demos gracias á los cielos....  
Dependientes de la villa  
que las calles van barriendo,  
levantan mas polvareda  
que cualquier pronunciamiento;  
cien ómnibus van á escape

á los caminos de hierro,  
los aires atropellando,  
polvo las piedras haciendo,  
llevando sacos de noche  
y de día, por supuesto,  
y cofres y sombrereras,  
y mundos y viajeros;  
con engrudo en las esquinas  
ponen carteles tremendos  
de los Campos, de los Circos,  
de Teatros, si es invierno,  
de enfermedades secretas,  
de Sociedades de crédito,  
de periódicos, que sale  
cada lunes uno nuevo,  
de bandos de policía,  
es decir, de buen gobierno,  
de inauditas ocasiones  
de comprar barato y bueno,  
de mentiras como puños,  
de gangas de todo género....  
para que pueda el curioso  
entretener luego el tiempo....  
A las diez, el empleado  
que tiene poquito sueldo,  
vá lleno de patriotismo  
y de amor al ministerio,  
á ganar la casaca paga  
con que se premian sus méritos,

pidiendo á Dios poderoso  
que no haya crisis ni arreglos,  
ni tenga el señor ministro  
pariente, amigo, ni dendo,  
en tan triste situación  
que necesita empleo...  
Encuétrase en el camino  
un brillante regimiento,  
que vá de guardia á Palacio  
con el consiguiente estrépito  
de tambores y corzetas,  
rodeado de chicuelos  
y de zánganos y vagos,  
que van mirando muy serios  
al cabo de gastaderes,  
y al que toca los chinescos,  
y apenas pasa la tropa,  
sueltan la manga de riego  
los mangueros de la villa  
y le ponen como nuevo,  
y las modistas que pasan,  
llevando lios tremendos;  
en las barbas se le rien,  
con muchísimo salero,  
y veinte coches de plaza  
y un carro, de muebles lleno,  
y otro carro de cerveza,  
y otro que vá por un muerto,  
y un coche con una boda;

y la berlina de un médico,  
y una bomba que al escape  
viene de apagar un fuego,  
y un cochecito de mimbres  
que tiene forma de cesto,  
tirado por un caballo  
que solo tiene pescuezo,  
guiado por una dama,  
á quien guia un caballero,  
amenazan aplastarle,  
y me le cogen en medio,  
y entre la vida y la muerte  
le tienen por un momento...  
Vé, pasado este poligro,  
dos hombres que están riñendo,  
corre la gante, y él corre  
á ver en qué para aquello;  
pero se acaba la riña,  
se deshace el corro luego,  
y el pañuelo y unos cuartos  
echa el buen hombre de menos.  
Sigue andando, y otro corro  
encuentra, y en medio un perro  
envenenado, que exhála  
alaridos lastimeros,  
y mas allá en otro corro  
toca la guitarra un ciego,  
y canta unas coplas verdes  
para que se instruya el pueblo;

y por una callejuela  
sale un muchacho corriendo,  
que en una tienda ha cogido,  
para ver si es bueno, un queso,  
y detrás del chico viene  
gritando furioso el dueño,  
y coge al chico un soldado,  
y dos guardias le atan luego,  
y le llevan á la cárcel  
con gran acompañamiento;  
y con este, y otros varios  
y divertidos sucesos,  
que al transeunte en la corte  
sirven de entretenimiento,  
vá el empleado celoso  
mas tarde á ocupar su puesto,  
consolado con que algunos,  
de los que tienen gran sueldo,  
y que á sus subordinados  
den constantemente ejemplo,  
ó van mas tarde, ó no van  
sino cuando están muy buenos,  
y no necesitan baños,  
ni saben qué hacer del tiempo.  
A las doce, por las calles  
salen de prisa y corriendo  
los agentes de negocios,  
de los negocios agenos,  
los ministros que al escape

van á celebrar consejo,  
á ver á quién convendrá  
quitar ó dar un empleo,  
los miseros pretendientes  
que van siempre tras aquellos  
y en todas partes les caen  
como llovidos del cielo,  
ó por el mismo demonio  
enviados del infierno,  
los que á citar van á juicio  
á quien les debe dinero,  
los que reparten novelas  
que hacen erizar los pelos,  
los que van á la parroquia  
á mandar tocar á fuego,  
los apreciables maridos  
que lo son hace ya tiempo,  
los que van á ver si hay algo,  
á ver si hay algo de nuevo,  
á ver si está, como suele,  
en crisis el ministerio,  
á ver quién entra, quién sale,  
á ver si al cabo hay jaleo,  
á saber quién se ha casado,  
á averiguar quién se ha muerto,  
á ver si por su ventura  
ven de paso algun siniestro,  
un atropello, una muerte  
repentina, un hundimiento,

una riña entre dos hembras  
que se azotan, por supuesto,  
el suicidio de un vecino  
que se estrella como un huevo,  
la persecucion, y estragos,  
y muerte airada de un pette,  
á ver si saben detalles  
de un escándalo doméstico  
entre un marqués muy tronado  
y una marquesa de trueno,  
á saber quién ha perdido  
en la Bolsa los dineros,  
y quién hereda un millón  
que le ha dejado su abuelo,  
y si es verdad que un magnate  
ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!»  
y á los tribunales ella  
le vá á llevar del pescuezo....  
á ver si se vé una causa,  
á ver qué tal es el reo,  
á ver si es tan elegante  
cual los papeles dijeron,  
y tan hermoso y simpático,  
y tan fino y tan soberbio...  
y á ver, en fin, lo que ocurre,  
más si es malo que si es bueno,  
para ser luego en llevar  
las noticias los primeros...  
Van despacio por las calles

los que van á dar dinero,  
los que citados á juicio  
van buscando algun pretesto;  
los buenos mozos que quieren  
lucir la ropa y el cuerpo,  
y se miran la pechera,  
y se miran el chaleco,  
y el pantalon y el levita,  
y en una tienda de espejos,  
se examina la corbata,  
y se componen el cuello,  
y en cuanto ven una arruga,  
se van á casa corriendo,  
y si ven polvo en las botas  
lo limpian con el pañuelo,  
que huele á jazmin y á nardo...  
y llevan la raya en medio  
de la cabeza, y se ponen  
con mucho mimo el sombrero,  
para que de ningun modo  
se les descomponga el pelo...  
las damas que van á tiendas  
á ver lo que vino nuevo,  
que suele ser lo que vino  
siendo Regente Espartaco,  
y á pedir muestras de todos  
los géneros astrañeros,  
las que van á hacer visitas,  
que es como á perder el tiempo,



los que van pensando acaso  
cómo podrán comer luego,  
los que van detrás de alguna  
que al través de espeso velo,  
deja ver un par de soles  
que son un par de ojos negres,  
los que van pensando cómo  
se harán con un aderezo  
que hay en casa de Pizzala,  
sin tener que dar dinero,  
y sin que de ello se enteren  
los transeuntes ni el dueño....  
y mucho menos los guardias,  
que todo quieren saberlo....  
los que salen á la calle  
sin necesidad ni objeto,  
los que tienen los piés malos,  
y el ojo llevan en ellos,  
los que van codo con codo  
camino del Saladero,  
y las señoras en cinta  
por temor de dar un vuelco....

Y hace calor, si es verano,  
y hace frio, si es invierno,  
y tocan los organillos,  
y juran los carreteros....  
y en tanto, como un filósofo,  
per las calles me paseo,  
viendo movimiento tanto,

viendo tanto movimiento,  
pensando que el siglo próximo  
no hemos de poder movernos.

Y aquí se acaba, señores,  
este romance de ciego.





---

XI.

Madrid.

II.

POR LA TARDE.

Allá por las Platerías,  
desde las dos á las tres,  
estremado movimiento  
de escribanos suele haber,  
y á las puertas de la Audiencia  
gran concurrencia se vé  
de personas, que citadas  
son á presencia del juez  
porque deben al casero,  
porque deben el comer,  
porque deben el vestido  
y el modo de andar tambien,

porque han pedido dinero  
á un usurero soez,  
que antes de dárselo quiere  
asegurárselo bien,  
y legalizar la usura,  
robo, que él llama interés,  
y que el gobierno consiente,  
porque dice:—«Y á mí, ¿qué?....»  
Allí están los hombres buenos,  
—¡solo allí se pueden ver!—  
cuya mision en los juicios  
es decir á todo «Amen....»  
Juicios de conciliacion  
se llaman estos, y á fé,  
que en ellos se ven escenas  
buenas para un entremes....  
Un esposo muy cargado....  
de razon, á su mujer  
la cita, porque la esposa,  
con la que no vive él,  
no le quiere dar la capa,  
que se la empeñó hace un mes,  
y en el mismo acto del juicio  
el pobre esposo la vé  
en hombros del hombre bueno,  
que está presente, y que es  
el hombre bueno que lleva  
la buena de su mujer.  
El hombre bueno protesta

de su notoria honradez,  
y hace la historia de vicios  
del pobre marido aquel,  
llora la esposa inocente,  
y recuerda aquella vez  
en que la pegó el esposo  
una paliza cruel,  
y «mire usía, le dice  
»al recto severo juez,  
»los cardenales que tengo  
»salva la parte.»—y al ver  
el juez que quiere enseñarle  
un sacro colegio que  
no entra en sus atribuciones  
visitar, le dice:—«Usted,  
dentro de tercero dia  
entregará bien á bien,  
la capa á su esposo,»—y salen  
con esto de allí los tres  
y el hombre bueno al irse  
le dice con mucho aquel:  
—«Dentro de tercero dia  
le daré á usted un puntapié;»  
y la esposa añade al punto:  
—Dime, gran indino, ¿quién  
pagó la capa?... La tonta,  
la tonta de tu mujer,  
que *pa* que fueras decente  
á la Vicaría... ¡pues!

fué y se rascó pelo arriba,  
y te la dió.... ¡Mire usted!...  
y me cita por la capa,...  
que la destrozó en un mes....  
y que el señor ha tenido,  
*pa* podérsela poner,  
que llevarla á que en el tinte  
se la vuelvan del revés....  
Vaya usted mucho con Dios,  
y no me vuelva usted á ver....  
que no estoy *pa* perder tiempo  
en venir á ver á usted,  
que el tiempo lo necesito  
*pa* buscarme que comer....  
¡Vámonos, chico,» —y se afufa  
con el hombre bueno, el que  
se emboza en la capa, y dice:  
«Que no *haisga* ningun aquel;»  
y el marido paga el pato,  
paga la cita también,  
y se vuelve sin la capa  
en un invierno cruel....  
El editor responsable  
de un periódico que ayer  
dijo que era «un animal  
muy grande un tal don Ginés,  
á quien han dado un empleo  
sin enseñarle á leer;»  
allí está con su hombre bueno,

y allí don Ginés también  
con su hombre bueno aparece,  
á pedir con altivez  
satisfacción de la injuria  
que le infiere aquel papel....  
El animal y el periódico  
llegan delante del juez;  
aquel con voz conmovida  
el suelto injurioso lee,  
los servicios enumera  
que hizo á la patria y al rey,  
encarece la justicia  
con que empleado se vé,  
y habla por fin de sus niños,  
que tiene ya el pobre seis,  
y de su fama, y su gloria,  
y acaba pidiendo que,  
ó se retracte el periódico  
ó se le aplique la ley.  
El editor responsable  
dice:—«Señor don Ginés,  
no pensamos que una broma  
le pudiera así ofender....  
la frase á que usted alude,  
con la que se alude á usted,  
es solamente una hipérbolo,  
porque bien claro se vé  
que no es usted un animal....  
ni mucho menos.»—«Muy bien,



dice don Ginés, —pues eso lo tiene usted que poner en el periódico.» — «Bueno: sí, señor, que lo pondré.» Y con esto acaba el juicio, pero el insulto soez por mas que se *rectifique* queda siempre en el papel.

Entran luego en el juzgado un hombre y una mujer, él muy flaco, y ella gorda, ella alegre, y triste él.... él de la mujer reclama, apoyándose en la ley de inquilinatos, y como administrador que es de una casa situada en la calle de la Fé, cuatro meses que le debe la señora, de alquiler.... Eila, después de explicarle á Su Señoría que por no encontrar hombre bueno no lo ha podido traer, porque el suyo, su marido, está muy malo hace un mes, pasa á decir, que es muy cierto que le debe á don José seis duros de cuatro meses....

que no los tiene, y *amen*....

—Pues múde se usted, repone  
con gesto feroz aquel....

—Eso sí, que soy muy limpia....  
me mudo y me mudaré  
de camisa; como pueda,  
mas doce veces que diez.

—De cuarto es de lo que quiero  
que al punto se mude usted.

—No tengo cuarto ni un cuarto....  
Conque eso no puede ser....

—Pues yo no puedo tenerla  
á usted en mi casa....

—¡Pues!...  
ya quisiera usted en su casa

tenerme.... Sí, señor juez....  
el señor es el casero,

y le debo.... eso está bien....  
y en saliendo mi pariente

del hospital, verá usted....  
cómo le paga y le ajusta

las cuentas á don José....  
porque este señor me cita,

señor, si yames á ver,  
porque como no le pago....

y como sola me vé....  
y vamos.... que por seis duros....

puede usía echocer....  
que me cita porque.... vamos....

me tiene rabia.... porque....  
como yo tengo vergüenza....  
y soy mujer muy de bien,  
y tengo ley á mi esposo....  
y soy capaz de volver  
á un hombre mico.... y le arrimo  
al mismo sol un revés....  
por eso solo me cita....  
por eso ... ¡vete a sté!....  
El juez al órden la llama  
una y otra y otra vez,  
y se pone colorado  
el bueno de don José,  
y recta y pronta justicia  
reclama, en nombre del rey.  
—Que se la despoje, dice,  
¡eso pido, señor juez!...  
—¿Que me despojen?... ¡Señor!...  
¡Que me despojen!... ¡de qué?...  
—Que se le embarguen los trastos.  
—El trasto lo será usted.  
En casa tengo una mesa  
que cojea de dos pies....  
cargue usted con ella.... ¡y pásala  
eso es lo que puedo hacer....  
El juicio no acabaría  
ni en un día ni en un mes,  
si el juez no pusiera fin  
á la querrela con el

consejo al feroz casero  
de ser humano y tener  
paciencia, y con el aviso  
á la inquilina de que  
antes del octavo día  
pague ó se mude.—«¡Muy bien!  
dice; usía me lo manda  
y yo debo obedecer....  
Conque dentro de ocho días,  
ya sabe usted, don José,  
vaya usted por el dinero....  
¿Lo querrá usted en papel?...  
porque si lo quiere en plata,  
me tendré que ir á poner  
allí.... en la *cola* del Banco,  
en medio de aquel burdel,  
y espuesta á que algun *cevil*  
me sacuda algun revés....  
Conque si no estoy en casa  
cuando á cobrar vaya usted,  
arrímese usted á la *cola*,  
porque en la *cola* estaré....  
¡Usía y la compañía,  
que ustedes lo pasen bien!»—  
Se acaba el juicio y empieza  
luego otro, y otro despues,  
y en todos hay algo cómico,  
y algo trágico también,  
y allí el hombre pobre honrado

como el tramposo se vé,  
y aquel se avergüenza y tiembla,  
y este con desfachatez  
desafia al demandante,  
si es que no se burla de él....

Allí vá la madre mísera  
que no tiene que comer,  
y á quien el pan que la dió  
pide de un modo soez  
algun usurero indigno,  
al amparo de la ley....

Allí, en aquellas cuestiones  
que le presentan al juez,  
hay muy curiosas historias,  
grandes cosas que aprender,  
mucho que reir, y acaso  
mucho que llorar tambien.

Hay gran concurso en la Bolsa  
de caballeros del *Tres*,  
que allí van á hacer fortuna,  
corredores sin correr,  
agentes que en un momento  
y perfectamente bien,  
hacen mas operaciones  
que puede un médico hacer,  
noticieros embusteros,  
llenos siempre de *papel*,  
que saben, segun se esplican,

todo lo que pasa, y ven  
la marcha de los gobiernos,  
y lo que vá á suceder,  
y echan mentiras tan grandes  
como el arca de Noé,  
y dicen con gran misterio:

—«Hoy hay en París belén...  
¡Se ha descubierto un complot  
para matar á *Lambert!*...

—Ayer se rascó la oreja  
comiendo, Victor Manuel.

Al Czar, pescando una trucha,  
se le fué el lunes un pié.»—

Noticias del interior

se oyen allí cien y cien,  
estupendas, formidables,

y todo es hablar, y oler,  
y enderezar las orejas,

y ver quién engaña á quién,  
salir, entrar, dar, tomar,

cambiar, comprar y vender...  
y hablar mucho de las sisas,

y de *Títulos del tres*,  
que son títulos ó rótulos

que nunca pude leer,  
y del *Canal de Castilla*,

—algunos paran en él,—  
y de los *consolidados*,

—¿quién lo está en este belén?—

y de *Deuda diferida*,  
—¡la deuda siempre lo es!—  
de *acciones*, —¡buenas acciones  
en el mundo suele haber!—  
de *descuentos* de las cuentas,  
—ó de pecados tal vez,—  
de *obligaciones*, —¡qué pocos  
son los que las cumplen bien!—  
de *acciones* de carreteras,  
—¡con las que se quiere hacer  
carretelas!—y de *empréstitos*,  
—¡en estos cae cada pez!....—  
y de otras mil cosas buenas  
que celebro no entender,  
aunque si las entendiera  
como algunos que me sé,  
¿para qué quería yo,  
lectores, mas *CASCABEL?*...  
Entre las cuatro y las cinco,  
llenas las calles se ven  
de celosos funcionarios  
que van... á casa, á comer,  
dando mil gracias á Dios  
por no haber quedado á pié,  
que es como suele quedarse  
el que no menta muy bien....  
Las señoras que visitas  
fueron, amables, á hacer,  
muy puestas de tiros largos,

—como los coches del rey,—  
vuelven á casa *molidas*,  
y sin poderse mover,  
—y han movido, por supuesto,  
mas la lengua que los piés,—  
y de Madrid renegando,  
y del regar y el barrer,  
y de tantos atrevidos  
que sin respeto ni ley  
de Dios, están por las calles  
sin mas fin ni mas que hacer  
que á las señoras que pasan,  
decir alguna sandez....  
y las que fueron á tiendas  
vuelven á casa tambien,  
con el amor de un vestido  
que han quedado en recoger,  
ó encantadas de un pañuelo,  
ó prendadas de un *moaré*,  
que está toda la grandesa  
haciéndose abrigos de él,  
y queda una pieza sola,  
que se la disputan diez,  
y con esto no hay marido  
amable, galante y fiel,  
en quien no se aumente el *Dobé*,  
sin que se aumente el *Hobé*....  
Los mangueros de la villa  
riegan la calle otra vez,



ábrese de par en par...  
las puertas de los cafés,  
van por las calles los vivos  
en pos de un vivo de ayer,  
á quien le dicen hipócritas:  
*«Requiescat in pace, amen;»*  
y mientras vivió en el mundo,  
fueron todos contra él...  
cantan en medio de un corro  
de gente, baja y soez  
coplas obscenas, los ciegos,  
—son ciegos y no las ven,—  
van á paseo las gentes,  
que tienen poco que hacer,  
con los niños las niñeras  
y con los novios también, por lo que  
los maridos con amigos,  
—¿quién vá ya con su mujer?—  
las esposas con amigas  
y con amigos tal vez,  
cruzan á cientos los coches,  
con riesgo de los de á pie,  
y á la calle todo el mundo  
se larga al anochecer.

Y aquí se acaba el romance,  
que ustedes lo pasen bien.

---

## XII.

Madrid.

## III.

POR LA NOCHE.

Cuando ya el sol se ha lucido  
y no quiere salir más,  
se pone muy serio el gorro  
y por el foro se vá,  
con direccion á su casa,  
á desnudarsé, á cenar  
para acostarse temprano,  
porque luego el Alba irá,  
interrumpiendo su sueño,  
á obligarle á madrugar.  
Al paso què se retira,  
y por lo cerca que está,

por la casa de la Luna  
el Sol se suele pasar,  
y le dice:—«Vamos, chica,  
ya es hora; si quieres, sal,  
y si no quieres, no salgas,  
que á mí lo mismo me dá.  
Avisa, si quieres algo....  
Adios, chica, y descansar....»  
Oye la Luna el aviso,  
luego se asoma al portal  
para ver si el tiempo es bueno  
y á Marte, que alerta está  
de centinela en la esquina,  
pregunta qué es lo que hay....  
si ha cambiado el ministerio,  
si habrá jarana ó no habrá,  
y si Marte dice:—«El orden  
no se llegará á turbar,»  
entra en casa por los cuernos,  
se pinta un poco la faz,  
y muy oronda y ufana  
se sale á coquetear....  
A su casa muchas noches  
á hacerle la corte van  
los planetas, y la Luna  
no los quiere desairar,  
y de su casa no sale,  
aunque le diga el Sol:—«¡Salta,  
y entonces, parte del mundo»

que la espera con afan,  
á oscuras queda, y en donde  
es mayor la oscuridad,  
es en esta Côte y villa  
de la España capital,  
gracias al Ayuntamiento  
y á la empresa que dá el gas,  
que á la Luna, por ser dama,  
no la quieren humillar....  
En las calles hay faroles,  
poquitos, pero los hay;  
lo que no ha sido posible  
todavía adivinar,  
es con qué sustancia estraña  
se hace la luz que.... no dan,  
si con fósforos de Hernani,  
ó con cera vegetal,  
con aceite ó con pajuela,  
con sebo ó con aguarrás....  
La luz que hay en ciertas calles  
nunca es luz municipal,  
sino luz que los vecinos  
se quieren administrar,  
luz de cafés y de tiendas,  
que con mayor claridad,  
hace ver á este gran pueblo  
que aqui no se vé luz ya.  
Cuantos sapos y culebras  
viviendo en la Côte están,

salen de noche á la calle  
con audacia sin igual.  
Tramposos y petardistas,  
mujeres de poco mas,  
es decir, de mucho menos  
por su destino fatal,  
maridos que sin vergüenza  
á picos pardós se van,  
aprendices y maestros  
en el arte de robar,  
madres con hijos de trapo,  
que siempre en el hospital  
tienen hace tres semanas  
y sin poderlo ganar,  
á sus maridos, y piden  
con mucha necesidad,  
y mil pobres vergonzantes,  
de sombrero y de gaban,  
que tienen hijos de veras  
y pan no les pueden dar,  
y damas que se recatan  
é imploran la caridad  
con lágrimas en los ojos,  
con acento sepulcral,  
y negras memorias tienen  
de su juventud quizás,  
ó un hijo acaso que espera  
el pan que pidiendo van,  
ó un mal marido y mal padre

que con sus vicios se vá,  
huyendo de su conciencia  
y abandonando su hogar....  
caballeros que no tienen  
mas compañero que un frac,  
y en él la mancha alta y haja  
estereotipada está,  
pobres señoritas pobres,  
que condenadas están  
á tener solo un vestido,  
un vestido nada mas,  
que ya por todas las modas  
ha tenido que pasar,  
y han dado en él mas puntadas  
que en mil vestidos se dan....  
Toda esta gente y mas gente  
que oculta de dia está,  
sale en llegando la noche  
á la calle á respirar.

Con lo que los madrileños  
en café suelen gastar,  
¡qué cuidados estarían  
los pobres del hospital!...  
¡cuántos dotes para huérfanas  
pudieranse al año dar!...  
¡qué cárcel pudiera hacerse!  
¡qué teatro nacional!  
Al café los madrileños  
tal afición tienen ya,

que aunque sean mas nerviosos  
que la misma Jorge Sand,  
y el café les quite el sueño  
y les obligue á bailar,  
van al café por la noche  
con toda puntualidad,  
y lo toman por costumbre,  
mas que por gusto quizá.  
En los cafés se habla mucho ...  
y se miente mucho mas....  
y es siempre la cosa pública  
el asunto principal.  
En el Suizo y la Iberia  
tantos políticos hay,  
que si todos á ministros  
á la postre han de llegar,  
gran porvenir á la pátria  
preparándosele está....  
Las cosas que allí se dicen  
¿quién las pudiera contar?...  
Allí se gobierna el mundo  
con suma facilidad,  
cada cual habla á su antojo  
alto ó bajo, bien ó mal,  
uno dice una agudeza,  
otro una barbaridad,  
otro cada dos segundos  
un terno suele soltar,  
que con este vicio feo

mucha gente ilustre hay,  
y muchos que tienen fama  
de ciencia y moralidad,  
como hablan los carreteros  
tienen por costumbre hablar....  
Señoras aficionadas  
al café, muchas hay ya....  
y le tienen las jamonas  
predileccion especial....  
Algunas, las horas muertas  
se suelen allí pasar,  
viendo quién entra, quién sale,  
con quién don Fulano vá,  
saludando á un caballero  
que es muy fino y muy galan,  
y que en viéndolas se pone  
en la mesa de detrás,  
á otro que se pone enfrente,  
y á otro que está mas allá,  
y moviendo el abanico  
con donaire singular,  
y pasando, en fin, la noche  
gastando la luz del gas,  
y no gastando en su casa  
un cuarto en luz ni en cenar.  
Algunas tienen marido,  
otras no lo tienen ya,  
otras quisieran tenerlo  
solo por asegurar ..



para la triste viudez  
una triste viudedad.  
A las ocho á los teatros  
la gente ilustrada vá,  
y van los alabarderos  
á hablar de las obras mal,  
á criticar á la empresa,  
á darse tono, á estorbar....  
mas de esto en otro romance  
mencion especial se hará....  
Los novios de las modistas  
en las esquinas están,  
esperándolas amantes  
para llevarlas á dar  
una vuelta, y convidarlas  
en los cafés, donde dan  
por veinte cuartos café,  
una tostada además,  
el sitio de Zaragoza,  
los walses de Leotard,  
y el *miserere* cantado  
por una moza juncal  
que fué dos años corista  
del teatro de Alcalá,  
y un tenor que por intrigas  
no le ajustan en el Real,  
que fué flauta y no la toca  
porque no quiere enfermar.  
La noche avanza... y la gente.

á casa volviendo vá,  
guiada por el instinto  
mas que por la luz del gas,  
y el que no encuentra un ratero  
que el reló le hace soltar,  
encuentra dos que le dejan  
con el vestido de Adán,  
ó algun amante celoso  
que esperando á su rival,  
por rival toma á cualquiera  
y un par de palos le dá,  
ó un borracho que al sereno  
le llama «mi general,»  
ó una pareja amorosa  
que recatándose vá  
y que por su noble porte  
dá mucho que sospechar...  
y que al verla el transeunte  
dice siempre: «¿Quién será?...»  
A las dos velan los menos  
y están roncando los mas,  
los pobres enfermos velan,  
los tristes en vela están,  
los políticos se ocupan  
en nuestra felicidad,  
los viciosos en sus vicios  
la vida gastando van,  
los serenos que no duermen  
se entretienen en cantar,

los que escriben para el público  
trabajan con noble afan...  
y se matan lentamente,  
pero con seguridad.

. . . . .  
Y aquí se acaba el romance...  
queden ustedes en paz.



---

### XIII.

¡Guirigay!

Este mundo es un fandango,  
y un tonto el que no lo baila,  
y un infeliz quien no toma  
su papelito en la farsa,  
y un pobrete quien se duele  
de ciertas cosas que pasan,  
y un simple quien no aprovecha  
el tiempo y las circunstancias,  
y un inocente el que teme  
andar á salto de mata,  
y cuando los demás suben  
del triste suelo no pasa.  
El ¿qué dirán? ya no existe,  
porque nadie dice nada,  
y es el ¿qué se me dá á mí?

el que nos dirige y manda.  
El que para nada sirve,  
—esta sí que es cosa rara,—  
es quien sirve para todo  
y el que consigue mas gangas.  
Quien tiene menos alcances,  
ese es el que mas alcanza,  
y el que no trabaja vive,  
y se muere el que trabaja.  
Del templo de la fortuna  
está tan baja la entrada,  
que por ella solamente  
quien sabe doblarse pasa.  
En la escuela del gran mundo  
dos libros de texto se hallan,  
uno es la baraja, y otro  
es la gramática parda....  
y en este mundo que pinto  
cada prójimo es un *navia*,  
que navega á ver si encuentra  
el gran imperio de *Jauja*.  
¡El amor!... ¡sublime cosa  
que no sirve para nada!...  
los dineros son amores,  
hoy lo mismo que mañana.  
¡La amistad!... ¡es buena mina,  
y es necesario explotarla!...  
¡El saber!... ¡ten desvergüenza,  
que el saber poco te basta!...

Al vicioso pervertido  
calavera se le llama,  
y el mas perdido se encuentra  
donde menos se pensaba;  
el que pasa por mas sabio  
de adulaciones se paga,  
y el grande se empequeñece  
y el pequeño se levanta;  
aquel que en la vida pública  
parece santo sin mancha,  
el mismísimo demonio  
es en la vida privada,  
y quien las faltas ajenas  
mas encarece y proclama,  
tiene mas que una peleta  
y suele ser un canalla;  
en no pocos matrimonios  
mete el demonio la pata,  
y en metiéndola una vez  
dificilmente la saca;  
y así se vé á los maridos,  
y así se vé á las casadas  
volando por esos mundos,  
que el mundo les dá las alas....  
Hay en este mundo pícaro  
mil insulas Baratarias,  
pero no hay gobernadores  
del valor de Sancho Panza.  
Quien se contenta con poco

suele quedarse sin nada,  
y el que no busca no encuentra;  
y el que no llora no mama.  
Por obtener un empleo  
arman los hombres batalla,  
lo mismo que hambrientos buitres  
que al olor de un muerto bajan.  
El que cae entre silbidos  
poco menos que á patadas,  
nadie se asombra si ufano  
á alzarse vuelve mañana,  
y los mismos que querian  
acaso romperle el alma,  
le festejan y le adulan  
y en su honor baten las palmas....  
En este juego social  
están las cartas marcadas,  
y pierde mas quien mas pone,  
quien menos pone mas gana,  
y los puntos siempre pierden,  
y siempre gana el que talla.  
Hay bulas para difuntos,  
y para vivos no faltan,  
y hábitos de todas clases  
y de las formas mas variadas,  
y caretas muy bonitas,  
que hacen muy bonitas caras....  
Se arregla todo en el mundo,  
pero no hay cosa arreglada;

cada ministerio nuevo  
hace un arreglo, se larga,  
y el ministerio siguiente,  
antes de emprender la marcha  
con la nave del Estado,  
hace otro arreglito, y pata;  
y así arreglado el país  
y las cosas arregladas,  
nunca acaban los arreglos  
y nunca hay arreglo en nada.  
El que traduce comedias  
en mal verso ó prosa mala,  
no dice que las traduce,  
y que las copia y las plagia,  
que dice que las arregla,  
y sale si al autor llaman,  
y luego dice: ¡«Mis obras!»  
(y no hizo mas que comprarlas).  
Todós lloran, todos piden,  
todos se dan importancia,  
el que ayer era escribiente  
hoy dicta, dispone y manda,  
el que andaba sin zapatos  
tiene usía y coche gasta,  
el que en las casas de juego  
adquirió perversas mañas,  
hoy es un hombre importante  
y lo será mas mañana,  
quien nunca escribió una letra



por un gran ingenio pasa,  
todos bullen, todos chillan,  
todos suben, todos hablan,  
quien viene detrás arrea,  
y quien mas puede mas salta,  
y unos por encima de otros  
sin mirar abajo pasan,  
y se atropellan, se empujan,  
se disputan y se agarran,  
y se apiñan y se muerden,  
se dan coces y puñadas....  
y cada vez es mas grande  
el *quirigay* que se arma.

. . . . .  
Y aquí el romance conclaye,  
perdonad sus muchas faltas.



---

#### XIV:

#### Caridad.

Ya el invierno se acerca,  
ya están desiertos los campos,  
ya no halla en ellos el pobre  
alegría ni trabajo....  
los murmuradores huéspedes  
de los árboles lozanos,  
viendo las hojas caer  
sus nidos dejan, llorando,  
y en el hielo del arroyo  
el sol se refleja pálido,  
y ya las aguas del río  
no las dora con sus rayos....  
ya del mar las olas bravas  
se revuelven rebramando,  
y ya el marino valiente

siente el ánimo turbado  
cuando de la playa amiga  
se aleja, en ella dejando  
la esposa y los tiernos hijos  
de su corazón pedazos....  
y ya en la casa del pobre  
todo es temor, pena y llanto,  
que de todo al infelice  
priva el invierno inhumano.  
Quiere trabajar y el frío  
hiela, entumece sus manos.....  
pide trabajo, y le dicen  
que no es tiempo de trabajo;  
nacele un hijo y no tiene  
con que poder abrigarlo....  
parece que cielo y tierra  
se conjuran en su daño,  
y le condenan crueles  
á morir desesperado....  
pero nó, que Dios supremo,  
misericordioso y sabio,  
oyendo sus oraciones,  
viendo su horrible quebranto,  
dulce consuelo le envía  
que aliente su fé y su ánimo,  
y de sus hijos conserve  
la vida que él ama tanto....  
*Caridad* tiene por nombre  
ese consuelo, ese lazo.

que á los hombres une y hace  
ser buenos y ser hermanos....  
*Caridad*, virtud sublime  
que á quien sus deberes gratos  
cumple, preserva amorosa  
de pensamientos livianos....  
Ni la envidia abrasadora,  
ni el egoismo insensato,  
ni la insaciable codicia,  
ni el pobre orgullo mundano,  
ni el odio devorador  
turbarán el sueño plácido  
de quien de virtud tan santa  
está siempre acompañado.  
Quien no tiene caridad  
egoista vil y avaro,  
no prueba el placer inmenso  
de ese sentimiento grato,  
é inútil para el bien vive  
temiendo y desconfiando....  
que quien el bien no practica  
ni ayuda presta á su hermano,  
y se encierra en su egoismo  
con sus pensamientos malos,  
quizá niega la existencia  
de ese afecto dulce y santo  
que alienta la Caridad  
en todo pecho cristiano....  
y en los hombres no vé nunca.

ni compañeros ni hermanos,  
sino enemigos, ó amigos  
fingidos é interesados....

Mezquinas almas son estas,  
corazones son ingratos,  
mas pobres y miserables  
que el pobre mas desdichado....

. . . . .  
No esperéis que venga el pobre  
á demandar vuestro amparo,  
buscadle vosotros mismos  
como Dios nos ha enseñado....

No seáis indiferentes  
á quien os tiende la mano,  
y no pregunteis su nombre,  
ni la causa de su estado,  
benedicidle agradeciéndole  
que os haga favor con daros  
ocasion de hacer por él  
lo que Dios estima tanto....

No hagáis el bien en el mundo  
por alcanzar el aplauso  
del mundo.... La Caridad  
tiene galardón mas alto....

Y no humilleis nunca al pobre,  
que al mas indigno y menguado  
ama Dios como á vosotros  
y lo llama vuestro hermano.

. . . . .

Ya el invierno se avecina,  
ya están los pobres temblando,  
porque de todo á los pobres  
priva el invierno inhumano...  
De la Caridad bendita  
consuelo están esperando....  
Dadles vosotros consuelo  
y vivireis consolados.





---

## XV.

### La procesion de las ánimas.

Lectora, vente conmigo,  
vente conmigo, lector,  
vamos á ver de las ánimas  
la famosa procesion.  
No son las de los difuntos  
que, desagraviando á Dios,  
están en el purgatorio  
mereciendo su perdon;  
son ánimas de este mundo  
que andan y toman.... el sol,  
y con las manos el cielo  
donde no llega su voz....  
Por allí vienen.... Delante,  
á guisa de batidor,  
viene un ministro, seguido



de empleados en monton,  
que le cantan una salve  
en verso de arte mayor,  
y le dan golpes de bombo  
y le dan mucho jabon....  
Animas del presupuesto  
son estas que con ardor  
demandan que no haya crisis,  
que no haya arreglos por Dios,  
y que se corra la escala  
y no se acabe el turrón....  
Viene detrás turba multa,  
—con un estrépito atroz,—  
de hombres flacos y huesudos,  
precedidos de un pendon  
que dice:—«*¡La cesantia!*  
*¡No hay mas! ¡Hasta aquí llegó!*»  
cada cual acompañado  
de una mujer, ó de dos,  
—una esposa y una suegra,—  
y para mayor dolor,  
de tres ó cuatro chiquillos  
que con notable aficion  
se van comiendo los codos,  
llorando á mas y mejor....  
Vienen detrás otras ánimas,  
gritando sin compasion  
disfrazadas de hombres públicos,  
cada cual de su color,

cada cual con su bandera,  
y en ella pintado un «¡Yo!»  
Estas ánimas feroces  
arman algazara etroz,  
y se pisan, y se pegan,  
si pueden, un escorron,  
se miran con malos ojos,  
se sueltan alguna coz,  
y unas de otras los trapitos  
sacan á lucir al sol....

Otras ánimas que vienen  
de estas ánimas en pos,  
vienen humildes pidiendo  
—con cara de contrición,—

los sufragios y los votos  
como singular favor....

Deben ser muy pecadoras  
cuando así piden por Dios  
esos sufragios en vida

con tan pequita aprension.

Con mucha broma y chacota  
y silbando con furor,

viene el ilustrado público  
de estas ánimas en pos....

Detrás viene la segunda  
tanda de la procesion....

Solteronas de ojos tiernos  
que están rebosando amor,  
con la sonrisa en los labios

pintada con perfeccion,  
y en la mano el abanico  
y diciendo:—«¡qué calor!»  
á la sombra y en Noviembre,  
como en Agosto y al sol,  
con un pico que no es el  
de Tenerife mayor,  
vienen haciendo la rueda  
con mucho mimo á un monton  
de solterones feroces,  
de esos que confunda Dios,  
que se casan si hay dinero,  
y si no hay dinero, nó.  
Mirando á los solterones  
con envidia y con dolor  
viene un grupo de casados  
que verlos dá compasion.  
Dánse golpes en el pecho,  
y dicen:—«¡Pequé, Señor!»  
«¡Me está muy bien empleado!»  
«¡Tómal ¡por bobaticón!...»  
y sus amables esposas  
los siguen, cual manda Dios,  
enseñándoles vestidos  
de terciopelo y de gró,  
y abrigos de mucho gusto  
para elegir uno ó dos,  
y capotas, y rotondas,  
berlinas y.... ¡qué sé yo?

Chupando á todas las ánimas  
la sangre, se arrastra en pos  
una turba de usureros  
de rostro adusto y feroz,  
y detrás las Sociedades  
de crédito van al son  
de un bombo y unos chinescos,  
cada una con su farol,  
y sus miles de millones  
pintados en un pendon....  
Cierran la marcha los muchos  
inocentones que hay hoy,  
y aquí se acaba el romance....  
y siga la procesion.





---

## XVI.

### La Moda.

Hoy que todos progresamos  
y corremos no sé á dónde,  
y tenemos en la boca  
la libertad y otras voces,  
y queremos en un día,  
—tal es el viento que corre,—  
enmendar lo que se hizo  
por muchas generaciones,  
y nos damos de cachetes,  
y subvertimos el orden,  
y nos metemos en todo,  
aunque nada nos importe,  
y el mas bajo y el mas alto,  
y el mas listo y el mas zote  
quiere, pese á quien le pese,  
hacer lo que se le antoje,  
no sé cómo contentimos.

que nos sujete esa.... Heródes  
hembra, que *Moda* se llama,  
*Moda* por apodo ó nombre.  
Neron, Atila, Tiberio,  
los reyes y emperadores,  
privados y mandarines,  
que nacieron con mas dotes  
de bárbaros,— y este modo  
de señalar me perdonen,—  
no fueron, nó, tan tiranos,  
intransigentes y atroces  
como la *Moda* que hoy manda  
y tiraniza á los hombres,  
y lo que es mucho peor,  
á las mujeres, que dóciles  
obedecen sus caprichos,  
sus malos consejos oyen,  
se quitan lo que ella quiere,  
lo que ella quiere se nonen,  
y van por donde las lleva,  
aunque no sepan por dónde,  
y para rendirla el culto  
que exige su orgullo torpe,  
gastan ellas el sentido,  
que no es fácil se recobre  
si se pierde, y además  
obligan á sus consortes,  
padres, hermanos y tias,  
tutores y curadores,

á gastar el que hoy por hoy  
es el *sentido* del orbe,  
es decir, el vil dinero,  
otro tirano que al hombre  
le tiene siempre en un potro,  
y le hace bailar el ole,  
y le hace andar arrastrando,  
y le hace sufrir azotes,  
y le agasaja y le humilla,  
y le dá malas razones,  
y á lo mas alto le sube,  
ó en lo mas bajo le esconde,  
y con él juega cruel,  
como con un monigote....  
Desde que la Moda impera  
y sus leyes nos impone,  
no hay en el vestir buen gusto,  
no hay en los hogares órden,  
no hay caridad en el rico,  
y no hay modestia en el pobre....  
A las que solo son feas  
ella las hace deformes,  
y hace á las hermosas vanas  
y tontas de capirete.  
Hay quien por ella los lazos  
mas dulces y estrechos rompe,  
quien por ella el cuerpo frágil  
en estrecha cárcel pone,  
y quien por ella á la envidia



dé entrada en el pecho dócil,  
y por ella á mas de cuatro  
doncellas la tierra come,  
víctimas de ese tormento  
que *coraé* tiene por nombre,  
y que es al pecho y al talle  
lo que es al cuello el garrote....  
Por la Moda, ¡cuánta trampa!  
por la Moda, ¡qué de horrores!  
por la Moda, ¡qué miserias!....  
y ¡hasta qué revoluciones!...  
Poder tiránico, absurdo  
que á tus súbditos te comes,  
y á pretexto de vestirlos  
con tus galas y primotes,  
me los dejas en camisa,  
con estos vientos que corren,  
que á los que tienen dinero  
se lo quitas; y á los pobres  
les das lo que no tenían,  
locas ciegas ambiciones,  
con las que van sin ventura.  
Dios sabe cómo y á dónde,  
que mas que el peor gobierno  
mas derrochador y torpe  
á tus sufridos vasallos  
exiges contribuciones,  
que no tienes mas ideas  
que variar el uniforme.

y cada mes, cada dia  
sacas un nuevo resortc,  
y nos pones nuevas cosas,  
¡qué buenas que nos las pones!  
y al otro dia ya quieres  
que por otras se abandonen,  
que á nadie consejos pides  
y que de nadie los oyes,  
y no te importan un pito  
todas las *constituciones*,  
y á quien no te rinde el culto  
que piensas te corresponde,  
le cóndenas al *ridículo*,  
á la pena mas enorme,  
al castigo mas tremendo  
que la sociedad conoce,  
yo protesto de tus leyes  
y de tus hechos á voces,  
y á Dios le suplico humilde  
que te abata y te destrone,  
y te destierre del mundo,  
que pienso que solo entonces  
habrá gusto en el vestir,  
y habrá en los hogares orden,  
y tendrá humildad el rico  
y resignacion el pobre.

. . . . .  
Y aquí se acaba el romance...  
Abur, y ustedes perdonen.



---

## XVII.

### La Novia.

#### I.

Aunque mi novia es prodigio  
por sus virtudes y encantos,  
aunque ciega me idolatra  
tanto ó mas que la idolatro,  
aunque el casarme con ella  
me valdria buenos euartos,  
lector, si novia no tienes,  
yo la mia te regalo.  
Mi tranquilidad exige  
sacrificio tan amargo;  
mas juro por la pureza  
de mi amor dimisionario,

que no regalo la novia  
como se regala un trasto  
cuando desperfectos tiene  
ó flaquea por usade.

La regalo, porque temo,  
que si para mí la guardó,  
antes que pueda servirme  
su amor de dulce regalo,  
circunstancias especiales  
que iré luego enumerando,  
darán con mi cuerpo en tierra  
y con mi alma en el diablo.

Dos años há que mis ojos  
en sus ojos se fijaron,  
y el alma quedó suspensa  
de los ojos temerarios.

Sentí latir en el pecho  
mi corazón agitado,  
y de mis pasos las huellas  
hollaron las de sus pasos,  
y haciendo á la gravedad  
de mi carácter agravio,  
hice el oso como un pollo  
me enamoré como un gallo.

II;

Hízome cara la hermosa,  
condolida de mis ansias,

y nos amamos por señas;  
y ños hablamos por cartas.  
Mas de nuestro amor profundo  
era tan viva la llama,  
que nos pareció preciso  
estrechar mas las distancias.  
Y gracias á cierta amiga  
de la mitad de mi alma,  
que, al vernos tan inocentes,  
nuestra dicha procuraba,  
pude, á título de novio,  
entrar al fin en la casa,  
resúmen de mis deseos,  
templo de mis esperanzas.  
Como novio me anunciaron  
de mi novia recatada,  
y me han hecho ser *tan novio*,  
que ser más novio me espanta.  
A todas sus vecinillas  
la madre de mi adorada  
dijo cómo yo era el novio,  
y novio de circunstancias.  
Y todas quisieron verme  
cual si fuese cosa rara,  
y unas me hallaron *buen mozo*,  
y otras me hallaron *buen maula*.  
Y espionaron mis acciones,  
interpretaron mis faltas,  
me colgaron cien milagros

y espantáronme la caza.  
Pusieron muy sobre aviso  
á mi novia desdichada,  
y á la madre de mi novia  
la pusieron muy en guardia.  
Sin comerle ni beberlo,  
yo, que muy limpio jugaba,  
me vi en estado del novio  
que, por no serlo, se casa.  
Mil veces la madre astuta  
me dijo que las muchachas  
todas desean casarse,  
cosa que yo lo ignoraba,  
y que la hermosura es breve,  
y que la ocasion es calva,  
y que la hembras son frágiles  
y que el demonio las carga,  
y que los hombres son malos;  
y sus palabras muy falsas,  
y que ellas lo pierden todo,  
y que ellos no pierden nada.  
Tentado estuve mil veces  
de enviarla enhoramala,  
pero mi novia preciosa  
mi voluntad dominaba.

III.

Pues tiene además mi novia  
una tía Marizápalos,  
que, por no hallar pecadores,  
se ha dedicado á los santos.  
Esta tía es una tía  
que hace cerca de cien años  
está demás en el mundo,  
y tiene impaciente al diablo.  
Me dice que son los hombres  
muy buenos para quemarlos,  
y ha tenido tres esposos,  
y aun admitiría un cuarto.  
Si humilde la contradigo,  
me dice que soy un zángano;  
y si convengo con ella,  
que soy un tuno muy largo.  
Si ve que mi novia y yo  
solos un momento estamos,  
me pone á mí como nuevo  
y á mi novia como un trapo.  
Y andando el tiempo, asegura,  
haciendo á mi novia agravio,  
que por la novia y el novio  
habrá en la casa un escándalo.  
Si tiene ojeras mi novia,  
dice que la estoy matando;



y si estoy pálido y triste,  
que hay en mi conciencia *algo*.  
Si salimos á paseo,  
quiere siempre acompañarnos,  
y de mi brazo se cuelga,  
abusando de mi brazo.  
Y vamos ella, mi novia,  
y de mi novia el hermano,  
y la madre, y dos perritos  
y yo, la atención llamando;  
ella por su rostro exótico,  
que más parece arrancado  
de algun cuadro de las ánimas  
por ser indigno del cuadro;  
mi novia, porque va siempre  
en el porvenir pensando,  
y lleva la boca abierta  
y lleva los ojos bajos;  
el hermano de mi novia,  
porque va gesticulando  
y hablando consigo á voces  
con el mayor desenfado;  
la madre, porque es muy gorda  
y anda con mucho trabajo,  
y va llamando á los perros,  
que pecan de enamorados.  
Los perros, porque son des-  
animalitos muy raros,  
caricaturas de perros,

y perros degenerados.  
Y yo, porque todo el mundo  
conoce el papel que hago  
de novio, novicio y mártir,  
por todos cuatro costados.  
Pues tiene además mi novia  
un primo, alférez, muy bárbaro,  
que me trata como á primo  
y me emprima con descaro;  
y una criada muy lista  
á quien hice mil regalos,  
cuando llevaba mis cartas  
á mi dueño idolatrado;  
y hoy, que de nada me sirve,  
sigue alargando la mano,  
y me dice, si me niego,  
que va á cantar, y muy claro.  
Cante, pues, lo que le plazca  
emprime el primito al diablo,  
y este cargue con la tia,  
y la madre y el hermano,  
y cargue hasta con mi novia,  
que ya estoy yo muy cargado,  
y hasta mi novia me carga,  
y hasta yo mismo me cargo.  
Y aprendan en mí los hombres  
que son de corazon blando,  
que quien se *proclama novio*,  
debe colgarse de un árbol.



---

## XVIII.

### El Cumplido.

#### I.

El día que yo entré en suerte,  
—¡me parece que fué ayer!...—  
¡uaya un miedo que tenía  
de ser quinto!... ya se ve,  
mi pobre madre lloraba,  
mis hermanitos también,  
y mi novia,—¡pobrecilla!  
pronto será mi mujer,—  
lo ménos que se pensaba,  
era que de cada diez  
hombres que van á la guerra,  
mueren quince ó diez y seis.

—No me casaré, decía,  
que tú no podrás volver;  
y si en la guerra no mueres,  
¿quién sabe si alguna vez,  
yendo á correr tantas tierras,  
te gustará otra mujer?... —

. . . . .  
Y lo que es eso, es verdad,  
que mas de una y mas de cien  
he visto que me han gustado,  
y como uno.... es claro, es  
un hombre fino.... y que tiene  
su pundonor.... y su aquel ...  
como haya venido á mano,  
no me he mordido la.... ¡pues!  
para echarlas un requiebro,  
que siempre les sabe bien;  
pero olvidar á mi novia,  
eso nó, ¡voto á Luzbell!

Pues señor, no fué mal número  
el número que saqué:  
el uno, porque no había  
ninguno delante de él,  
y no teniendo dinero,  
y hasta para no tener,  
ni una enfermedad síquica,  
ni diez dedos en un pié,

ni un ojo tuerto, ni un brazo  
colocado del revés,  
no hubo remedio, señores,  
tuve que servir al rey.  
Mi madre, mi buena madre,  
bendijo una vez y cien  
al hijo que presumía  
que no iba á volver á ver,  
y me dió un escapulario  
que me dió valor y fé,  
y unos cuartos que tenía  
la pobre para comer  
si venía un año malo  
de sequía y escasez;  
mi novia lloró mas agua  
que le llovía á Noé  
sobre el arca en el diluvio....  
y metido en un papel  
me dió un mechón de aquel pelo  
que le baja hasta los pies,  
y un abrazo con el alma,  
y un beso.... que le robé,  
y á los ocho días justos  
entraba yo en el cuartel,  
con mas miedo que vergüenza,  
mas blanco que la pared,  
y temblaba viendo al cabo,  
y mirando al coronel,  
y al sargento de las barbas,

y al tambor mayor tambien,  
que entre todos, yo creia  
que me iban allí á comer;  
pero ¡aprension!... al principio  
alguna pena pasé  
por mi madre y por mi novia,  
que ya no podia ver;  
pero luego encontré amigos,  
y me llamó el coronel  
«¡hijo mio!» y el sargento  
quiso enseñarme á leer,  
y me dieron uniforme  
que me sentaba muy bien,  
como mas de una.... doncella  
me dijo mas de una vez;  
y con estas y otras cosas,  
al fin cariño tomé  
al oficio de soldado,  
que noble y honrado es,

## II.

Hubo guerra, fui á la guerra.  
fui á la guerra y salí bien,  
como que el escapulario  
nunca de mí lo aparté,  
y allá en el pueblo, mi madre,  
y mis hermanos tambien,  
y mi novia, á Dios pedian

por mí con ardiente fé....  
¡Y dicen que fui valiente!...  
me lo dijo el brigadier,  
que me llevó al general,  
que me dijo:—«¡Chico, bien!  
Una cruz te doy con premio  
de medio durito al mes.»  
Medio duro que á la Virgen  
mientras viva le daré  
en una libra de cera,  
porque me sacó con bien.  
¡Y dicen que fui valiente!  
Sí lo fui yo no lo sé:  
lo que sé es que los moritos  
apretaban á correr  
en viéndome, que sabian  
que les curtia la piel;  
y llegó á saber mis hechos  
el mismísimo Muley,  
y ofreció dar no sé cuánto  
á quien me diera *mulé*;  
pero sí, ¡buenas y gordas!  
lo que es yo.... libré la piel,  
gracias á la santa Virgen,  
que mi protectora es.

---

¡La guerra! Entre los hermanos  
que una tierra vió nacer,



hijos de una misma madre,  
la guerra es cosa cruel:  
mas defender á la patria  
de quien la quiere ofender,  
castigar á quien insulta  
su bandera, ¡voto á cien!  
que es guerra que yo la haria  
una y otra y otra vez;  
si ahora, que ya he cumplido  
y á mi casa he de volver,  
á ver á mi pobre madre,  
y á casarme con aquel  
cacho de cielo estrellado,  
que mi primer amor fué,  
hubiera otra guerra contra  
el turco ó contra el inglés,  
sentaba plaza, y andando.....  
si me mataban.... ¡Amen!  
me moriria soltero  
diciendo:—¡Como ha de ser!

### III.

Cumplí ya los ocho añitos:  
—me parece que ayer fué  
cuando temblando de miedo  
entraba yo en el cuartel,—  
ya he cumplido, ya he servido,  
ya me han abonado el *pré*....

no sé lo que es calabozo,  
no hice mas que obedecer,  
cumplir con mi obligacion,  
hacer cuando pude bien,  
y así el cabo y el sargento,  
¡tómal y hasta el coronel,  
la mano amiga me han dado,  
y yo ¡voto á Lucifer!  
casi he llorado al pensar  
que he de salir del cuartel;  
y he besado al cantinero  
y á su parienta tambien,  
¡tómal y al tambor mayor,  
y á Ruiz, el cabo furriel,  
y en fin, lo diré, señores,  
he besado la pared  
del cuartel donde aprendí  
á ser siempre hombre de bien,  
y beso á ustedes las manos  
y á las señoras los piés.





---

## XIX.

### La Piedra.

#### I.

Pues señor, allá en Turquía,  
ó donde quieran ustedes,  
sucedió una vez que un pobre  
fué á exponer su triste suerte,  
y por Dios una limosna  
á pedir humildemente,  
á un hombre con mas millones  
que un empleo pretendientes,  
que una coqueta memorias,  
y que un generoso huéspedes....  
Era el rico avaro y malo,  
y era mas fácil que diese

un diente que una moneda,  
y era el pedírsela hacerle  
la mayor de las injurias  
que sufrir un hombre puede.  
Llegóse humilde el mendigo,  
y con palabras corteses,  
y con dolorido acento,  
propio del que nada tiene  
y de la amarga miseria  
todos los dolores siente,  
por amor de Dios pidióle  
que en su afán le socorriese.

—Apártese el holgazan,  
contestóle duramente.

—No tengo qué comer.

—Bueno.

—Me muero de hambre.

—Pues muérete.

—Corazon teneis de roca.

—Apártese el insolente,  
ó de un palo....

—No amenace,  
que Dios, que todo lo puede,  
castiga tarde ó temprano  
al que á su prójimo ofende.  
Y viendo el pobre que el rico  
trataba de acometerle,  
huyó cual huye el que ve  
que una fiera le acomete.

Cogió una piedra el infame,  
y con torpe mano aleve,  
arrojósela al mendigo,  
y quiso Dios que cayese  
la piedra á los piés del pobre,  
sin el menor daño hacerle.  
Cogióla el pobre del suelo  
triste y silenciosamente,  
guardósela, y su camino  
siguió humilde, sin volverse  
ó reprochar su accion fea  
al avaro infame, y siempre  
juró guardarla, en memoria  
de aquella ofensa patente.

## II.

Pasó tiempo; pobre el pobre  
siguió pidiendo limosna,  
sufriendo de la miseria  
las calamidades todas,  
y el rico, por ser mas rico,  
hizo una accion bochornosa,  
y descubierta, apresáronle,  
y en una oscura mazmorra,  
pasó de mortal angustia  
cruelles y eternas horas....  
Al fin se falló la causa,  
y por su accion vergonzosa

fué condenado á perder  
los bienes que eran su gloria,  
y á sufrir sobre un jumento,  
yendo ligero de ropa,  
cien azotes, por la mano  
del verdugo, por mas honra.  
El pueblo, que en espectáculos  
de ese género se goza,  
estaba con la noticia,  
estaba, es claro, en sus glorias,  
mucho mas siendo la víctima  
tan distinguida persona,  
y en el dia señalado  
para la paliza gorda,  
gran concurrencia llenaba  
la carrera, deseosa  
de ver dar palos al prójimo,  
como si fuera una broma.  
Allí el pobre de la piedra  
entre la gente curiosa  
estaba; al pasar el rico  
se le vino á la memoria  
la injuria que recibió  
yendo á pedirle limosna,  
y del bolsillo la piedra  
sacó, y la mano traidora  
levantó para arrojársela,  
mas no la arrojó, dejóla  
caer en el santo suelo,

y no salió de su boca  
ni un insulto, ni una injuria,  
que, así como Dios perdona,  
el pobre perdonó al rico,  
y según cuenta la crónica,  
dijo lo mismo que copio  
para lección provechosa  
de las almas vengativas  
cruelles y rencorosas:  
«Vengarme de él cuando estaba  
con poder, con oro y honra,  
hubiera sido locura,  
y locura peligrosa,  
y en esta ocasión vengarme,  
tirarle la piedra ahora,  
que es más que yo desdichado  
y de él las gentes se mofan,  
y ni oro ni honor le quedan  
y le humilla y le abochorna  
la plebe que ayer humilde  
le ensalzaba adulatora,  
fuera una acción inhumana,  
inhumana y vergonzosa (1).

---

(1) El consolador y delicado pensamiento de este romance, está tomado de un cuento popular alemán.





---

## XX.

### La Jamona.

Con el vestido muy hueco,  
y la cabeza tambien,  
esta llena de cintajos,  
lleno de lo mismo aquel,  
con guantes color de fuego  
y pañuelo de varés,  
y en la mano el abanico,  
y siempre enseñando el pié,  
con el rostro revocado,  
que se conocen muy bien  
el carmin y el albayalde  
sobre la arrugada tez,  
y con un cordon atado  
llevando un perrito inglés,  
que tiene por nombre Adonis,  
Polion ó Guillermo Tell,  
va por la calle muy sería

mi señora doña Inés,  
que cumplió los veinticinco  
el año cuarenta y seis,  
y desde entónces, al cura  
teniente de San José,  
que todos los años tiene  
que ir á saber una vez  
casa por casa los nombres  
de los fieles de su grey,  
le dice cómo se llama  
y la edad que tiene, que  
no pasa de veinticinco  
desde aquel año cruel,  
en que cumpliendo del tiempo  
la severísima ley,  
los cumplió en dura y forzosa  
y terrible doncellez.  
Doña Inés está soltera,  
y esto no le sabe bien,  
que quisiera ser casada,  
y hay quien tiene el parecer  
de que no le pesaría  
hallarse en triste viudez,  
aunque fuera de segundas,  
y de terceras también.  
Pero oyéndola, parece,  
tal su disimulo es,  
que no ha querido casarse,  
y que mas de uno y de diez

pretendieron con empeño  
lograr la dulce merced  
de su amor y de su mano,  
y hasta quiere hacer creer  
que aun tiene quien la pretende  
y ella le desdeña, ¡pues!  
—«¡Jesús! ¡los hombres! exclama,  
¡qué malditos de cocer!...  
¡para quemarlos á todos!...  
¡qué peste! Yo estoy muy bien  
soltera.... Así es como está  
en sus glorias la mujer....  
Y yo, no ha sido por falta  
de quien me quiera, que á fé  
buenos disparates hizo  
un año hará un brigadier  
que una noche en el teatro  
me tocó estar junto á él,  
y el hombre se volvió loco,  
¡caprichos! que.... ya ve usted,  
una remediar no puede....  
y aunque le desengañé  
muchas veces.... él ¡qué tarco!  
mas rendido cada vez,  
hasta que desesperado  
y por despecho se fué  
á Sevilla, y se casó  
con la que hoy es su mujer,  
una cualquiera; y ¡qué cosas

de ella he sabido despues!...  
Yo no sé lo que he tenido,  
que no me he podido ver  
jamás libre de moscones....  
Hubo un médico, ¡que pez!  
una vez que tuve anginas,  
yo inocente le llamé,  
y á los cuatro dias vino,  
y me vino á proponer  
ser mi marido.... Pues otro,  
ya murió el pobre.... era un juez  
con dos hijos, uno suyo,  
y el mayor de su mujer,  
que era una vieja muy rica,  
con quien se casó por.... ¡pues!  
y al mes de quedarse viudo  
me vió el hombre en el café,  
y estuvo dos meses largos  
haciendo.... Es cosa de ver  
qué cosas hacen los hombres  
que se entontecen.... Aquel  
me paseaba la calle,  
ó arrimado á la pared  
me esperaba en las esquinas....  
yo estaba volada, que  
á mí nunca me ha gustado  
que por mí.... Tuve que hacer  
que un amigo le dijera  
que perdía el tiempo.... y él

como una fiera se puso....  
En fin, ahora mismo es,  
y cuando el hombre en la calle  
ó en el teatro me ve,  
se pone como la grana,  
no se puede contener....  
Pues ahora es otro; es un jóven  
que el padre tiene almacén  
de bujías.... y es muy rico....  
y el maldito de cocer,  
el hijo, como está enfrente  
su balcon, le tiene usted  
en el balcon todo el día  
haciendo visajes, ¡pues!  
y enseñándome cartitas....  
que no me puedo poner  
á coser tras los visillos,  
y el lunes me lo encontré  
en la escalera.... empeñado  
en que habia de leer  
una carta que traía;  
yo.... está claro, me escusé;  
pero tendré que mudarme....  
para dejarle de ver,  
porque, al fin, yo soy soltera,  
y á una jóven no está bien  
que en la escalera la espere  
un muñeco como él.  
Es mucho empeño el empeño

de los hombres, de querer  
á quien no les quiere... ¡Ay! yo  
mil gracias á Dios daré  
que me hizo así... De los hombres  
que me libre siempre: *Amen.*»

Esto dice, y le parece  
que cualquiera se lo cree,  
y bien puede asegurarse  
que si hallara doña Inés  
uno, aunque fuese la estampa  
del mismísimo Luzbel,  
que á la iglesia la llevase  
para hacerla su mujer,  
el tiempo le faltaria  
para casarse con él.

Entretanto, la esperanza  
por supuesto sin perder,  
habla mal de todo el mundo,  
y su constante afan es  
inquirir vidas ajenas,  
llevar chismes y traer,  
sacar á relucir trapos,  
y sé que mas de una vez  
la paz de alguna familia  
procuró comprometer,  
que porque ella es desgraciada,  
aunque de ella solo fué  
la culpa acaso, pretende  
que otras lo sean tambien.

---

## XXI.

### El Padre sin trabajo.

#### I.

En una estancia sombría,  
sin luz, ni abrigo, ni lecho,  
está un padre desdichado,  
laborioso, honrado y bueno,  
con la cansada cabeza  
inclinada sobre el pecho,  
rodeado de sus hijos,  
llanto abrasador vertiendo.  
Tres son los hijos que tiere,  
y son los tres pequeñuelos,  
que ven llorar á su padre  
y no comprenden su duelo...



También, hace pocas horas,  
sacar á su madre vieron  
entre cuatro hombres horribles,  
que les daban mucho miedo,  
y no lloraron, que estaban  
de asombro y espanto yertos,  
respirando solo cuando  
aquellos hombres se fueron,  
sin comprender, inocentes,  
por qué llevaban con ellos  
á la madre honrada y buena  
que vida les dió en su seno.

—

—¡Pan!—dice el uno, y los otros  
—¡Pan, padre!—repiten luego,  
y el padre:—¡Callad! les dice,  
y alza los ojos al cielo.  
Callan los niños, se miran,  
y en pos de un breve silencio:  
—¡Pan!—dice el uno, y los otros  
—¡Pan, padre!—repiten luego,  
—¡Dios mio!—murmura el padre;  
Y dice á sus pequeñuelos:  
—No os movais de aquí, esperad,  
que voy por el pan y vuelvo.—  
Y sale, y quedan los niños  
solos, temblando de miedo.

II.

Llama el buen padre á cien puertas,  
su triste estado exponiendo,  
y pide trabajo para  
poder ganar su sustento.

—No hay trabajo,—le contestan.

—Pues dadme pan.

—No podemos.

Y anda, y anda desalado,  
y queda un punto suspenso,  
y en el quicio de una puerta  
se oculta de rubor lleno,  
y dice:—¡Morir mis hijos!...  
¡eso es lo que no consiento!  
¡Robar!... ¡Yo ladrón!... ¡Dios santo!  
¡Robar!... ¡No hay otro remedio!—

Y sale ya decidido,  
airado, firme y sereno,  
porque al primero que pase  
le ha de robar el dinero.

Uno viene, y él se acerca,  
se acerca y.... ya está resuelto....  
se acerca mas.... va á robarle....

y le dice:—¡Caballero!...  
¡una limosna por Dios....  
para tres hijos que tengo!...—  
Y recibe la limosna,

y alza los ojos al cielo,  
diciendo:—¡Dios bendadoso!...  
aun soy honrado, y soy bueno.  
Del trabajador honrado,  
en tiempo fatal, adverso,  
Dios es la dulce esperanza,  
y la limosna el consuelo.  
Avergonzarme no debe  
esta limosna que obtengo;  
pere si hubiera robado....  
¡qué horrible remordimiento!

### III.

Dad al pobre laborioso  
limosna, dádsela presto,  
y no le negueis trabajo,  
si podeis, en ningun tiempo.  
La caridad á los hombres  
hace hermanos y hace buenos,  
y huye á su luz refulgente  
todo malo pensamiento.



---

## XXII.

### El País de las Tinieblas.

---

#### APÓLOGO.

#### I.

Antes del descubrimiento  
del gran Cristóbal Colon,  
que al mundo, con él ingrato,  
un nuevo mundo le dió,  
los hijos del polo Norte,  
buscando abrigo y calor,  
bajaron de las Américas  
á la templada region.  
De una de aquellas colonias  
la tradicion conservó

una historia peregrina  
que voy á contaros hoy.  
En un islote apartado,  
do nunca penetró el sol,  
y de cuyo estéril suelo  
jamás el hombre sacó  
fruto alguno saludable,  
vivian en la inaccion  
hombres, mujeres y niños,  
y en la miseria mayor,  
miseria de cuerpo y de alma,  
porque en aquella region  
todo se ignoraba, todo,  
y como bestia feroz  
nacia y crecia el hombre,  
sin conocer á su Dios,  
y como bestia moria  
sin consuelo y sin temor.

*El país de las tinieblas*  
aquel país se llamó,  
nombre que se le aplicaba  
con notable precision,  
porque allí, como ya he dicho,  
jamás el sol penetró,  
y eterna noche envolvia  
aquella mansion de horror.  
Secreto instinto, ó quizás  
piadoso el Supremo Dios,  
á un hombre de aquellas fieras

un pensamiento inspiró.  
—Debe haber mas mundo que este  
que es tierra de maldicion,  
dijo; y pensando pensando,  
á la fin se convenció  
de que aquella tierra estéril  
era del mundo un rincon  
solamente; y de que el mundo  
era mil veces mayor.  
Habló con sus compañeros  
y á algunos los convenció,  
y convinieron gozosos  
(que la fé les dió valor),  
en salir de aquella tierra,  
y en frágil embarcacion,  
hecha de groseros palos  
(la fé se la fabricó),  
ir por el mar adelante  
buscando tierra mejor  
que aquella donde vivían  
sin la alegría del sol,  
sin fresca yerba en los campos,  
sin agua, sin una flor,  
como animales inmundos  
y abandonados de Dios.

II.

Los trabajos que pasaron;  
son muy largos de contar,  
y por eso no los cuento,  
para mayor brevedad....  
Estuvieron en peligro  
de que les tragase el mar,  
y allí, en medio de las olas,  
y á merced del huracán,  
aquellos míseros seres  
no llegaron á cejar  
en su afan de hallar mas mundo....  
y al ver con la claridad  
del sol que se reflejaba  
en el brillante cristal  
de las turbulentas aguas  
del embrabecido mar,  
de la pródiga natura  
los prodigios sin igual,  
la fé les prestaba aliento  
en aquella inmensidad,  
y era el anhelo de todos  
ir mas allá... mas allá.  
Llegaron,—que siempre llega  
el que tiene voluntad,—  
y el pié en la tierra pusieron  
con júbilo singular;

y para gozar entonces  
suprema felicidad,  
les faltaba solamente  
amar á Dios inmortal,  
y saber que á Dios debían  
hallar premiado su afán.  
Era el país mas hermoso  
que se pudo imaginar;  
campos de fresca verdura,  
de agua un claro manantial,  
árboles de fruta llenos,  
brisa agradable del mar,  
abundante caza y pesca,  
terrenos sin humedad,  
cielo límpido y sereno...  
en fin, encontraron mas  
de lo que habían salido  
de su rincón á buscar.

III.

Pasó tiempo; aquellos hombres  
vivían allí muy bien;  
no les faltaba alimento  
y buen agua que beber,  
y sabrosísimas frutas,  
tan dulces como la miel,  
y sol que les animaba,  
y les permitía ver



los encantos que en las obras  
del sumo Hacedor se ven,  
el cielo azul y sereno,  
las altas montañas, que  
parecia que á las nubes  
las querian detener,  
los pajarillos cantores,  
las flores, que en un Eden  
convertian aquel sitio,  
donde Dios quiso poner,  
para regalo del hombre,  
que harto ingrato con él es,  
cuanto en su afan de placeres  
le puede satisfacer....

Hiciéronse allí cabañas,  
y encontraban cada vez  
recursos que no creían  
hallar en el suelo aquel:  
hallaron oro y madera,  
y comenzaron á hacer  
mil objetos muy curiosos  
y necesarios tambien,  
y el hábito del trabajo  
adquirieron, y con él  
la virtud y la conciencia  
sacrosanta del deber,  
que el trabajo es el que al hombre  
le hace ser hombre de bien.

. . . . .

Pero viviendo tranquilos  
gozando el dulce placer  
de la paz y del trabajo,  
sin torpe envidia cruel,  
sin miserias y sin odios,  
sin frio, ni hambre, ni sed,  
mortal tristeza sentian,  
y si preguntais por qué,  
que os conteste el que su patria  
ha dejado alguna vez,  
y vivido en otro suelo  
que no le ha visto nacer,  
aunque su patria haya sido  
injusta y dura con él,  
y haya estado mal en ella,  
y fuera de ella muy bien.

IV.

El mismo que salir quiso  
de la triste oscuridad  
de su país, dijo un día:  
—«Vamos á volver allá,  
no á vivir en las tinieblas,  
sino á ver si los que están  
allí, vienen con nosotros  
el mismo bien á gozar,  
que gozamos hace tiempo  
con tanta felicidad....

Haciendo á todos dichosos,  
el que es dichoso, lo es mas,  
y solo le falta, amigos,  
á nuestra tranquilidad,  
que nuestros compatriotas  
la gocen tambien igual.»—  
Solo otros dos compañeros  
halló prontos á arrostrar  
los peligros del viaje,  
que eran grandes por demás,  
y confiados los tres  
en su buena voluntad,  
y alentados grandemente  
por el generoso afan  
de hacer á los que vivian  
en el frio y la humedad  
y la mayor ignorancia  
un favor tan singular,  
al *Pais de las tinieblas*,  
sin temer la tempestad,  
ni los fieros huracanes,  
ni los escollos del mar,  
hicieron rumbo, ayudados  
por el Señor inmortal,  
que protege á quien practica  
la sagrada caridad.  
Llegaron, y aconsejaron  
á todos á abandonar  
aquel país maldecido,

diciéndoles la verdad  
de lo que habían hallado  
al otro lado del mar;  
mostraron pájaros, flores  
y pedazos de metal,  
para probar que decían  
ménos que la realidad.

—Venid, venid con nosotros,  
les decían, que allí están  
la salud y la riqueza,  
la virtud, la claridad;  
ya sabemos el camino,  
y allá os podemos guiar,  
y allá viviremos todos  
en dulce envidiable paz.

—Somos viejos, contestaban  
los unos.—Nosotros ya,  
decían otros, tenemos  
nuestras costumbres, y estar  
aquí nos es ya mas cómodo  
que el ir de acá para allá.

—Nosotros, acostumbrados  
á esta gran oscuridad,  
contestaban otros, no  
necesitamos ver mas.

—Allí vereis mil primores.

—No tenemos mucho afan.

—Vereis el sol.

—Nos deslumbra,

si es tal como le pintais.

—Tendreis oro.

—¿Y para qué?

—Sabreis lo que es trabajar.

—Pues si acá no trabajamos,  
mejor estamos acá.

Para ir lo desconocido  
tan léjos de aquí á buscar,  
no queremos exponernos  
al furioso vendabal,  
y á perecer en un día  
todos en medio del mar.

Aquí nacimos, aquí,  
es claro, estamos muy mal;  
pero tenemos costumbre,  
y no saldremos jamas.

—

Y no salieron: los tres  
que los fueron á buscar,  
volvieron desconsolados  
sin poder lograr su afan;  
siguieronles solamente,  
con varonil voluntad,  
las madres que sus hijuelos  
empezaban á criar,  
y les siguieron movidas  
del santo amor maternal,

previendo para sus hijos  
mejor porvenir allá  
que el que tenían seguro  
en aquella oscuridad.  
Quedaron en las tinieblas  
los que con no trabajar  
ya se creían dichosos,  
los que, — ¡horrible ceguedad!  
no sentían el deseo  
de ver y de saber más.

—  
Esta, lector, es la historia  
que te he querido contar.  
*El país de las tinieblas.*  
todos le conocen ya;  
sus nombres son: la *ignorancia*,  
que es el principio del mal,  
ó la *indolencia*, que al hombre  
le priva de libertad,  
de la santa independencia,  
y del dulce bienestar  
que dan el trabajo honrado,  
el estudio y el afán  
de honrarse honrando á la patria  
con virtud y dignidad (1).

---

(1) La idea de este apólogo está tomada de un Discurso pronunciado en una solemnidad literaria, por el presidente de la Biblioteca popular de Versalles.



---

## XXIII.

### El Exclaustrado.

Metieron fraile á don Lucas  
y lo fué de la Merced,  
mas cuando pudo exclaustrarse  
colgó los hábitos, que  
la vocacion que tenia  
no era extremada á mi ver,  
volvió al mundo y en él sigue  
siendo un hombre muy de bien,  
suscriptor de *La Esperanza*,  
que él llama el mejor papel,  
y lo paga, como es justo,  
aunque es escaso su haber;  
gran perito en chocolate,  
que toma más de una vez  
cada dia, y tal le gusta,  
que estará un mes sin comer,  
mas sin tomar chocolate



no viviría ni un mes.

Con una prima muy fea,  
que no ha podido tener  
quien cargue con ella, vive  
nuestro buen fraile muy bien;  
plancha para las iglesias  
la buena y santa mujer,  
y se gana medio duro  
en cuatro días ó seis,  
y á su primito le compra  
cuatro cuartos de rapé  
cuando cobra, y él en cambio

suele á su prima traer  
algun pañuelo de yerbas  
ó un quarteroncito de  
bizcochos de soletilla,  
que le gustan á *Luzbel*,  
un gato traidor y astuto,  
que su compañero es.

De carácter apacible  
y dulce como la miel,  
en hablando de política  
el fraile de la Merced,  
de sus casillas se sale,  
y no cede, ¡qué es ceder!...  
ni se calla, ni transige,  
ni le deja hablar á usted,  
ni le convencen razones,  
y oír no quiera ni ver,

y al fin, hace de tal modo,  
que los cuatro, ó cinco, ó diez  
que con él discuten, callan,  
y queda triunfante él.  
En fin, el buen don Domingo,  
por su consecuencia y fé,  
hombre es digno de respeto  
y se le debe querer,  
aunque en política el hombre  
muy equivocado esté;  
pero ¡qué! nadie le apea  
de su manera de ver  
las cosas, y así, presumo  
que con este señor, es  
dejarle con sus ideas  
mejor que reñir con él.

---



---

## XXIV.

### El Retirado.

Don Silvestre Cañonazo  
es hombre de mucha fibra,  
esclavo de la ordenanza,  
capaz de romper la crisma  
al que le mire torcido,  
porque él no se anda en chiquitas...  
Cuando jóven, era un mozo,  
de partido entre las chicas,  
y hubo mas de una jamona  
alta, noble, bella y rica,  
que se enamoró del guardia,  
y anduvo por él perdida....  
Aun hay algunas que al verle  
las pobres se ruborizan,  
recordando aquellos tiempos  
en que él hizo su conquista.  
Hombre es de pocas palabras,

y no entiende de política,  
y le carga le hablen de ella,  
aunque hablar de ella se estila,  
porque el sistema que él dice  
que en el poder seguiria  
si pudiera ser poder,  
que no lo podrá en su vida,  
es el sistema del palo,  
que es la cosa mas sencilla,  
y la ley que mas se entiende  
y que mas pronto se esplica.  
El hombre tomó el retiro,  
tomó mujer en seguida,  
y el dinero de su esposa  
lo maneja y lo administra;  
y con esto, y dar paseos  
por donde nadie transita,  
leer *La Correspondencia*,  
diciendo á cada noticia  
que ve en este gran periódico:  
— ¡Mentira! ¡Pura mentira!  
y á cuatro chicos que tiene  
enseñar la letanía,  
que es en su boca un compuesto  
de dulzuras y heregias,  
y reñir con la criada,  
y *subir de noche arriba*  
á jugar al dominó  
con el teniente García,

y bajar de día *abajo*  
á que el portero le diga  
cuándo le bajan la casa,  
cuándo le ponen cortinas,  
cuándo revienta el casero,  
y quién se ha mudado encima,  
pasa el señor don Silvestre  
vida apacible y tranquila,  
echando tacos y ternos,  
tragando mucha saliva.

---



---

## XXV.

### Dolorcitas.

Hija de un alto empleado  
que daba golpe en Madrid,  
cuando en dias de gran gala  
con casaca y espadin,  
luciendo las pantorrillas  
iba el hombre por ahí,  
es doña Dolores Trompa,  
nacida en Valladolid,  
que cumplirá los cuarenta  
el quince del mes de Abril,  
y que le cobra al Estado,  
¡ahí es un grano de anís!  
mil escuditos anuales  
de orfandad *ó cosa así*,  
como dijo en su comedia  
un autor de este país  
en fuerza del asonante,



como me sucede á mi.  
Estos mil escudos tristes,  
le ocasionan mil y mil  
penas á doña Dolores  
que vive, si eso es vivir,  
esclava de! vil dinero,  
que yo no sé por qué es vil,  
que todos los meses cobra,  
y sin mas trabajo que ir  
á que dé fé de que vive  
el cura de San Martin.  
Doña Dolores la pobre,  
tiene ¡ay tristes! que extinguir  
del amor la pura llama  
como se apaga un candil;  
le gustan los hombres, ¡tómala!  
¿para qué estamos aquí?  
y muchos la han pretendido  
allá en su edad juvenil,  
porque ha sido siempre guapa,  
y muy amable, eso sí,  
y hasta un poeta romántico  
por ella tuvo mal fin,  
porque al ver que no queria  
la niña hacerle feliz  
dándole la blanca mano,  
cogió una noche un fusil,  
tomó una taza de té  
con unas gotas de anís,

leyó toda *La Esperanza*,  
y al disponerse á dormir,  
se pegó muy sério un tiro.  
y se quedó el infeliz  
en el triste lecho mas  
estirado que una I.  
Pero, ¿cómo ha de casarse  
Doña Dolores?... ¡Si al fin  
fuera el pretendiente rico! ..  
mas la suerte baladí  
ofrecióla siempre novios  
sin ocho maravedís,  
como poetas tronados,  
y tristes cesantes sin  
mas haber que haber tenido  
la desgracia de elegir  
un oficio, que *per istam*  
le deja al hombre en un trís,  
algun banquero quebrado,  
algun cantante gentil  
de esos que el contrato siempre  
lo tienen que rescindir,  
por soltar gallos y pavos  
en cada *la* y cada *mi*,  
algun jugador perdido,  
que no hay pocos en Madrid,  
algun marqués sin un cuarto,  
el baron del Trampolin,  
y otros varios personajes,

que no pueden reunir  
entre todos tres pesetas,  
aunque van aquí y allí  
muy ufanos y vestidos  
con arreglo al figurin....  
Conque, lector indulgente,  
ayúdeme usté á sentir  
de mi doña Dolorcitas  
la suerte poco feliz....  
Ella quisiera casarse;  
pero ¿cómo? ¡voto al Cid!  
Si se casa pierde al punto  
la pensión, que no es ruin,  
y si al cabo no se casa,  
¿quién la va á poder sufrir?...  
Muchas veces, á sus solas,  
esclama la triste así:  
«¿Qué le importaba al Gobierno  
qué le importaba al país  
dejarme la dulce paga  
como la tuve hasta aquí,  
aunque al *duro dulce* yugo  
inclinára la cerviz?...  
Entonces sí que podía,  
¿qué galardón para mí  
hacer feliz á un mancebo,  
que hallaría mas de mil,  
entre tartos que en la córte  
buscan ganguitas así.»

---

## XXVI.

### Doña Ramoncita.

Es mucha mujer mi amiga,  
mi amiga Doña Ramona,  
aunque si mujer la llamo  
de fijo que se incomoda,  
que no es mujer, segun dice,  
sino toda una señora.  
Habita en un sotabanco  
en la calle de las Conchas,  
en la honrada compañía  
de un esposo y una esposa,  
que le dan por ocho cuartos  
una sala y una alcoba,  
agua, luz para acostarse  
y le repasan la ropa,  
ganga que muchos quisieran  
en este tiempo, que hay pocas;  
pero ella juzga escésivo

pagar esa suma módica,  
y hace tiempo está buscando  
familia mas generosa  
que le dé casa de balde  
y la comida á sus horas,  
y que viva en piso bajo  
y en habitacion mas cómoda,  
y tenga al menos criada,  
que, si es preciso, le ponga  
sanguijuelas, sinapismos,  
cantáridas ó ventosas,  
porque está llena de lacras  
la pobre Doña Ramona....  
Señora tan egoista  
dificulto que haya otra,  
y fundada en que ella ha sido  
siempre toda una señora,  
pretende tener derecho  
á que cuantos la conozcan  
la sirvan y la contemplen,  
y le den con mano pródiga  
dinero cuando lo pida,  
y tabaco y otras cosas....  
De pension una peseta  
su marido, que esté en gloria,  
le dejó, que su marido,  
fué un hombre de mucha nota,  
escribano allá en las Indias,  
una mentira muy gorda

de las muchas que pretende  
hacer creer esta prójima,  
pues los que le conocieron  
y conservan de él memoria,  
le encontraban pincho en mano  
allá en la Puerta de Atocha,  
defendiendo de la Hacienda  
los derechos con notoria  
solicitud, sin dejar  
que pasara ni una mosca....  
Doña Ramona un defecto  
tiene, que es el ser golosa,  
y excepto los ocho cuartos  
que le paga á la patrona,  
en dulces y golosinas  
se gasta la pension toda,  
y siempre lleva confites  
y caramelos de goma,  
y los pesados merengues  
por medias docenas compra,  
y luego en casa en la cama  
se los come á oscuras sola...  
y de pastillas de coco,  
de malvavisco y de rosa,  
de pastelillos y hojaldres,  
y mantecadas de Astorga,  
y molletes de Sevilla,  
y almendras, bollos y tortas,  
siempre tiene buen surtido

mi amiga doña Ramona.  
Come siempre en casa ajena,  
porque este favor le otorgan  
personas caritativas,  
que despues acaso lloran  
haber tenido el disgusto  
de tratarla, que es chismosa,  
y armar suele un caramillo  
contra la fama ó la honra  
de cualesquiera, con una  
habilidad prodigiosa.  
Parece que al mundo entero  
envidia, y de muerte odia,  
mas que á los indiferentes  
á aquellas mismas personas  
á quienes debe favores,  
que obligarian á otra  
á la gratitud, que es prenda  
de las almas buenas propia.

—  
Ya ves ¡oh lector amable!  
si las razones me sobran  
diciendo:—¡Es mucha mujer  
mi amiga doña Ramona!

---

---

## XXVII.

### El Dos de Mayo.

#### I.

—Levántate, Juan.

—¿Qué ocurre?

¿Vas á parir ya, mujer?...

Yo creí que te faltaba  
todavía mas de un mes...

Nó, no lo dejes por eso,  
que si ello al fin ha de ser,  
mejor es cuanto mas antes.

—Si no es eso.

—Pues ¿qué es?...

¿Hay fuego?... ¿Vino el casero?...

Dile que vuelva otra vez.

—El casero no ha venido,  
pero ha venido el francés.



—¿El que afile las navajas,  
ó el que toca el *minuet*?...

—Hombre, nó, quien ha venido  
es un tal *Musiú* José,  
de Napoleon hermano,  
y dicen que viene á hacer  
que nos hagamos franceses  
los españoles.

—Muy bien.

Que se lo cuente á su abuela.

—Ya por las calles se vé  
correr la tropa francesa,  
y en Palacio, en Lavapiés,  
contra el pueblo han hecho fuego  
los malditos de cocer....

—Pues ¿y la tropa española?...

—Encerrada en el cuartel.

—¿Y el pueblo?

—Bien se defiende.

—Entónces....

—¿Qué vas á hacer?...

—¿Qué he de hacer?... Lo que hacen todos.

—¿Pero el peligro no ves?...

—Solo veo el de la patria,  
y la debo defender.

—¿Y si te matan?...

—Si muero,

como bueno moriré.

—¿Y tus hijos?...

—Tú y mis hijos  
en Dios amparo tendreis.

—¡Ay Dios mio!...

—No me llores,  
que yo te quiero, mujer,  
y me conozco, y si lloras  
á mi deber faltaré....  
y si á mi deber faltase,  
te maldijera despues.  
¡Adios!...

—Se me parte el alma,  
pero tú, Juan.... haces bien.

—Mujer, que Dios te bendiga.

—Quiera Dios te vuelva á ver.

## II.

—Déjeme V. salir, madre.

—Antes dime á dónde vas.

—Contra el francés, que furioso  
ciego acuchillando va  
al mismo pueblo al que ofrece,  
hipócrita, la amistad.

Niños, mujeres, ancianos  
han muerto á sus manos ya ...

Un rebaño de corderos  
creyó en Madrid encontrar,  
y viendo que está engañado,  
ha sentido tal afan

de vengarse, que ya nada  
moverle puede á piedad,  
y no encuentra en su soberbia  
mas recurso que matar.

¡Enhorabuena! Veremos,  
veremos quién puede mas,  
si un usurpador tirano

ó un pueblo honrado y leal,  
que lo sufre todo, todo,  
pero del francés.... jamás.

—Pero hijo mio, son muchos,  
son muchos y vencerán.

—Nó, madre, que al que defiende  
su hacienda y su libertad,  
y su honor y su familia,  
Dios dobles fuerzas le da.

. . . . .  
Mire V., madre....

—Ya veo.

¡Ay! le van á fusilar.

—Es un anciano. ¡Cobardes!  
Hacen mal por hacer mal.

Si esa es la gloria que adquiere  
el nombrado capitán  
del siglo, gloria es por cierto  
que le debe avergonzar.

No me detengo mas, madre.

—Ni yo te detengo mas;  
pero solo no vas, hijo,

tu madre contigo irá....

y al francés que te se atreva,  
mis manos lo van á ahogar.

—Nó, lo que es en mí un deber  
en usted es temeridad.

—Pues si yo no voy contigo,  
tú de casa no saldrás.

—Pues ea, venga V., madre,  
y Dios nos ayudará.

### III.

—Qué á morir nos preparemos  
nos han venido á decir.

—Yo lo estoy ya.

—Yo tambien.

—Y yo tambien, ¡ay de mí!  
¡y mi mujer con tres hijos!...  
¡y en visperas de parir!...

Ingrata será la patria  
si no cuida de ellos.

—Si;

no ofendas hoy á la madre  
por quien vamos á morir.

—Yo estoy ansiando la muerte.

Morir á mi lado vi

á mi madre, traspasada

por el acero de un vil,

y ni su beso postrero

he podido recibir.

¡Y tambien á V., señora,  
quitarán la vida?...

—Dí,

hermano, ¿de qué la vida  
me pudiera ya servir?...  
Esta mañana mi esposo  
murió al lado de Daoiz,  
y mi hijo, que fué á vengarle,  
tambien quedó muerto allí.  
Si en mis ojos no veis lágrimas,  
despues de tanto sufrir,  
es porque sé que á matarme  
vendrá esa canalla ruin,  
y con las prendas del alma  
me iré pronto á reunir;  
mas no digais cuánto bien  
me hará esa canalla así,  
porque por hacerme daño  
me dejaria vivir.

—Y V., señor cura, viene....

—Porque Dios me envia aquí  
á auxiliar á mis hermanos  
y con ellos á morir.

—¡Tambien usted!

—Sí, hijos míos.

Tambien en mi arder sentí  
del patriotismo la llama,  
y tambien á combatir

al usurpador tirano  
esta mañana salí.  
Muramos, pues, con valor,  
y á los hijos de Madrid  
demos, hermanos, ejemplo -  
por si volviera á ocurrir,  
que en su independencia santa  
la mano atrevida y vil  
quiera poner algun déspota....  
—Tendremos valor.

—Sí, sí.

Cuando por tan santa causa,  
hijos, se viene á morir,  
de la víctima es la gloria  
y del verdugo infeliz  
la humillacion, la vergüenza  
de habernos *vencido* así.

---



---

## XXVIII.

### La fiesta del Centenar en Valencia.

#### I.

Quien no haya visto en Valencia  
la fiesta del Centenar,  
sin ver una maravilla  
al otro mundo se va.  
Los que la vieron ogaño  
ya á verla ne volverán,  
porque hasta que cien años pasen  
no habrá allí otra fiesta igual.  
Los hijos de aquella tierra  
que hace las flores brotar  
cuando al rígor del invierno  
secos los campos están,  
de aquella tierra bendita  
donde nació el de Vívar,



que por noble y por valiente  
logró fama universal,  
de aquella tierra que tantas  
mujeres hermosas da,  
y tantos fuertes varones  
que en la guerra y en la paz  
nunca del honor la valla  
llegaron á traspasar,  
todos á la Santa Virgen  
rinden un culto especial,  
que en ella encuentran consuelo,  
y en ella en la adversidad  
toda la esperanza fan  
y á pedirle fuerzas van....  
En la infancia les enseñan  
su nombre santo á invocar,  
y por dichosos se tienen  
si cuando muriendo están  
pueden la última plegaria  
á la Virgen elevar.  
La de los Desamparados  
es el nombre que le dan,  
y jamás el que lo invoca  
desamparado estará.  
Hace ya doscientos años  
que la piedad popular  
dió digno templo á la Virgen,  
que es madre de la piedad,  
y su venerada imagen

pudo el pueblo trasladar  
á la casa bendecida  
donde hoy culto se le da.  
Este fausto aniversario  
con júbilo singular  
cada cien años celebra  
la noble invicta ciudad,  
y por eso lleva el nombre  
de fiesta del Centenar.  
Los que la vieron ogaño  
ya á verla no volverán,  
pero en los años que vivan  
no la podrán olvidar,  
que es tiernísimo espectáculo  
ver el religioso afan  
con que acude un pueblo entero,  
un pueblo honrado y leal,  
de la Virgen sacrosanta  
ante el bendecido altar.  
La ciudad sus galas viste,  
todos alegres están....  
los mas ancianos se olvidan  
de que van á morir ya,  
y cobran aliento y júbilo  
á despecho de la edad,  
y á sus hijos y á sus deudos  
se entretienen en contar  
de la Virgen los milagros  
que en las crónicas están.

y cuántos reyes y príncipes  
han ido con humildad  
á postrarse ante la imagen  
de la Reina sin igual,  
de la Reina de los Angeles,  
que por siempre reinará....  
cuántos favores la Virgen  
hizo siempre á la ciudad....  
cuánto ha costado su templo  
y cuántas alhajas hay,  
donacion de sus devotos,  
en el sacrosanto altar.  
Da gozo ver á las mozas  
que gloria á Valencia dan,  
llevando á la Virgen flores  
de belleza singular,  
y alegre y consuela el alma  
ver á los mozos que van  
á humillarse ante la Virgen  
y con fervor á rezar....  
mozos todos tan bizarros,  
que el que menos, es capaz  
de arremeter con cien moros,  
si los hubiera aun acá.  
De cada pueblo inmediato,  
que son unos treinta ó mas,  
acude lo mas lucido  
con su imagen titular,  
que en la procesion solemne

después acompañará  
á la Virgen por quien se hace  
la fiesta del Centenar.

## II.

Dispónense mil festejos,  
que los ferasteros van,  
y es deber de cortesía  
no quedar con ellos mal,  
y Valencia en este punto  
sabe, si es preciso, echar  
la casa por la ventana,  
como dicen por acá;  
además de que presume  
que otra vez no volverán  
los curiosos forasteros  
á ver la solemnidad  
con que celebra Valencia  
su fiesta tradicional,  
y piensa también juiciosa  
que nada ha de estar demás  
para obsequiar á la Virgen,  
que es su númen tutelar,  
Y lo primero á que acude,  
y así de cristiana da  
indudable testimonio,  
es algun alivio á dar  
á los pobres sin trabajo,

á los que enfermos están,  
á los tristes impedidos  
que no pueden trabajar,  
y a los inocentes huérfanos,  
que si no murieron ya,  
es porque tienen por madre  
á la Santa Caridad....  
por eso los nueve días  
del alegre Centenar,  
nadie está sin esperanza,  
porque nadie está sin pan,  
y aun los que ocupan postrados  
los lechos del Hospital,  
y los que en prisiones gimen,  
tregua á sus tristezas dan,  
y olvidan la pesadumbre  
de la negra soledad,  
y toman también su parte  
en el gozo general.  
No intento contar las fiestas  
con toda profijidad,  
porque sé que del estilo  
las galas me han de faltar,  
y fiestas tan suntuosas  
merecen por cierto más  
que un romance tan prosáico  
y de forma tan vulgar,  
que aunque el que hace cuanto sabe  
hace lo bastante ya,

puedo cansar al leyente,  
y no le quiero cansar.  
Lo que sí he de referirle,  
aunque acaso lo haga mal;  
es la procesion solemne,  
que de esta festividad,  
por su grandeza y carácter,  
es la parte principal.  
Para ocasion tan solemne,  
la Municipalidad  
hizo unos carros triunfales,  
en los que triunfantes van  
ángeles, génius, doncellas  
de hermosura singular,  
simbolizando las flores  
de la risueña ciudad,  
y los rios Turia y Júcar,  
que, tan bravos como el mar,  
cuando airados se desbordan  
en torrentes sin igual,  
aquella ribera inundan,  
y van como el huracan,  
de pueblo en pueblo, llevándose  
cuanto se pueden llevar.  
Otro carro es el llamado  
de la Santa Trinidad,  
en el cual se representa  
la expulsion del padre Adan  
del Paraiso, despues

del pecado original;  
otro el carro de María,  
que lleno de ángeles va,  
y siguen otros, que tienen  
su título cada cual.

Cosa es de ver muy curiosa,  
que hace á los chicos llorar,  
la cuadrilla de gigantes  
de estatura colosal,  
ante los cuales las gentes  
del campo que á verlos van,  
abren un palmo de boca,  
ó puede que la abran mas;  
y detrás vienen formando  
un contraste singular  
unos cuatrocientos niños  
del hospicio provincial,  
la Misericordia, y otros  
asilos de caridad.

Niños son desamparados  
que no olvidarán jamás  
que la Virgen es su madre,  
y que el nombre que le dan  
es el mismo nombre que ellos  
deben á la sociedad,  
nombre cristiano que todos  
siempre debemos honrar.....  
Siguen detrás comisiones  
de treinta pueblos ó mas,

que han acudido á la fiesta  
gloriosa del Centenar.  
Allí vienen los del pueblo  
que le llaman Alacuás,  
con su música y su Virgen  
bendita del Olivar;  
siguen Aldaya, Alboraya,  
que muy orgulloso está  
con sus ricos labradores,  
guapos mozos, que al pasar  
se llevan de muchas mozas  
las miraditas detrás;  
luego viene Benetuser  
con su Santo Sebastian;  
sigue Burjasot, que es pueblo  
de valientes sin rival;  
detrás viene el tan nombrado  
que llaman del Campanar,  
con su Virgen milagrosa,  
á la que mira con gran  
devocion el pueblo todo  
desde tiempo inmemorial;  
á éste sigue Catarroja,  
con el ángel que humillar  
logró al mismísimo diablo,  
que rebelde y contumaz  
junto al trono de Dios padre  
se quiso osade sentar;  
en pos llega Chirivella



con su imágen celestial  
la Virgen de la salud,  
que llena de gracia está,  
y todos su nombre invocan  
porque les libre de mal;  
la de la Luz es la imágen  
que trae el nombrado Cuart,  
y á Santa Isabel bendita  
lleva Godella detrás;  
el Grao con su Cruz preciada,  
de origen tradicional,  
y de devotos gran séquito  
que humilde culto le dan,  
y al pasar esta Cruz Santa  
todos la quieren besar,  
que de hacer muchos milagros  
tiene virtud sin igual;  
en pos viene muy lucido  
el pueblo nuevo del Mar,  
con su Virgen del Rosario,  
que es su patrona especial,  
y no hay corazon católico  
donde no tenga un altar;  
viene en seguida Manises,  
pueblo que dicen allá  
que en eso de alfarería  
ninguno le ha de igualar,  
y que tiene por patronas,  
y honrado con ellas va,

á Santas Justa y Rufina,  
que en la gran Sevilla están,  
y tambien por sus patronas  
las tiene aquella ciudad;  
el pueblo de Masanasa  
con su imágen tutelar,  
que es la Virgen de la Aurora,  
y Masarrochos detrás;  
luego Mislata y Paterna  
con San Jorge, el capitan,  
y otros pueblos que no cito  
para mayor brevedad,  
todos con bandas de música  
que no cesan de tocar,  
con tantas luces, que juzgo  
que imposible le será  
contarlas al más curioso  
como las quiera contar.

### III.

Siguiendo á las comisiones  
que á los pueblos representan,  
vienen numerosos gremios  
de la ciudad de Valencia,  
y devotas cofradías  
con los santos que veneran.  
La sociedad de cocheros  
es la que va la primera,

y entre ellos yo no creía,  
y no lo digo en su ofensa,  
que tan exquisito gusto  
y tanta riqueza hubiera.  
Verdad que aquellos cocheros  
poco ó nada se asemejan  
á los que en la corte y villa  
apurán nuestra paciencia....  
Llevan soberbios caballos  
y soberbios trajes llevan,  
y un carro triunfal muy rico,  
al que siguen los profetas,  
los falsos con San Elías,  
que brazos mueve y cabeza  
de una manera algo impropia  
de tan religiosa fiesta.  
Los señores tintoreros,  
que van limpios por mas señas,  
llevan tambien en su carro,  
y con sus galas de guerra,  
un angelín y unas ninfas,  
que por cierto no son feas.  
El gremio de los torneros  
ostenta mucha riqueza,  
y lleva la imágen santa  
de un santo que tiene inmensa  
popularidad, y es justa,  
que todo el mundo venera  
del esposo de María

las nobilísimas prendas,  
y lo mismo en la ciudad  
que en el pueblo y en la aldea,  
de San José el santo nombre  
es ejemplo de modestia,  
y no hay padre que á sus hijos  
dar ese nombre no quiera.  
Los roperos, buena gente,  
que se alegra muy de veras  
de que hicieran lo que hicieron  
Adan y su mujer Eva, .  
una bonita comparsa  
muy numerosa presentan  
de moros, indios, guerreros,  
que muy formales festejan  
á un morazo grande, horrible,  
que es moro como mi abuela.  
San Jaime es la bella imágen  
que este rico gremio lleva,  
este gremio, que sin duda  
es el de mejores *prendas*,  
y el mas *acreedor* de todos  
y el que perdona mas *deudas*;  
el gremio de horneros sigue  
con su santa imágen bella,  
la Virgen de la Merced,  
que tanta merced dispensa,  
y de cautivos gran número  
su carro triunfal rodea.

El de los alpargateros  
y esparteros, que en Valencia  
son primorosos, y tienen  
por eso fama europea,  
y á todo el mundo le surten  
de alpargatas y de esteras,  
la imágen de San Gerónimo  
llevan porque les proteja.  
Los herreros, brava gente,  
que hace alarde de su fuerza,  
humildes como corderos,  
van con una imágen bella  
de Santa Lucía mártir,  
Virgen á la que profesan  
gran devocion los herreros  
y en su dolor les consuela.  
Los sogueros van en pos  
con San Juan á la cabeza.  
Los carpinteros, es claro,  
ya se sabe á quién veneran,  
al bendito San José,  
y su hermosa imágen llevan  
en unas andas de lujo,  
que el gremio ufano costea.  
Los maestros de obra prima,  
sin que yo ofenderlos quiera,  
han incurrido en gran falta,  
y nadie habrá que se atreva  
á disculparles; su parte

toman tambien en la fiesta,  
que siempre los zapateros  
tienen un humor de perlas  
para divertirse en grande  
y echar una cana fuera;  
pero en todas sus funciones,  
en sus mas solemnes fiestas,  
al Santo Crispin glorioso  
con fé y júbilo festejan,  
que de tiempo inmemorial  
su proteccion les dispensa.  
Pues éstos señores míos,  
en la renombrada fiesta  
del Centenar, que es la gloria  
y el orgullo de Valencia,  
de San Crispin prescindieron,  
y no su imágen severa  
ostentan cual deberian,  
de agradecimiento en prueba,  
y en el carro de su gremio  
no es un santo lo que llevan,  
sino una jóven bonita,  
que será muy santa y buena,  
pero entre ella y San Crispin  
hay notable diferencia.  
Los señores curtidores  
no hacen las ccas á medias,  
y en el Centenar quisieron  
lucirse, pero de veras,

y llevan un San Francisco  
macizo de plata buena,  
y un carro que por la forma  
á una nave se asemeja,  
y un farolito en el carro,  
que con gran amor conservan,  
por haber pertenecido  
á un buque pirata, presa  
que fué de los curtidores  
allá en muy remota época.  
Sigue el gremio de pelaires,  
que es lástima no pudiera  
llevar al santo Cristóbal,  
que es su patron en la fiesta,  
y en pos van las cofradías,  
que me parece son estas:  
la de la Virgen del Cármen,  
la Virgen de la Correa,  
la de San Ramon Nonnato,  
patron de las parturientas;  
de la Divina Pastora,  
que es imágen rica y bella,  
y la de la Virgen pura  
del Pilar, que la veneran  
los bravos aragoneses,  
y derrámáran por ella,  
con la fé mas noble y pura,  
cuanta sangre hay en sus venas.  
El pueblo de Paig, que tiene

importancia no pequeña,  
sigue en el lucido séquito,  
y orgulloso el pendon lleva  
con sus blasones gloriosos,  
y la Virgen madre nuestra  
que se llama la del Puig,  
y este pueblo cifra en ella  
la esperanza y el consuelo  
en todas las malas épocas.  
Siguen despues las parroquias  
con cruces de adornos llenas,  
y los santos titulares  
que en las mismas se veneran,  
y en pos viene la Cruz Santa  
de la catedral iglesia,  
precediendo á seis imágenes  
de plata preciosa hechas,  
que en el bárbaro saqueo  
que allí hizo Francia en la guerra  
que con ella sostuvimos  
para nuestra independencía,  
se salvaron de las garras  
de la torpe soldadesca,  
para la que guerra y robo  
seria una cosa mesma,  
Veintiseis de los ancianos  
que aquella fecha recuerdan,  
con gigantescos ciriales  
las imágenes rodean.



Siguen las corporaciones,  
y suele haber etiquetas  
sobre si esta va delante  
ó si va detrás aquella,  
que mientras el mundo exista  
y hombres sustente la tierra,  
siempre por bien ó por mal  
habrá Quijotes en ella.

Viene en pos la santa Virgen  
á quien dedican la fiesta  
las valientes valencianos,  
y la hermosa imagen llevan  
en sus hombros doce curas,  
que tal honor no cedieran  
por todo el oro del mundo,  
de su devocion en prueba,  
y en pos del señor obispo  
el Ayuntamiento cierra  
la marcha, y detrás la tropa,  
y detrás toda Valencia.

Ciento seis son las imágenes  
que en la procesion se cuentan:  
cuarenta son de los pueblos,  
de la ciudad las que restan;  
treinta y cinco son las músicas,  
que toman parte en la fiesta,  
y dos mil quinientos cirios  
otros tantos hombres llevan.

. . . . .

Y aquí doy fin al romance,  
deseando á quien me lea  
que el año mil novecientos  
y sesenta y siete, pueda  
ir á ver del Centenar  
las maravillosas fiestas.  
Tan solo cien años faltan....  
Conque no es larga la fecha,  
y ya he dejado el encargo  
á una valenciana bella  
que habitacion me prepare  
para entonces en Valencia.

---



---

## XXIX.

### El terror de Lavapiés.

Con la chaquetita corta  
y las mangas muy estrechas,  
y el calañés en los ojos,  
y el pelo junto á la oreja,  
y el pantalon ajustado  
para lucir las caderas,  
y la cintura apretada  
con la fajita de seda,  
con un pitillo en la boca,  
que se consume y humea,  
y en la mano un bastoncito  
de hierro forrado en suela,  
está parado en la esquina  
Juan José Mala cabeza,  
llamado así por mal nombre,  
y otro nombre no recuerda.

haber tenido en su vida,  
ni es fácil que lo tuviera,  
porque apenas en mal hora  
vino al mundo de cabeza,  
en el torno de la Inclusa,  
le puso.... quien le pusiera,  
su padre acaro, ¿quién sabe  
si algun grande de la tierra,  
algun señorqn celoso  
de su *honor* y su nobleza,  
ó algun pobre miserable  
que otro medio no tuviera  
de asegurar de su vástago  
la miserable existencia?...  
Lo mismo puede ser hijo  
de un señor que de un cualquiera,  
de un bandido que de un santo,  
lo mismo de una duquesa  
que de una záfia gitana,  
que de una infame ramera....  
Cosas que Dios solo sabe,  
es imposible saberlas.  
Goza Juan José en el barrio  
fama, y se ufana con ella  
de ser un mozo que sabe  
dónde el zapato le aprieta,  
que nadie le *falta* nunca,  
que quien le busca le encuentra,  
que cuando tiene un sentir

con cualquiera, se lo espeta,  
que sabe gastar un duro  
si la ocasion se presenta,  
que en diciendo él una cosa  
como si el rey la dijera,  
y que es un hombre en el mundo,  
y que si entra en la taberna,  
él á ninguno le *falta*,  
porque entiende de etiqueta;  
pero si le *falta* alguno  
no le arma al pronto quimera,  
pero le dice que salga  
á la calle, y se lo lleva,  
y se dan de navajazos  
en donde nadie los vea,  
que en manejar la navaja  
tiene una mano maestra,  
y es un hombre que en la carcel  
se le atiende y se le aprecia,  
porque ha estado muchas veces  
con su cara descubierta,  
y como bien se ha portado,  
puede volver cuando quiera  
y se le podrá decir  
que abrió al unó la cabeza,  
y que dió un palo á un gallego,  
y que pateó á una vieja,  
y que á una novia que tuvo  
la dió una paliza horrenda,

que nunca sale de casa  
sin una llave maestra,  
para si entra en una parte  
no echar á perder la puerta;  
mas nadie decirle puede  
que no es hombre de vergüenza,  
capaz de hacer un favor  
si se le entra por la buena,  
y que sabe conducirse  
como un caballero en regla....  
Por él las mozas del barrio  
están todas medio muertas,  
y por él algunas veces  
anduvieron á la greña;  
por él está en el Modelo  
Maruja, la botonera,  
que la metió su marido  
porque hubo una mala lengua;  
por él Petrilla la bizca  
se fué á casa de su abuela,  
porque su madre, por él  
la arrimaba mucha leña;  
por él perdió casamiento  
la sobrina de la Tuerta,  
que un señor la cortejaba  
para casarse con ella,  
y él una noche le dijo  
que le iba á romper la jeta,  
y se la rompió otra noche,

y logró que no volviera;  
por él no cobra el casero  
de su casa una peseta,  
porque si á cobrar se atreve,  
si á pedir dinero llega,  
le amenaza con matarle,  
y á los vecinos que sean  
cobardes y satisfagan  
el alquiler, les increpa  
diciéndoles que no tienen  
gota de sangre en las venas,  
y que no son caballeros  
si tal afrenta toleran;  
por él no hay un inspector  
que tal destino apetezca,  
que da mas que hacer él solo  
que la poblacion entera;  
por él padres y maridos  
tienen que estar ojo alerta;  
por él las escribanías  
están de papeles llenas,  
y por él en aquel barrio  
se ponen tantas tabernas....  
Su oficio.... nadie lo sabe,  
pero todos lo sospechan:  
*es comerciante* en relojes,  
y en petacas y carteras,  
y aunque hace grandes negocios,  
los pequeños no desdeña....



y no pierde coyuntura  
de adquirir lo que se pueda.  
Así tiene en el bolsillo  
á todas horas moneda,  
y cada día le ven  
con una nueva cadena,  
sin duda porque es probable  
que al fin la lleve perpétua,  
y así ha tratado en el barrio  
con las mas famosas hembras,  
y tiene tantos amigos,  
y va tan maja la Pepa,  
que era ribeteadora  
y que hoy ya no ribetea,  
y tiene más *fantasia*  
que si fuera una princesa,  
y á su marido le paga  
lo que gasta en la taberna,  
y así en todo el santo día  
le da el marido jaquetá;  
y si viene por la noche,  
viene borracho y lo acuesta;  
y así á Juan José en la cárcel  
se le atiende y se le aprecia,  
y cuando va, es recibido  
con satisfaccion completa,  
por lo caballero que es  
y por los cuartos que lleva.

---

## XXX.

### La gran infamia.

#### I.

—Déjame estrechar tu mano,  
Lopez, mi amigo querido,  
que mi corazón consuelo  
halla al nombrarte mi amigo.  
Soberano sin corona,  
acosado y perseguido,  
no sé ni adivinar puedo,  
á tí solo te lo digo,  
ni quiénes son los leales,  
ni quiénes mis enemigos...  
¡Cuántos días que no puedo  
disfrutar sueño tranquilo!...  
Sueño siempre que me venden,  
que los que llamo mis hijos,  
cansados de las fatigas

que todos aquí sufrimos,  
al enemigo me entregan.

— ¡Oh! no temais, yo os lo fio.

Entregar la plaza nadie  
pudiera á no ser yo mismo. . .

— En tí tengo confianza;  
tú siempre mi hermano has sido,  
tú coñoces que en mi pecho  
no hay sentimientos indignos;  
que el bien de Méjico quise,  
que por él me sacrifico,  
que todo por él lo he dado,  
todo por él lo he perdido;  
que si en salvo no me puse,  
que si aun afronto el peligro,  
es por gratitud á todos  
los que aquí me habeis seguido;  
que no he sido sanguinario,  
que no he sido vengativo,  
que si han tomado mi nombre  
para horribles sacrificios,  
cuando era para el remedio  
ya muy tarde, lo he sabido.  
Bien sé que en tan mala empresa  
es la muerte mi destino,  
que aun hoy pudiera evitarla,  
y ya ves que no la evito,  
que abandonaros sería  
solo de un cobarde digno;

mas morir vencido quiero,  
no quiero morir vendido.

—Señor, desechad ahora  
pensamientos tan sombríos:  
aun defendernos podemos,  
y si el golpe decisivo  
que intentaremos mañana  
desconcierta al enemigo,  
no han de pasar muchos días  
sin que halleis franco el camino  
para llegar hasta Méjico,  
que lleno de regocijo  
ha de recibir con vítores  
á su emperador invicto.

—Gracias. Consolarme quieres,  
que eres bueno y compasivo;  
pero ¿quién tiene consuelo  
para un dolor como el mio?...  
Trajérenme aquí engañado  
los que nombré mis amigos,  
instrumento de sus planes  
el francés hacerme quiso,  
y al ver que yo no me hacía  
cómplice de sus designios,  
que jamás olvidar puedo  
que honrado y noble he nacido,  
retirando sus legiones  
dejóme frente al peligro,  
y por Dios que no me pesa

cual me pesara su auxilio....  
Sabes que amé como á propio  
á mi país adoptivo,  
y ántes que ceder un palmo  
de su terreno, he querido  
morir aquí como bueno,  
abandonado y proscrito.  
Perdona, amigo, perdona....  
de cansancio estás rendido,  
y unas horas de reposo  
necesitas, hijo mío...  
Ve en paz, y plácido sueño  
te conceda Dios benigne;  
ve á pensar en tu familia,  
en tu mujer y en tus hijos,  
que orgullosos de tal padre  
estarán.... Yo los bendigo....  
Diles que en las oraciones,  
que eleven á Dios bendito,  
pidan por mi pobre esposa,  
que la razón ha perdido;  
por mi Carlota del alma,  
que acaso cobrara el juicio  
si yo á sus brazos volviera....  
y á mi honor la sacrifica.  
Dime, amigo, si algún hombre  
mas infeliz que yo has visto.  
Nada me queda en el mundo....  
¡oh! sí, me queda un amigo,

tú, que mi pena comprendes,  
que presenciás mi martirio,  
y sabes que no merezco  
tener tantos enemigos.

Adios, adios, alma buena,  
abrázame, hermano mio.

Esta es la primera noche  
que pasaré mas tranquilo;  
dices que entregar la plaza  
solo pudieras tú mismo,  
y en tí tengo confianza,  
que tú solo eres mi amigo.

—Dormid, señor, descuidado,  
que yo de la plaza os fio.

## II.

La noche es oscura y triste  
y el campo en silencio está....  
Duermen los pobres soldados,  
que tienen necesidad,  
despues de tantas fatigas  
y tan rudo pelear,  
de dar al cuerpo reposo....

y pronto amanecerá,  
y hay que volver al combate  
para morir ó matar....

Oyess solo el *alerta*  
que los centinelas dan,

y el graznido de los cuervos,  
que en aquella oscuridad  
un cadáver se disputan  
que yace en un cenagal,  
bañado en la propia sangre,  
sangre que no ha de bastar  
á la sed de aquellas fieras  
que devorándole están ...  
En la muralla del fuerte  
que defiende la ciudad,  
en la cual por allí solo  
puede el enemigo entrar,  
y eso si los defensores  
entrada libre le dan,  
que si no, por mas que ataque  
y redoble mas y mas  
sus fuerzas, y el fuego arroje  
en devorador volcan,  
tan fuerte y firme es el fuerte,  
que de fijo no entrará,  
un hombre solo pasea  
con reposado ademan.  
Es de gallarda apostura  
y bizarro sin igual,  
y es el puesto más honroso  
el que ha logrado alcanzar,  
que él es el jefe del fuerte,  
el nombrado capitán  
de los mas bravos soldados,

los de valor ejemplar,  
los que han dado grandes pruebas  
de cariño y lealtad  
al príncipe infortunado  
que bajo su guarda está,  
sosteniendo hidalgamente,  
por decoro nada más,  
los desgarrados girones  
de la bandera imperial....  
No extrañan los centinelas  
que vigile con afán  
aquel hombre, cuando duermen  
fatigados los demás....  
Todo el ejército sabe  
que aquel soldado leal  
á Maximiliano debe  
la mas sincera amistad,  
que mas que amigo es su hermano,  
que parte con él el pan,  
que le ha colmado de honores,  
y no le negó jamás  
merced alguna, y en prueba  
de cariño fraternal,  
á él sus penas le confía,  
y hablan los dos sin cesar  
de la pobre esposa loca,  
que á ver ya no volverá  
al esposo idolatrado  
que hizo su felicidad,



felicidad ¡ay! de un día  
que nunca mas gozará.  
Suspende el paso aquel hombre,  
escucha con ansiedad,  
hacia el muro se dirige,  
grita un soldado ¿quién va?...  
se descubre, y el soldado  
libre le deja pasar....  
y con paso cauteloso  
se aleja de la ciudad....  
—¿Dónde irá?... dice el soldado,  
y ¡alerta! vuelve á gritar,  
y contestan á su grito  
los que en la muralla están.....

— Anda el hombre, y anda, y anda,  
y al oír una señal,  
se detiene, y firme espera  
unos momentos no mas.  
—¿Qué has resuelto? .. le pregunta  
el hombre á quien fué á buscar.  
¿Entregas á tu señor?...  
—Eso de entregarle....

—¡Ya!  
Quiero decir si le vendes.  
—Segun le querais pagar.  
—Dos mil onzas es el precio  
que ha puesto mi general.  
—No es tu general muy pródigo.

—Pero tú cargo te harás  
de que son muy malos tiempos,  
y no hay mas oro que dar.  
Poco dinero, á fé mia,  
es ese que te darán,  
que ser traidor, ¡voto al diablo! ...  
ni por eso ni por mas  
lo sería yo en mi vida,  
bien te lo puedo jurar;  
que por mas oro que tenga  
el que hace una indignidad,  
si tiene conciencia.... es cosa  
de no poderla callar.  
Enemigo soy del principe,  
y en esta guerra tenaz,  
dos hermanos que tenia  
y mi padre han muerto ya;  
pero ni aun así la infamia  
puedo yo nunca aprobar,  
y siento ¡voto á mi nombre!  
que por torpe vil metal  
al emperador nos vendas,  
que tan ajeno estará  
de que es su mejor amigo  
quien le va á sacrificar.  
En fin, ni quito ni pongo,  
allá tú te compondrás  
con tu conciencia.... y el oro  
con que tu accion premiarán.

¿Te acomoda ó nó?... que espera  
tu respuesta el general.. .

Si te arrepientes, te vuelves  
libremente á la ciudad,  
que aunque en mi poder te tengo,  
yo no sé hacer nada mas .  
que lo que no menoscaba  
mi puro honor militar....

—¡Me insultas!...

—No te dé pena,

que otra vez me encontrarás,  
y si quieres, reñiremos,  
y nos matamos, y en paz.

Ahora habla de tu negocio,  
que es lo que te importará.

—¿Y dónde están esas onzas?...

—Mañana te las darán.

Quinientas te traigo á-cuenta,  
toma, las puedes contar,  
que ese dinero en las manos  
está abrasándome ya...

—Pues dí al general que venga,  
y que entrará en la ciudad.

—¡Corriente!... Tan gran infamia  
nunca pude imaginar.

III.

Avanzada va la noche;  
pronto al son de la corneta  
han de dejar los soldados  
el duro lecho de piedra,  
y requiriendo las armas  
han de intentar, en defensa  
de la plaza y del imperio,  
de aquella lucha suprema  
el último esfuerzo, y rota  
y humillada su bandera  
verán, ó con ella en triunfo  
han de llegar á las puertas  
de la capital de Méjico,  
que ya con ansia desea  
paz y armonía y reposo  
tras tantos años de guerra.  
Duerme el príncipe, que en Lopez  
tiene confianza ciega,  
y sabe que él solo puede  
de la plaza abrir la puerta,  
y antes que tener de Lopez  
la menor de las sospechas,  
de sí mismo la tendria...  
y así al descanso se entrega,  
y duerme como si allá  
en Miramar estuviera,

y sueña que ya á su patria  
ha podido dar la vuelta,  
que levanta sin corona  
mas erguida la cabeza,  
que al verle, la esposa amante,  
de amor y júbilo llena  
la razon ha recobrado,  
la salud y la belleza,  
que esta á su lado su madre,  
que allí sus libros encuentra,  
los leales compañeros  
de su bella edad primera,  
sus armas y sus caballos,  
y que cuantos le rodean,  
agradecidos y fieles,  
amor sin tasa le muestran,  
y que desde allí bendice  
á la mejicana tierra,  
á la nacion generosa,  
que su noble independencia  
supo conquistar, y supo,  
lograda tan santa idea,  
decirle:—«Ve en paz y nunca  
»volver á Méjico quieras.  
«Matarte puedo, y te salvo....  
»Basta con que lo agradezcas.»

—¡Alerta! grita un soldado  
que por el príncipe vela.

¡Quién va?... grita luego al ver  
que tropa en tumulto llega.

Una voz exclama:—¡Fuego!  
y cae el fiel centinela.

—Traicion.... gritan los leales:  
unos defenderse intentan,

otros las armas arrojan  
y al enemigo se entregan,

otros matan, otros huyan,

otros mueren sin defensa,

y al estruendo de las armas

y al rumor de la pelea,

de su delicioso sueño

Maximiliano despierta.

—Nos han vendido,—le dicen,

—Lopez ha sido,—contesta.

—¡Qué haremos señor?...

—Vosotros

salvad la vida y la hacienda

si podeis y el enemigo

mis súplicas no desprecia....

Por vosotros, mis leales,

olvidaré mi nobleza,

y pediré al enemigo

la hacienda y la vida vuestras,

y en cambio daré mi vida

y los bienes que posea,

y gracias á Dios, que al cabo

morir con honra me deja.

Por Dios que cese el combate,  
que más sangre no se vierta....  
Baste á todos con la mia,  
y ojalá fecunda sea  
para la dicha de Méjico  
y para su independéncia....

Y despues de tristes horas  
de negra amargura llenas;  
sin esposa, sin amigos,  
sin mas consuelo en su pena  
que haber caido con honra  
y en paz tener la conciencia,  
á sufrir horrible muerte  
á Maximiliano llevan;  
y aquellas almas de roca  
que su martirio presencian,  
y los soldados feroces  
que van á matarle, tiemblan,  
y los mismos que serenos  
han firmado la sentencia,  
y todos, allá en el fondo  
del alma, lo mismo piensan,  
piensan que tan gran infamia,  
tan villana indigna venta,  
supera á cuantas maldades  
imaginarse pudiera.  
—«A Lopez que le perdono,»  
exclama el príncipe; y muestra

el noble pecho á la tropa,  
que ya las armas apresta.  
Y cuando en el humo envuelto  
el príncipe cae en tierra,  
todos lloran por la víctima,  
todos al traidor execran,  
todos en el rostro sienten  
el calor de la vergüenza,  
que es desdicha para un pueblo  
que su honra sin mancha aprecia  
que haya habido entre los suyos  
quien le imprima tal afrenta (1).

---

(1) Las primeras noticias acerca de la traición del coronel Lopez, inspiraron esta composición. Posteriormente, el coronel Lopez ha intentado sincerarse. Para el autor de este libro, sería una gran satisfacción que no hubiese habido tal traición.





---

XXXI.

La señá Juana.

Con su pañuelo de espuma  
lleno de flores y pájaros,  
con su mantilla de tira,  
con sú vestido de ramos,  
con su peineta de concha,  
con su zapatito bajo,  
con sus pendientes de piedras  
para deslumbrar al barrio,  
con sú collar de corales  
y su abanico en la mano,  
envuelto en el pañuelito,  
porque no quiere mancharlo,  
y tiene la *penitencia*  
de que le sudan las manos,  
moviendo á compás el cuerpo

con aquel aire de taco,  
viene por la calle arriba  
la gota gorda sudando,  
la famosa *seña* Juana,  
tan conocida en el Rastro,  
hija del señor Canela,  
cortador acreditado,  
que en la calle de la Ruda  
tiene abierto su despacho,  
donde todas las mañanas,  
con la cuchilla en la mano,  
se le ve cortar la carne  
y el hueso á los parroquianos....  
sobrina del tío Romo  
que de su padre es hermano,  
y harto siente que lo sea  
y que no haya reventado,  
porque ha salido el tal Romo  
un holgazán y un borracho,  
que en vez de ser matarife,  
que lo sería hace años,  
si como su hermano, hubiera  
sido mozo aprovechado,  
y en el Matadero hoy día  
tendría, pongo por caso,  
sus dos pesetas diarias  
con honor y bien mirado,  
y no que por su flojera,  
por no darse malos ratos,

á esquilador se ha metido,  
y apenas tiene trabajo,  
porque esquila á trasquilones  
y le conocen los machos,  
y cada coz que le sueltan  
le hace bailar el *pelado*;  
y así está con tantas coces  
manco, tuerto, cojo y chato,  
y mujer de Pepe Lila,  
que es un tratante en caballos,  
y fué picador de toros  
en Madrid, y muy nombrado,  
pero salió un vicho un día  
que le dió al hombre algún asco,  
y la gente del tendido  
empezó á llamarle *blanco*,  
tumbon, cobardón, gallina,  
ladron, animal y bárbaro,  
que ejemplo de su cultura  
da así el pueblo soberano;  
y al oír tales píropos,  
el hombre se quemó, es claro,  
y soltó un voto redondo,  
dió un espolazo al caballo,  
salió al medio de la plaza  
echándose las de guapo,  
y acometiéndole el toro,  
cayó un tremendo porrazo,  
y el toro le buscó el bulto,

le enristró por el sobaco,  
y le arrastró por la arena  
y le arrojó por lo alto,  
y si no le dejó muerto  
fué un verdadero milagro;  
pero así logró del público  
los lisonjeros aplausos,  
y para picar más toros  
quedó ya inutilizado.  
Como todos la conocen,  
que es nacida en aquel barrio,  
la saludan cuando pasa,  
y al par que admira su garbo,  
y dejándole la acera,  
como que son bien criados,  
pregúntanse:—¿A dónde irá  
*doña Juana tan temprano?*  
¡Irá á la misa de tropa,  
ó á comer bellota al Pardo,  
ó á la boda de la Rita  
con el hijo del Mellado....  
ó á sacar de pila al hijo  
de la mujer del Gazapo,  
ó á ver á su tío el Romo  
que está en el *hospítal* malo,  
ó irá á ver á algun *menistro*,  
ó á cambiar dinero al Bancof. .  
Muchas que están á las puertas  
á los chicos *espulgando*,

viéndola pasar tan seria  
y que no les hace caso,  
gritan á tiempo que largan  
un pescozon al muchacho:  
«¿Dónde va usted, señá Juana?...  
Y sin detener el paso  
ni volver atrás el rostro  
dice con mucho descaro:  
«*Voy onde me da la gana;*»  
pero añade por lo bajo:  
«Lo que es hoy como le coja,  
le voy á armar un escándalo.»

## II.

La calle de Cabestreros  
es calle que tiéne fama,  
que allí tienen su vivienda  
mozos y mozas de chapa;  
ellos muy largos de manos,  
y ellas de lengua muy largas,  
y allí sin alguna riña  
no hay un día en la semana,  
y ellas se arrancan los moños,  
y se azotan y se arañan,  
y ellos con los *alfleres*  
que ocultan bajo la faja,  
se dan dos ó tres razones,  
iguales á puñaladas....

y el hospital y la cárcel  
conocen como su casa.  
En esta calle famosa  
se detiene doña Juana,  
en la puerta de una tienda,  
que está de verde pintada,  
con una muestra que dice:  
*Zeroteca. Bino de Harganda,*  
y entrando hasta el mostrador,  
con firme y segura planta,  
exclama: — ¡Acá estamos todos! —  
y la vieja que despacha,  
que se halla en aquel momento  
muy gravemente ocupada  
en morder una peseta  
que le parece que es falsa,  
la cabeza levantando,  
dice: — ¡Pos si es doña Juana!  
*asiéntese* usted, señora.  
¡A dónde va usted tan maja?  
— A verla á V., *doña Petra,*  
y á decirle dos palabras.  
— *Pos* pase V. al *estreo,*  
si es que es cosa reservada...  
— Nó, señora, en todas partes  
me presento con mi cara,  
y testigos ni *testigas*  
á mí no me importan nada,  
¿está usted?... y cuando tengo

un sentir, en confianza  
se lo digo á la *presona*  
que me ha faltado ó me falta,  
y si ella se da á partido,  
mejor... pero por la mala  
á mí no me asusta nadie,  
porque como no soy manca,  
aunque me esté mal decirlo,  
sé yo cruzarle la cara  
á *cualesquiera endividna*,  
y me quedo desahogada;

y si quere mas que avise...  
¿No es así como se habla?...

—Sí, señora, V. me gusta  
por lo valiente y lo franca...  
Conque desembuche V.,  
boquita de almendra amarga.

—Es tocante á mi *marío*...  
y á su hija de V....

—¡Caramba!

—No se espante V., señora...  
Yo con él estoy casada,  
es mi *marío*.... seis meses  
sin entrar estuvo en casa,  
y al fin entró el gran *endino*,  
más valiera que no entrara....  
y en San Millan nos casamos,  
á las seis de la mañana  
pa que usted se entere...



—Usted

será la más enterada.

—Soy su mujer de *rial* órden  
y como la iglesia manda,  
y si es que ya no le gusto,  
que se cuelgue de una escarpia;  
pero yo tengo derecho  
á que me baile á mí el agua;  
pero él no tiene vergüenza,  
y en viendo un pale con faldas,  
ya le tiene V. *perdío*  
sin saber lo que le pasa;  
y como encuentra en el mundo  
mujeres de poca lacha,  
vamos al decir, lo mismo  
que quien dice *verbo y gracia*.  
—Si lo dice V. per mí....  
—V. ya á nadie le engaña.  
—Pudiera ser.

—Nó, señora. ...

—¡Tómal! ¿quién sabe?...

—¡Las ganast

Por su hija de V. lo digo.

—¡Doña Juana, está V. mala!  
que mi chica no se peina  
para querer á ese mándria....

—Pues ella con eso, va  
dándose mucha importancia,  
y me lo han dicho la coja

y el marido de la sastra,  
y la otra noche los vieron  
tomar agua de cebada.

—¡Cebada!... Vamos, señora,  
No sabe V. con quién trata.  
Si fuera vino, no digo,  
y eso lo tienen en casa.

Aquí tiene usted á su esposa,  
digaselo usted en su cara...

—¡No lo dije! Dí, *arrastrao*...

—(¡Mi parienta aquí!... ¡Malhayal!)

—Voy á decir á la chica  
que baje... ¡Manuela!... ¡baja!..

Y estando aquí todos juntos  
aquí las cosas se aclaran.

—¡Yo tengo prisa!

—¡Gran pillo!

no te marchas, no te marchas.

Todo aquí va á descubrirse,  
y verás la que se arma.

—¡Baja, Manuela!

—¡Ya voy!

—Se estará poniendo guapa,  
que hay quien enseñar no puede  
sin composturas la cara.

### III.

Pronto baja la muchacha,  
que es toda una buena moza,

y mientras su madre pensó  
á un parroquiano dos copas,  
saluda á la seña Juana,  
que contesta desdeñosa;  
—«Tenga V. muy buenos dias....  
¿Se levanta V. ahora?...  
—¿Y á qué viene la pregunta,  
seña Juana?...

—¡Tómal! ¡tómal!  
saber no ocupa lugar....  
Como está V. ojérosa,  
y tiene *enredao* el pelo,  
y los ojos se le entornan....  
—Pues mire V., me levanto  
siempre cuando me acomoda,  
¡pues! porque hasta la presente  
nadie manda en mi *presona*.  
Yo no tengo obligaciones  
como V.

—Y á mucha honra;  
y si no hubiera en el mundo  
tanta *comprometeora*,  
una casada estaria  
como si fuera en la gloria,  
y tendria á su marido  
lo mismo que en la parroquia  
cuando le echaron el yugo,  
á su lado, hecho una *momia*...  
Pero despues pronto sacan

tos los piés de las alforjas,  
porque encuentran quien los mire,  
y los atiendan, y los oiga...

—¿Y á mí qué me viene V.  
á contar con esa historia?

—Nada, dice aquí el marido  
con grave aspecto y voz bronca,  
como aquel que está bebiendo  
aguardiente á todas horas,  
qué mi mujer está mala,  
y se le mete una cosa  
en la cabeza, y la tiene,  
por lo dura y lo redonda,  
como una bola del puente  
que nombramos de Segovia,  
y no hay más....

—Vamos, en plata,  
que está la niña caka.

—Justo, y piensa que tú y este....

—¿De veras?... ¡Vaya una broma!...

Usted habrá almorzado fuerte,  
doña Juana ó doña ñoña....

—Pues dí, grandísimo pillo,

¿no has *considera* á la señora?...

—¡Yol... Que te salga un divieso

en el cielo de la boca

si he pagado yo á esta jóven

ni el valor de media copa.

—Eso es verdad, señor Lila,

que V., todo lo que toma  
lo deja á deber en casa.

—A mí no se me abochorna,  
*señá Petra*, y ya ¡V. sabe  
que siempre tengo una caza,  
para en cualquier compromiso  
quedar como corresponda,  
pero no he de ir á cambiarla  
pa pagar dos ó tres copas.

—¡Qué! ¿Tambien eres tramposo!...

Pues me has salido una joya....

Pero en fin, y *ártimamente*,  
soy tu mujer en *prersona*,  
y si quieres beber vino,  
que *no es ninguna deshonra* (1),  
á tu mujer se lo dices,  
y tu mujer te lo compra,  
que yo siempre tengo un dote  
pa lo que pida tu boca;  
pero á esta taberna, tú  
no me has de volver....

—Señora,

aquí no nos le comemos,  
que es una casa de forma,  
y el que entra está muy honrado.

---

(1) Esto se lo he oído á muchas mujeres de maridos borrachos,  
y sin embargo, ¡qué bien harían las mujeres en apartar á sus marí-  
dos de ese vicio!

—Es que á mí no me acomoda,  
jlo entiende usted?... y mi *maria*  
hace lo que se me antoja,  
ó se lo digo á mi padre,  
y veremos si le corta  
esa cara de borrego....

—¿Tú padre á mí?... Tú estas loca.

—No me toques á mi padre,  
que te digo que la logras....

—Escúche usted, doña Juana,  
lo que es á mí, no me importa  
que V. haga á su marido  
que se cuelgue de una soga....  
pero lo que es yo con él  
no he gastado nunca bromas,  
y aunque él quisiera, conmigo  
le digo que se *engüivaca*;  
si le han *dido* á V. con chismes,  
diga V. á esa *presona*  
que Manuela Palomine  
tiene novios por arrebas,  
todos solteros y libres  
para que entre ellos escoja;  
y que ántes que hacerle cara,  
al que es ya marido de otra,  
descalcita de pié y pierna  
pediria una limosna....

—Manuela, no te rebajes,  
la razon es tuya toda.

—Seña Petra, V. me falta.

—Seña Juana, V. me estorba....

Llévese usted á su *marito*,

cuidado no se le cojan,

que ya se junta la gente

y esta es una casa de honra.

—Como aquí vuelva á encontrarle,

¡fiojita va á ser la bronca!

—Echa ya *palanire*, Juana,

que te he de dar una soba.

—¿A mí tú?... Sí, ya lo hufelo.

—¡Anda allá, alborotadora!...

Y echan á andar los esposos

con mucha gente curiosa,

á la que la *señá Juana*

increpa llena de cólera,

y cuando á su casa llegan,

entre risueña y llorosa,

hace Juana á su marido

tres ó cuatro carantoñas,

y le dice que la pegue,

que lo merece, que es tonta,

pero que le quiere tanto,

que está rubiando celosa,

y que pasa unas fatigas

muy grandes quedando sola

cuando él sale por las noches

embozado en la pañosa....

y él, que no es ninguna fiera  
ni tiene el alma de roca,  
se ablanda, y acaba todo  
yendo á comer á la fonda,  
es decir, al merendero  
de la señora Ramona,  
que para componer callos  
tiene manos primorosas,  
y guisa unos caracoles  
con un aquel y una *moda*,  
que el que no los ha comido  
no sabe qué es comer gloria.





---

## XXXII.

### La navaja y la taberna.

En la calle de Velarde,  
barrio de las Maravillas,  
barrio que en el dos de Mayo  
gloria logró merecida,  
que allí se batió la gente  
con notable bizarría,  
y allí murieron los héroes  
que Madrid jamás olvida,  
Daciz y Velarde ilustres,  
dando á su verdugo envidia,  
vive un pobre carpintero,  
un buen padre de familia,  
que ha dado oficio á tres hijos  
y ha dotado á cuatro hijas,  
y ha sido siempre el buen hombre

un pasmo de economía,  
y solo así se comprende,  
que teniendo á sus costillas  
siete niños y una esposa,  
y una suegra, y una tia,  
sus obligaciones todas  
haya podido cumplirlas,  
y ahorrar algunos cuartitos,  
y adquirir una casita,  
donde vive descansado  
y se da muy buena vida,  
y favorece á los pobres,  
que le respetan y estiman,  
porque para todos tiene  
en su alma caritativa  
un consuelo y un consejo  
que su probidad le dicta,  
y un socorro que, prestado  
con amor, á nadie humilla.  
La casualidad llevóme  
á su casa el otro día,  
y del viejo venerable  
oí esta historia sencilla,  
que se la estaba contando  
al hijo de una vecina,  
un pilla de siete suelas  
y mezo de mucha chispa,  
como que está de chispero  
en una fragua contigua.

«La navaja y la taberna  
son en esta corte y villa  
la perdición de los hombres,  
la ruina de las familias...  
Yo también joven he sido,  
y nada bueno á fé mia,  
y llevaba mi navaja  
en la chaqueta escondida....  
siguiendo el ejemplo de otros  
á los que acaso creía  
mas valientes y mas hombres,  
solo por eso.... ¡Mentira!  
Arma es propia de cobardes  
esa vil arma homicida,  
y no tiene el alma buena  
quien lleva la necesita...  
Allá en los tiempos serenos  
de mi juventud florida,  
pasaba yo en la taberna  
muchas horas cada día.  
¡Cuánto malo allí se aprende!  
¡cuántos vicios que aniquilan  
la salud, la inteligencia!  
¡cuántas ideas indignas!  
¡cuántas blasfemias atroces!  
¡cuántas pasiones inicuas!...  
Se casó un amigo mio  
con una chica, ¡qué ética!  
bella, honrada, laboriosa,

una mujer que tenía  
las mejores cualidades  
para hacer la eterna dicha  
de un esposo, y para ser  
buena madre de familia.  
Era en el barrio estimado  
el mezo; y lo merecía,  
por su honradez y su ingenio,  
que en su oficio de tallista  
á todos nos asombraba  
con los primores que hacía;  
y le hicieron mil regalos  
los vecinos, las vecinas,  
el maestro, la maestra,  
y la gente mas lucida  
y mas rumbosa y nombrada  
del barrio de Maravillas.  
Solo yo, que en aquel tiempo  
rara vez al rey veía  
en la moneda, me hallaba  
en la situacion tristísima  
de no poder regalarle  
ni una caja de cerillas,  
es un decir, porque entonces  
creo que no las había.  
Regalarle alguna cosa,  
aun cuando fuese muy ínfima,  
era caso de conciencia  
para mí.... ¡qué tentorial!

éste loco empeño mio,  
esta vanidad ridícula  
perdió á mi amigo, y á mí  
nadie podrá en esta vida  
consolarme del recuerdo  
de aquella torpeza mía.  
Le regalé la navaja,  
que era, eso sí, muy bonita,  
con sus cachas primorosas,  
y su hoja brillante y fina,  
y su muelle y su leyenda,  
que me parece decía:  
«Si esta vibora te muerde,  
no hay remedio en la botica,»  
horrible baladronada  
y nécia amenaza impía.  
Fué la boda una gran fiesta,  
hubo merienda magnífica,  
los novios estaban locos  
de placer y de alegría,  
hubo brindis hasta en verso  
algo largos de medida;  
pero, en fin, *cayendo en copia*,  
¿quién repara en una sílaba?  
y cuando entrada la noche  
la boda á casa volvía,  
antojósele al padrino,  
que era un *mosquito* de fibra,  
mas aficionado al mosto

que aquel que plantó las viñas,  
que en un establecimiento  
de licores y bebidas,  
una taberna de lujo,  
diésemos la despedida  
á los novios, con dos cañas  
cada cual de manzanilla....  
Total: que un desconocido  
que en la taberna bebía,  
dijo no-sé qué á la novia,  
que de rubor encendida  
se quejó al novio, quien dijo  
al otro lo que debía,  
y hubo dimes y diretes,  
y amenazas é inyectivas,  
y aquello de:—*Usted es muy blanco;*  
*y V. es un gran gallina;*  
*y esta es toda una señora;*  
*y diga V., ¿tiene usted?...*  
*y salga V. á la calle;*  
*y le rompo V. la crisma;*  
y en fin, que mi pobre amigo,  
ciego ya, y ardiendo en ira,  
dejó allí al hombre imprudente,  
de un navajazo, sin vida...  
La boda trocóse en duelo,  
intervino la justicia,  
mi pobre amigo á presidio  
fué para siempre á Melilla,

y la esposa sin esposo  
perdió el juicio el mismo día,  
y al mes murió en una casa  
de dementes recogida.

Hijo mio, nunca compres  
navaja, nunca en tus días  
entres en una taberna,  
que en esas casas malditas  
se aprenden todos los vicios  
que al hombre pierden y humillan.  
La navaja y la taberna  
á todo lo malo obligan,  
y hacen de un hombre que es bueno  
un miserable homicida.»

Así dijo el viejo, y yo  
copio esta historia sencilla  
en este pobre romance,  
que pienso que es acción digna  
dar al pueblo un buen consejo,  
que no falta quien lo estima  
y con este ejemplo, acaso  
pueda haber quien se corrija.





---

## XXXIII.

El quinto.

I.

Con la cara compungida  
y el corazón oprimido,  
y temblándole las piernas  
y tiritando de frío,  
y creyendo que ya el mundo  
encima se le ha caído,  
con su equipaje completo  
en un pañuelo hecho un lío,  
con tres ó cuatro pesetas  
guardadas en el bolalillo,  
con un pedazo de un peine,  
con otro de un espejito,  
y con un alfilerero

y una madejita de hilo,  
y un guardapelo de estaño,  
que en prueba de su cariño  
le dió la novia que deja  
de lágrimas hecha un río,  
y con una atenta carta  
que le dió un cabo cumplido,  
recomendándole á un cabo  
que fué en tiempos muy su amigo,  
y que está en el regimiento  
donde va á servir el chico,  
con mas miedo que vergüenza,  
en el cuartel entra el quinto.  
Bien los soldados viejos  
al verle tan encogido,  
y recuerdan aquel día  
en que les pasó lo mismo...  
No se atreve á alzar los ojos,  
y más parece un doctrino  
que un soldado que algún día  
hará de valer prodigios....  
ni sabe lo que le pasa,  
ni si tiene ojos y oídos,  
que ni oye, ni ve, ni entiende  
en aquel instante crítico.  
Acércasele un sargento,  
y se le figura obispo;  
suena la trompeta, y piensa  
que es la trompeta del juicio;

le corta el barbero el pelo, -  
y echa á llorar como un niño;  
ve al tambor mayor de gala,  
y piensa que es un ministro;  
ve entrar cuatro ó seis soldados  
que vienen de hacer servicio,  
y se figura que vienen  
á pegarle cuatro tiros;  
piensa que está en otro mundo,  
y miedoso, y afligido,  
donde le ponen se queda  
lo mismo que un marmelillo,  
y para que vaya al rancho  
que le llamen es preciso;  
y si mete la cuchara,  
no es porque tenga appetite,  
sino porque no se crea  
que la quiere echar de fine.  
Por fin, despues de dos dias,  
más animado y tranquilo,  
á un soldado se dirige  
y le dice muy sumiso:  
—Diga usted, aunque V. perdona,  
¿conoce usted al cabo Pinto?  
—Aquel es, contesta el otro  
señalando á un individuo  
que está con la cantinera  
hablando muy derretido:  
Llégase al cubo y le dice:

— Señor cabo.

— Oye tú, chico,  
responde el valiente cabo,  
que es un andaluz muy pillo,  
reenganchado por dos veces  
porque le gusta el servicio:  
á mi no me llames cabo,  
porque te rompo el bautismo:  
se me llama *mi primero*,  
que es mi nombre y *apeyto*.  
Y ahora, di qué te se ofrece  
con brevedad y sentido....

— Traigo *pá* ustia una carta.

— Oye, yo me soy *ustio*.

Se me llama *mi primero*,  
dos veces ya te lo he dicho.  
Pues, mi primero, esta carta  
me dió para V. mi primo,  
el que fué *cabo cartero*  
y que hace un mes ha cumplido,  
y ha *dido* al pueblo á cumplir  
con la sobrina del Chivo.

— ¡Ah! ¡Lucas! ¡valiente tuno!

¡Y se casa aquel *pendío*!...

Siempre dije yo que haría  
al cabo algún *santino* ...

Pues anda, que aquí ha dejado  
en cada calle su *he*,  
que tenía un gancho para

las criadas de servicio...  
y así el maldito comía  
lo *mesmo* que un señorito,  
porque todas lo mejor  
le guardaban del principio;  
y si algun lunes bajábamos  
á dar un paseo al río,  
todas se despepitaban  
por lavar la ropa al niño,  
y fumaba de lo puro  
y bebía de lo fino,  
y no estaba nunca el hombre  
sin dinero en el bolsillo....  
Conque á ver qué dice Lucas....

»Aquí *arjuntó* te remito  
»al *daor*, que es Juan Gonzalez,  
»hijo de mi tíe Lino,  
»el mayor hombre de bien  
»que ogaño se *haya* en presidio,  
»por una *calunia farsa*  
»que le *alecantó* un amigo.  
»Pues el *daor*, mejorando  
»lo presente, es un borrico,  
»y pasa á Madrid á asuntos  
»propios, en clase de quinto,  
»y si va á tu regimiento  
»como se lo tengo dicho  
»que pida, te entregará  
»esta carta que te escribo,

«para que tenga á su vera  
»como un padre el *probesiyo*;  
»no le dejes pasar una,  
»trátale con mucho mimo,  
»y si te *farta*, le largas  
»un palo ó dos como á un hijo.  
»Sabrás cómo me he casado  
»y ya estoy *arrepentido*;  
»da expresiones á la Blasa,  
»la de los ojos *torstos*;  
»y á Rosa, la castañera  
»de la taberna del Mirlo,  
»que son de las que me acuerdo,  
»porque de las otras, chico,  
»como ya no puedo verlas,  
»no me acuerdo si te he visto.  
»No puedo *serte* más largo,  
»mi mujer me pone hocico,  
»porque dice que tú y yo  
»juntos la habremos corrido,  
»porque ya sabe que somos  
»los de tropa muy *endinos*.  
»Con esto no canto más;  
»manda á tu amigo *afelísimo*,  
»que te besa los pies.—Lucas  
»Gonzalez y Cerrojillo.»

II.

Después de leer la carta  
escupe el cabo primero,  
saca papel y tabaco  
y hace un cigarro tremendo,  
y con aire de importancia  
y con tono muy severo,  
habla de este modo al quinto,  
que le escucha con respeto:  
—Pues como digo, ya sabes....

—Sí, señor.

—Mucho me alegro  
de que te *kaigan destino*  
á mi propio regimiento,  
qué aunque me esté mal decirlo,  
lo que es tocante á este cuerpo,  
es un cuerpo que *tós dicen*  
que es lo mejor del ejército....

—Tú serás muy bruto, es claro,

—Sí, señor....

—Si no hay remedio;  
hasta que es *sordado* un hombre  
no puede tener talento.  
Pues tú no tengas *cuidiao*,  
que aquí te *espavilaremos*,  
y estando á mi cargo, pronto  
serás hombre de provecho.



Para ser un buen *sordado*  
con arreglo á reglamento,  
no hay mas que ser obediente,  
sobre todo, á tu primero,  
aprenderse la *estrucion*  
de *corrío*, y no ser puerco....

Cinco cuartos cada día  
tiene un *sordado* de sueldo,  
y si es hombre de *conduta*,  
cuando *arremata* su empeño  
se encuentra que va á su casa  
*destruido* y con dinero.

*Respitoe* á las mujeres,  
está un hombre muy *empuesto*.  
porque ellas por los *sordaos*....  
yo no sé lo que tenemos,  
que se mueren por nosotros;  
y el que tiene mucho genio  
y á *toas* les hace cara,  
y en *guipando* un cuerpo bueno  
se *errite* como manteca....

*farta* á su deber, y *aluego*  
hay que castigarle, y toma  
 *ejeriza* á su primero,  
y se ve en mil compromisos;  
y si hay paisanos por medio,  
que ellas los han *despreciao*  
en cuanto al *sordado* vieron,  
sin querer, el mejor día

arma una *bronca* con ellos,  
y está un *sordado perdido*  
en ménos que canta un ciego,  
que se le forma sumaria,  
y si hay quien le pruebe el hecho,  
va á Ceuta ó Melilla el *probs*,  
y allí se muere de visjo....  
Si quieres *hablar* con una,  
has de escogerla con tiente,  
una que sea criada  
de una casa de respeto;  
niñera, nó, que al *sordado*  
le hacen perder m. c.ao tiempo  
las niñeras, que en la calle  
siempre están con los muñecos  
en brazos.... una que tenga  
buena *sordada*; que al ménos  
te pague un vaso de horchata  
ó te compre dos buñuelos,  
y que te lave la ropa  
y que te haga *argun orsequio*....  
Conque ya estás enterado:  
tú tenme á mí por maestro,  
y serás un *militar*  
valiente, de pelo en pecho,  
sumiso á tus superiores  
y querido del Gobierno.  
—Sí, señor. Pero los quintos,  
¿pueden escribir al pueblo?

—¿No han de poder? Con un *chase* de papel blanco y un *seyo*....

—¿Aunque no entiendan de letra?

—Hombre, tú eres un *camuere*.

¿Cómo quieres escribir estorbándote lo negro?

—¿No dice usted que un soldado tiene en seguida talento?

—Anda, *aspérame* en la cuadra,

que yo te escribiré luego

*pa* tu casa cuatro letras,

*pa* que sepan que estás bueno.

Y hé aquí la carta del quinto

que escribió el cabo primero:

«Querida madre y hermanos

y de mi *mallor apresio*:

sabrán *ustós* que he venido

con *salá*, y que sigo bueno....

y que estoy *encorporao*

*dende* hoy a mi regimiento,

que es el de los *buenos mosos*

*elejtos al esteto*.

Como unos *reyes* estamos

mantenidos con *ezmero*,

tenemos á *puntapiques*

las chuletas por el suelo;

no nos falta ningun día

nuestro *haber* en buen dinero,

sin *ná* de papel *monea*

del que no pasa en el pueblo....

**Mañana me dan *vestío*,  
que será nuevo y completo,  
que un sastre de mucha fama  
lo está á toda prisa haciendo.**

**El capitan que me toca  
es un hombre de provecho,  
y el coronel me parece  
que es tambien un buen sugeto;  
pero el que mas me ha gustado  
de todos, es mi primero,  
que es muy *simplático* jóven,  
hombre de mucho respeto,  
muy fino, muy *destruido*,  
y además muy *cabayero*.**

**El me trata como un padre,  
y me va á poner derecho,  
que dice que soy muy bruto  
*pa* servir en el *ejélsito*.**

**El me ha dicho que un *sordado*  
si es *aplicao* y dispuesto,  
asciende á cabo en seguida,  
y *dende* cabo á sargento,  
que sube despues á *arférez*,  
y con suerte, en poco tiempo  
es *teniente graduao*,  
luego *teniente en efeto*,  
despues capitan, y *asina*,  
cuando va á cumplir su empeño,**

ya es capitán general,  
y con su faja y *to cuento*.  
Y esto todo me lo dice  
porque lo sabe de cierto,  
como que está en el servicio  
veinticuatro años lo menos;  
y si ya no es general,  
no es porque le falten *méritos*,  
sino porque al fin y al cabo  
tiene ley al regimiento.  
Mañana, como no llueva,  
la *estrucion* empezaremos,  
que en el manejo del *alma*  
tenemos que estar muy diestros,  
por si vamos contra el moro  
no dejarle sano un hueso.  
Y por fin y *úrtimamente*,  
lo que es yo, estoy muy contento,  
que el hombre para ser hombre,  
*sordado* ha de ser primero,  
y el hombre que no es *sordado*  
nunca sabe lo que es bueno,  
y ser paisano es lo mismo  
que no ser *ná*, por ejemplo.  
Otra vez seré mas largo,  
que hoy ya no tengo mas tiempo,  
que tengo que *dir* con otros  
por patatas allá léjos.  
Que *kaiga* salud, y á mi padre

que siga en presidio bueno:  
manden *ustés* lo que gusten  
con *arjuntó* algun dinero,  
que tengo algunas urgencias  
y no quiero quedar feo,  
y además está en el órden  
*orsequiar á mi primero.*

Expresiones á las mozas,  
que de ellas mucho me acuerdo,  
y *ustés* reciban *arjuntó*  
mi corazon aquí *drento.*

Por no saber firmar, hago  
la cruz, porque así es lo *mesmo.*»

—  
Con esta carta del quinto  
que se recibió en el pueblo,  
quedaron en su familia  
todos ya tan satisfechos,  
pidiendo á Dios que el muchacho  
pudiera volver lo menos  
de general, de teniente,  
ó aunque fuera de sargento.



---

## XXXIV.

### Las madres.

Con Juan se casó Dolores,  
muchacha coqueta y frágil,  
que ha tenido en pocos años  
los novios á centenares....  
El amor que le tenia  
no era á la verdad muy grande,  
pero tenia, eso sí,  
mucha gana de casarse.....  
y lo mismo hubiera dado  
su mano al morazo Tarfe...  
En dos años, el marido  
ha sido marido y mártir:  
ha sufrido sofiones  
de su mujer, y deaires,  
y caprichos extremados,



y extrema las veleidades....  
y en fin, ha sido don Juan  
el mas pobre de los Juanes;  
pero hace ya siete meses  
que su mujer es un ángel,  
que le trata con cariño,  
que con él se muestra amable,  
que pasa en casa las horas  
que antes pasaba en la calle,  
que no se muestra coqueta,  
que no tiene envidia á nadie,  
que no está jamás ociosa,  
que ha tomado horror al baile,  
que borda, y si es necesario,  
guisa, limpia, lava y barre....  
y su marido, que estaba  
lleno de penas y afanes,  
hoy se considera el mas  
dichoso de los mortales....  
¿Cuál será, lector, la causa  
de mudanza tan notable?...  
¡Cuál ha de ser!... Que Dolores  
siente ya que va á ser madre.

---

¡Qué gastar la hermosa Clara!  
¡Qué mandar hacerse trajes!...  
En viendo una moda nueva,  
costase lo que costase,  
á llamar á la modista,

á ir á la calle del Cármen  
á gastarse una fortuna  
en adornos y *agremanes*....  
¡qué mudarse de vestidos!  
uno el lunes, dos el martes,  
otro el jueves, que reciben  
los marqueses del Empaque,  
otro para el Real el viernes,  
y el sábado nuevo traje  
para ir á casa de un conde  
á tomar un chocolate,  
á bailar unos lanceros,  
oir leer un romance,  
y cantar una romanza  
del modo mas deplorable....  
y además otros vestidos  
para otras solemnidades,  
como por ejemplo, grados  
de amigos y tertuliantes,  
bodas, bautizos, y duelos,  
y revistas militares,  
exposiciones, toretes  
y fuegos artificiales....  
Y el marido hecho un veneno,  
dándose á todos los diantres.  
hipotecando las fincas,  
pagando muy mal y tarde,  
entrampado hasta los ojos,  
y temiendo el fiero instante

de dar el trueno mas gordo  
que han oido las edades...  
Pero ya Clara no gasta  
á no ser lo indispensable,  
y va á vender los vestidos  
y las joyas que mas valen,  
y para sí ya no compra  
las mejores novedades...  
y lo que compra le cuesta  
un precio insignificante...  
como pongo por ejemplo,  
mantillas, gorras, pañales,  
bombasí, batista, fajas  
y otras prendas importantes,  
que forman traje completo,  
y no lo hace ningun sastre,  
y constituyen del hombre  
en el mundo el primer traje...  
La que antes gastaba tanto,  
hoy economías hace,  
y para nada se cuida  
del mundo y sus vanidades...  
como que siente en su seno  
que muy pronto va á ser madre.

---

Tuvo un genio del demonio  
mi vecina Violante:  
le pegaba á su marido  
unas palizas notables,

no paraban en su casa  
las criadas un instante,  
que las trataba á cachetes  
y me las mataba de hambre;  
reñía con el portero  
porque cerraba muy tarde,  
y si cerraba temprano,  
porque ella estaba en la calle,  
estaba siempre indispuesta  
con todas las vecindades,  
porque era una embusterona,  
y armaba unos lios grandes,  
llevando y trayendo chismes,  
y contando en todas partes  
que la vecina del bajo  
era mujer de un cesante,  
y llevaba unos vestidos  
de dos y tres mil reales;  
que la viuda del tercero  
salía muy elegante,  
y siempre le estaba echando  
á la Reina memoriales;  
que la modista del cuarto  
no faltaba á Capellanes,  
solo con el fin mezquino  
de que allí la convidasen  
á café y media tostada,  
y que volvía del baile  
toda borracha perdida

entre dos municipales;  
que el vecino del segundo,  
que era todo un personaje,  
había tenido un puesto  
en la plazuela del Carmen,  
y que la del principal,  
marquesa del Triquitraque,  
no pagaba á los lacayos,  
ni á la modista ni á nadie;  
en fin, que se despachaba  
á su gusto Violante,  
y de su lengua, no había  
quien pudiera libertarse...  
Pero hace ya algunos meses,  
que con prudencia admirable,  
ni habla mal de los vecinos,  
ni sale á ninguna parte,  
ni le pega á su marido,  
ni hace ningun disparate.  
Y cuantos la conocieron  
tan brava y arisca antes,  
preguntan:—Pero ¿quién pudo  
hacer milagro tan grande?...  
Y el marido muy ufano,  
con placentero semblante,  
contesta:—Si no es milagro,  
es que mi mujer ya es madre.

Con un hombre de negocios  
que muy bonitos los hace,  
se ha casado una muchacha,  
que es bonita como un ángel....  
El ya es un hombre maduro,  
gordo, sério, tieso y grave;  
ella alegre, vivaracha  
y jóven impresionable,  
que por el dinero pícaro  
casó con el negociante,  
por tener palco de abono,  
y caballos alazanes,  
y victoria, y carretela,  
y en el verano ir á Baden,  
y en invierno dar conciertos  
á las notabilidades  
de la nobleza, y la banca,  
y las letras, y las artes...  
y de la politiquilla,  
para que nada le falte.  
Siempre el marido ocupado  
en cien mil negocios graves,  
no es posible que á su esposa  
á visitas acompañe;  
y no come nunca en casa,  
y se recoge muy tarde,  
y la esposa, no hay remedio,  
solita va á todas partes,  
ó con sus amigas íntimas,

sus enemigas mortales,  
y una muy lucida escolta  
de almibarados galanes,  
que por lo bella la adulan  
por el gusto de sus trajes,  
por su gracia, y su talento,  
y su elegancia en el baile,  
por el gusto con que canta,  
y es un gusto detestable,  
y las mismas que la adulan  
y la llevan y la traen,  
y los mismos que le dicen  
tantas estúpidas frases,  
y tanta lisonja necia,  
que la están llenando de aire  
la cabeza, suelen de ella  
hablar mal en todas partes,  
y ya es bastante con esto  
para que las gentes hablen,  
y víctima al cabo sea  
de la calumnia cobarde....

Un año mas, y es posible  
que en la calle la señalen  
como á tantas, que del vicio  
en el hondo abismo caen,  
que eso y mas los maldicientes  
con sus torpes lenguas hacen;  
pero Dios sabe que es buena,  
y de la calumnia infame

libra á la esposa inocente,  
que ya procura alejarse  
de las gentes que la acechan  
y desean el instante  
de hacer de ella para siempre  
una desdichada mártir  
de la envidia, y la malicia,  
y las falsas amistades....  
y ya no sale de casa  
si con su esposo no sale,  
y al esposo descuidado  
le hace cuidadoso, amable,  
y en fin, el milagro logra  
de que la calumnia calle....  
Es que ha sentido en su seno  
que un sér inocente nace,  
y no quiere ya en el mundo  
ser otra cosa que madre.

—  
La mujer necia y coqueta,  
la caprichosa y mudable,  
la soberbia, la ambiciosa,  
la vana, la dominante,  
y la que en brazos del vicio  
vive vida miserable,  
todas, todas las mujeres  
cuando llegan á ser madres,  
quieren parecer perfectas  
á los ojos de los ángeles



que les da piadoso el cielo....  
y ya todos sus afanes  
son merecer el dulcísimo  
y santo nombre de madre.  
Si hay alguna que insensible  
á ese placer inefable,  
no comprende sus deberes,  
que nadie madre la llame,  
que ni aun las fieras con ella  
pueden jamás igualarse....  
que ella es mas fiera que todas,  
y es un veneno su sangre,  
y Dios santo, que perdona  
á todos los criminales,  
no puede perdonar nunca  
á las que son malas madres.

\*  
\*\*

Y aquí, lectores, acaba  
este libro de romances.  
Su mérito será escaso,  
la intencion es buena y grande.

FIN.

# INDICE

## TITULO

I.	Amor al prójimo.
II.	El viejo verde.
III.	San Isidro. . . . .
IV.	La envidia. . . . .
V.	El torero. . . . .
VI.	La usura. . . . .
VII.	El lujo. . . . .
VIII.	Jarana. . . . .
IX.	Viaje de placer.
X.	Madrid.—I. For.
XI.	Madrid.—II. Po.
XII.	Madrid.—III. Po.
XIII.	Guirigay. . . . .
XIV.	Caridad. . . . .
XV.	La procesion de
XVI.	La moda. . . . .
XVII.	La novia. . . . .
XVIII.	El cumplido. . . . .

TITULOS.		Págs.
XIX.	La piedra. . . . .	175
XX.	La jamona.. . . .	181
XXI.	El padre sin trabajo. . . . .	187
XXII.	El pais de las tinieblas, apólogo. . . . .	191
XXIII.	El exclaustrado.. . . .	203
XXIV.	El retirado. . . . .	207
XXV.	Dolorcitas.. . . .	211
XXVI.	Doña Ramoncita. . . . .	215
XXVII.	El dos de Mayo. . . . .	219
XXVIII.	La fiesta del Centenar en Valencia. . . . .	227
XXIX.	El terror de Lavapiés.. . . .	247
XXX.	La gran infamia.. . . .	259
XXXI.	La seña Juana. . . . .	269
XXXII.	La navaja y la taberna. . . . .	285
XXXIII.	El quinto. . . . .	293
XXXIV.	Las madres. . . . .	307

## NOTA.

Este libro tendrá algunas erratas; pero como el lector tiene mucha penetración, sería una falta de cortesía indicárselas y suponer que él no las ha de advertir. Así, pues, el lector corregirá las que encuentre.



# EL CASCABEL

PERIÓDICO FESTIVO, POLÍTICO Y LITERARIO

---

Se publican las tertulias por semana.

Cuesta la suscripción en Madrid 9 rs. por tres meses, 16 por seis y 30 por un año.

Empaquetados, 10, 18 y 34 respectivamente.

Se suscribe en la Administración, calle de las Hileras, 4.—Madrid.

---

# EL MUSEO CATÓLICO

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

---

Cuesta cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuando tenga relación con el culto católico.

Se publica los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

En Madrid, 4 reales al mes.

En provincias, directamente á la Administración, 14 reales trimestre, 26 semestro y 50 año.

Por medio de comisionado, 15, 29 y 56 respectivamente.

Administración, Hileras, 4.—Madrid.













